



*De los pájaros azules  
a las águilas negras*

## Estética de lo atroz

Psicohistoria de la Violencia política  
en Colombia

Edgar Barrero Cuellar

Corporación Cátedra Libre  
Ignacio Martín-Baró

Asociación Latinoamericana para la Formación y la  
Enseñanza de la Psicología –ALFEPSI–

---

## **Estética de lo atroz**

ISBN: 978-958-98548-2-2

© 2011, Edgar Barrero Cuellar

© De esta edición:

2011, Ediciones Cátedra Libre. Bogotá-Colombia

[www.catedralibremartinbaro.org](http://www.catedralibremartinbaro.org)

[catedralibremartinbaro@gmail.com](mailto:catedralibremartinbaro@gmail.com)

Edición a cargo de Lisbeth Ximena Lozano Amaya

Diagramación:

Net Educativa - Jorge Leonel Pineda

E-mail: [neteducativa1@hotmail.com](mailto:neteducativa1@hotmail.com)

Diseño de caratula: Cindy Johana Barrero Caicedo

Imagen de caratula: técnica mixta sobre lienzo, 80x60. Johana Barrero, Artista plástica, 2011.

Revisión de estilo: Luis Mario Araujo

En Co-edición con La Asociación Latinoamericana para la Formación y la Enseñanza de la Psicología (ALFEPSI)

Se permite la reproducción parcial o total de este libro siempre y cuando nos informen de las mismas y se mantenga el principio ético-político de citar la autoría de las ideas aquí expuestas.

Impreso en Colombia

*A mis padres Ana Rita y Sebastián,  
de cuya mano aprendí a creer en los saberes  
populares y a ser coherente con el compromiso  
ético y la lealtad política con nuestros pueblos*

*A Ximena por su compañía y por esa  
bonita energía libertaria sin la cual éste parto  
no hubiera sido posible*

*A mi hija Johana, porque siempre  
inspira mis páginas y lecturas*

*A Martín-Baró, faro de la psicología  
social latinoamericana*

*A las víctimas de violencia política en  
Colombia. En especial a las y los sobrevivientes  
de la Unión Patriótica que siguen dando  
lecciones de memoria crítica, dignidad y  
esperanza*

## ÍNDICE GENERAL

---

PRESENTACIÓN	9
PRÓLOGO	13
INTRODUCCIÓN	29
<b>CAPITULO UNO</b>	
<hr/>	
Un gusto manifiesto o latente por la muerte o desaparición física y/o simbólica de la otredad	45
<b>CAPITULO DOS</b>	
<hr/>	
Un sentimiento de belleza interna al “sentir” que se está colaborando con procesos de limpieza social	67
<b>CAPITULO TRES</b>	
<hr/>	
Un gusto en causar daño colectivo intensamente y en la prolongación del sufrimiento	79
<b>CAPITULO CUATRO</b>	
<hr/>	
Un placer en la generación de estados de discapacidad provocada y/o parálisis psico-socio-antropológica	105
<b>CAPITULO CINCO</b>	
<hr/>	
Un disfrute con la ruptura, quiebre, descuartizamiento del sentido de lo colectivo-comunitario	121
REFERENCIAS	135



## PRESENTACIÓN

---

En este libro, Edgar Barrero, se adentra en ese terreno oscuro, complejo y terrible que es la atrocidad convertida en gusto, el gusto por lo atroz. No se trata solamente de considerar al terror como elemento de control y sometimiento de unos por otros, sino de cómo dicho terror se ha convertido en estética social, cómo se puede gozar del sufrimiento de otros, particularmente cuando ese sufrimiento es extremo y es efecto de acciones intencionales: la tortura individual y colectiva.

El texto, si bien está centrado en Colombia, al comienzo es muy ilustrativo de las atrocidades que desplegaron los conquistadores en América con el propósito de adueñarse de estas tierras y sus habitantes y a través de los capítulos demuestra cuánto de ello se instaló como forma de relación dominante sobre la cual se construyó una realidad de muerte. ¿Cuánto de la atrocidad puesta de manifiesto en la desaparición del otro dominado descrito en el libro, no fue puesto en escena también en otros países de América Latina durante gobiernos militares, despóticos y autoritarios, cuyas consecuencias en la memoria social es aún algo a develar?.

Edgar Barrero analiza cómo el terror que ejercen los grupos dominantes en Colombia, con el pretexto de su “lucha civilizada contra los subversivos de las FARC”, se apodera del ambiente social como estética colectiva, como ideología que invade y afilia a los desprevenidos, aquellos que no han tenido la oportunidad de acceder al pensamiento crítico y/o a la organización social alternativa. Por ello se desarrolla una paradójica “ética de la crueldad”.

La estética de lo atroz y la ética de la crueldad, dice Barrero, son la base de la moral del cinismo y la impunidad. El torturador se sabe apoyado por instituciones sociales que avalan y solapan las humillaciones, vejaciones y torturas que ejecuta sobre quienes son considerados como “enemigos de la patria”. Los medios que continuamente invaden y manipulan las emociones de los lectores o espectadores con narraciones e imágenes violentas y/o de sufrimiento, se encargan de conducir las reacciones emocionales del público con un enfoque cínico e impune. Están diseñados para justificar la injustificable violencia innecesaria del Estado y elevar las reacciones de la gente ante la menor actitud de personas con influencia pública que sea contraria a los intereses establecidos.

Se trata de una guerra psicológica, nos explica el autor, de la cual él y su familia han sido víctimas directas reiteradamente, como muchas otras personas lo hemos sido en diferentes magnitudes. En esa guerra, la población se encuentra vulnerable al tener pocas “armas” psicológicas con las cuales defenderse. ¿Dónde está la psicología y los psicólogos y psicólogas hoy en América Latina para que puedan contribuir comprometidamente en un panorama menos desolador y hacia una liberación de nuestros pueblos de tanta dominación?.

Barrero propone luchar por la recuperación del gusto por la vida y condenar la muerte provocada, a través de una ética de la resistencia que empieza con el reconocimiento de la diferencia y con la solidaridad. Este libro abre la perspectiva de un análisis amplio acerca de las realidades de nuestros pueblos en torno a la dominación ejercida con la muerte, el cinismo y la impunidad. Y desafía a la búsqueda de dispositivos sociales y políticos que abran a la estética de la vida. Un libro con coherencia teórica y riqueza descriptiva apoyado en manifestaciones del arte, que dan soporte a lo que se quiere demostrar.

La Asociación Latinoamericana para la Formación y la Enseñanza de la Psicología (ALFEPSI) valora especialmente las



aportaciones integradas en el presente volumen y se congratula por la iniciativa editorial de la Cátedra Libre Ignacio Martín Baró para su publicación. Es un libro valioso no sólo por la riqueza y profundidad de su contenido sino porque deberá ser incluido como bibliografía en las instituciones que forman psicólogos en los países de América Latina.

Marco Eduardo Murueta  
Presidente de ALFEPSI



## PRÓLOGO

---

*“Al matar a un semejante, no se mata a un animal de la especie homo sapiens, sino a la comunidad humana presente en él como capacidad y promesa que, en el hombre, se expresan, en lo fundamental, a través del lenguaje, que se enriquece en la diversidad y en la diferencia, al margen y en contra de los condicionamientos del Poder”*

Jean-François Lyotard

En su brillante ensayo titulado “Gaitán: La sociedad de control en los días del odio”, Luis Carlos Muñoz Sarmiento, toma un interesante texto el novelista José Antonio Osorio Lizarazo, que nos parece útil recordar ahora, en la medida en que nos da luces para acercar a los lectores al complejo tema de la psicohistoria de la violencia en Colombia.

El pueblo colombiano está separado por el odio en fracciones irreconciliables. ¿De dónde proviene ese odio? Es un artificio creado por los especuladores de la fe pública y del trabajo humano. ¿Cómo puede odiarse el pueblo entre sí, si todos padecen la misma hambre y la misma desolación? Pero conviene a los fines de los explotadores este odio, del cual se ríen, porque mientras ustedes se matan por la pasión política, ellos constituyen compañías, reparten dividendos y se apoderan de las tierras

Estas notas de Osorio Lizarazo ilustran bien la forma en que operan las mecánicas del poder en nuestro país, dirigidas a mantener el statu quo de la élite gobernante, a costa de una división nacional sistemáticamente nutrida por pasiones arcaicas y extrañas tendencias irracionales. Este es el punto del que parte la reflexión del profesor Edgar Barrero Cuéllar en su

libro, “De los pájaros azules a las águilas negras: Estética de lo Atroz”. En él, estos fenómenos de odio, segmentación, despojo de lo comunitario, culto a la muerte, son abordados desde la óptica de la psicohistoria de la violencia; planteada ésta, como la constelación de significados culturales construidos a través de la historia, acerca de las prácticas sociales violentas que se han dado al interior de la sociedad colombiana.

Prácticas que, fundamentalmente, han sido dirigidas hacia la destrucción de los vínculos colectivos y de todos los elementos de conexión social que permiten reconocer “la humanidad” de aquellos individuos pertenecientes a comunidades, grupos o sectores marginados, no por voluntad propia, ni por deficiencias intrínsecas, por supuesto, sino por acción de las élites; en detrimento del tejido social construido por el conjunto de la población nacional.

Dichas prácticas – deshumanizantes, de marginación y estigmatización de la diferencia-, han atravesado la vida cotidiana de los colombianos y están profundamente arraigadas en “patrones aberrantes de pensamiento y conducta colectiva”. Constituyen lo que el psicólogo salvadoreño, Joaquín Samayoa, denomina “correlato psicosocial de la guerra”; o el psicoanalista uruguayo Marcelo Viñar, define en términos de “patrimonio mortífero de la sociedad”. Correlato y patrimonio que, como una herida abierta, marcan la historia de todos y cada uno de nosotros, tal como lo expone Barrero al relatar, de manera profunda y desgarradora, su propio recorrido como víctima de la violencia sociopolítica

En su recorrido, el profesor Barrero nos deja ver - además de la persistencia de estas prácticas - la transmutación de las mismas al mimetizarse, primero, entre los odios viscerales generados por las tonalidades “azules y rojas” y, luego, al tomar el ropaje actual de corrupción e impunidad estructural. En este oscuro panorama tanto las víctimas de crímenes de lesa humanidad, como los sectores oprimidos o aquellos situados en la barrera de

resistencia al discurso de la élite, han sido invisibilizados; han estado en los márgenes de la memoria oficial. ¿Pero cuáles son los mecanismos para que esto se produzca sin que nos percateemos suficientemente?

Al respecto, el autor, nos ayuda a comprender - desde la perspectiva psicosocial - como opera esta invisibilización, esta desfiguración de la realidad, al explicarnos - con rigor - la forma en que se va consolidando una “estética de lo atroz”, como elemento esencial de la naturalización de la violencia en los diferentes ámbitos, públicos y privados, de la vida colombiana.

Barrero asume la búsqueda de los orígenes y métodos a través de los cuales se va construyendo esta “estética de los atroz”. En tal sentido, revisa el carácter histórico de la atrocidad, que se reproduce de generación a generación, apelando a la legitimación social y cultural de diversas manifestaciones de intolerancia, animadversión, odio y negación total de las diferencias. El desprecio por los otros expresado en el lenguaje cotidiano, un sentido común que se encierra en su propia lógica excluyente, las acciones sutiles o brutales que, de manera permanente, atentan contra la dignidad de los otros, son sólo muestras de la inoculación de la atrocidad como valor ético y concepto estético que sustentan nuestra conducta, nuestra relación con la otredad.

Esta atrocidad, enmarcada en prácticas deshumanizantes ha venido configurando las subjetividades y las dinámicas relacionales de los colombianos, no sólo desde las últimas siete décadas - como afirman algunos autores - sino desde los inicios mismos de una república que - aunque formalmente democrática - fue fundamentada en las estructuras ideológicas de la guerra psicológica orientada a la aniquilación del “Otro diferente”. Recordemos que fueron estas maquinarias ideológicas las que dieron lugar a la legitimación de la barbarie perpetrada contra los pueblos originarios del territorio y contra los pobladores del continente Africano traídos, por la fuerza, durante las épocas de la conquista y la colonia.

Según Barrero, un ejemplo impactante de los rituales de la guerra psicológica en los que se utilizaban diversas técnicas de tortura para lograr que los indígenas nativos aceptaran al gobierno español y su religión católica, se encuentra en la carátula de la novela histórica “Ursúa”, de William Ospina (2005) en la que está plasmada la escalofriante imagen de un grabado de 1602, titulado: “Pizarro suelta a los perros”. En dicho grabado puede verse a un grupo de indígenas que están siendo destrozados a dentelladas por varios perros, entrenados para tal fin, ante la mirada complaciente de los soldados españoles; ejemplo que puede equipararse a las recientes celebraciones promovidas por el gobierno como “parte de victoria” al exhibir (como parte de un espectáculo público dirigido a promover expresiones de júbilo colectivo) los cadáveres mutilados de los jefes guerrilleros –alias Raúl Reyes y Mono Jojoy–.

En este sentido, de acuerdo con el autor, es posible afirmar que la “estética de lo atroz” se refleje en el hecho de que “despedazar al otro distinto y prolongar su sufrimiento físico y psicológico” a través de la brutalidad y la humillación pública, generaba y sigue generando, en quienes detentan el poder, un sentimiento de satisfacción frente al deber cumplido, que a su vez genera la legitimación colectiva de la deshumanización de la “otredad”.

Desde esta perspectiva, las estructuras ideológicas heredadas de la conquista y la colonia, fueron incorporadas al cuerpo social a través de diversos mecanismos de control y dispositivos – políticos, religiosos, culturales, educativos, mediáticos – y, a pesar de los avances que representa la Constitución Política de 1991, continúan teniendo vigencia en pleno siglo XXI, pues a partir de ellas se ha configurado una nación profundamente excluyente; que niega la riqueza que involucra su propio proceso de mestizaje y su carácter pluri-étnico y multi-cultural; que niega sus propios orígenes históricos y su identidad; que niega el derecho a la convivencia pacífica de las diferencias, en la medida en que no reconoce el derecho a la co-existencia con el “Otro”.

Es así como “De los pájaros azules a las águilas negras: Estética de lo Atroz”, nos plantea una lectura de la forma como ha operado esta mecánica de exclusión y deslegitimación de la diferencia. Barrero, señala la existencia de un trípode que sostiene tal estado de cosas: “la trilogía del horror”; que en pocas palabras explica la tesis central de libro:

Desde hace mucho tiempo, nuestras élites políticas han querido naturalizar en la subjetividad del colombiano una trilogía del horror que se manifiesta en por lo menos tres grandes dimensiones de la condición humana: 1) Una estética de lo atroz, donde se siente gusto y placer con la muerte y/o desaparición física o simbólica de la otredad; 2) Una ética de la barbarie, donde se justifica moralmente la negación del conflicto armado y su consecuente crisis humanitaria e institucional, con lo cual se niega a las víctimas su condición histórica de sujetos de derechos; y 3) Un cinismo colectivo que se constituye como correlato moral de la impunidad, que logra instalar en la memoria social un sofisticado mecanismo de ocultamiento sistemático de la verdad.

El texto aborda – a través de cinco capítulos - las diferentes dimensiones de esta trilogía, intentando ampliar su significación conceptual por medio de una exposición en la que se esfuerza por nombrar y definir el grave problema ético que conlleva la naturalización de la estética de lo atroz al interior de la sociedad colombiana.

A renglón seguido intenta articular su comprensión conceptual con una propuesta de actuación política y social, encaminada a construir nuevas subjetividades y dinámicas relacionales desde el ejercicio formativo y práctico de las ciencias sociales –principalmente desde una psicología social crítica y liberadora - con el fin de contrarrestar los efectos de la incorporación de una doble moral a las prácticas privadas y públicas; donde las razones y los sentimientos oscilan entre la negación del sufrimiento de las víctimas y el exhibicionismo impúdico del horror perpetrado, como afirma la socióloga Elsa Blair Trujillo en “Muertes Violentas: La Teatralización del Exceso”.

En el primer Capítulo, titulado “Un gusto manifiesto o latente por la muerte o desaparición física y/o simbólica de la otredad”, el autor centra la discusión en una pregunta fundamental que atraviesa todo el texto: ¿Por qué la gente ejecuta actos crueles? La respuesta que elabora es interesante, porque se aleja de explicaciones subjetivas - enmarcadas en la “culpa” individual del victimario - y pone el acento en la responsabilidad social; más concretamente, en la responsabilidad de las élites políticas, que, mediante diversos mecanismos, han logrado naturalizar a través de la historia el uso de la violencia como medio privilegiado para resolver el conflicto o el disenso; es decir, han logrado posicionar socialmente una estética de lo atroz, que impide la movilización colectiva contra la injusticia y la impunidad estructural que agravan la crisis humanitaria que afecta a la sociedad colombiana.

La deshumanización, la estigmatización o la proscripción del otro como enemigo de la sociedad, a través de la construcción de una imagen pública negativa, busca justificar su muerte, persecución, tortura, detención o desaparición. En esa medida, las élites colombianas han logrado legitimar colectivamente, de manera muy hábil, la idea de que “quien piensa distinto o se opone al régimen debe ser eliminado violentamente”.

En este mismo sentido, puede afirmarse, de acuerdo a los planteamientos del autor, que la violencia política surge de posturas ideológicas fundamentalistas, que instalan colectivamente una intencionalidad política de la eliminación de la diferencia, mientras que, de manera complementaria, se eleva a condición de “héroes de la patria” a aquellos actores armados, legales o ilegales implicados en crímenes de Lesa Humanidad, -como ocurrió con los paramilitares, llamados eufemísticamente “Grupos de Autodefensa” que -supuestamente- obligados a contrarrestar las acciones violentas de las guerrillas, se vieron obligados a realizar el “trabajo sucio de limpieza social” definido



como una especie de “mal menor o mal necesario” durante los 8 años de gobierno de Álvaro Uribe Vélez.

Actualmente, bajo el gobierno de Juan Manuel Santos, la dinámica de negación de su carácter, función y precedencia se mantiene vigente, con la diferencia de que hoy por hoy, cuando se da por hecho que Colombia está en una situación transicional o de post-conflicto, se les denomina como “Bandas Criminales Emergentes” (BACRIM).

Para ilustrar lo anterior, Barrero subraya dos ejemplos recientes, que respondiendo a diferentes dinámicas, han sido posicionados socialmente de manera diferenciada: El primero es el fallo de la CIDH en contra del Estado colombiano por el asesinato, en agosto de 1994, del Senador de la Unión Patriótica, Manuel Cepeda Vargas que, para algunos sectores sociales fue un acto justificado, debido a que se trataba de un supuesto enemigo de la paz y el orden social y político institucional, por estar vinculado –falsamente- con la guerrilla de las FARC. El segundo, es la construcción mediática de la condición de víctima del Coronel Plazas Vega, implicado en el caso de la desaparición forzada de 12 personas en el Palacio de Justicia, cuyos cadáveres no han sido encontrados, veintisiete años después de ocurrido el trágico acontecimiento.

Desde las lógicas de impunidad y mentira oficial en las que se ha enmarcado y naturalizado la violencia socio-política en nuestro país, estos ejemplos sirven para ilustrar cómo, de manera maniquea, el sujeto, construido como enemigo público de la sociedad -al igual que sus copartidarios de la U.P, exterminados de manera sistemática desde la fundación del partido en 1985 - merecía la muerte que tuvo a manos de agentes estatales y paramilitares; mientras que el militar, en tanto que miembro de la institucionalidad que estuvo a cargo de la sangrienta retoma, sería convertido en víctima, héroe o mártir de la Patria, supuestamente calumniado y condenado de manera arbitraria, tanto por las víctimas (consideradas en este caso como enemi-

gas u opositoras del régimen) como por la Fiscal encargada del juicio quien fue amenazada de muerte y obligada a ir al exilio.

Estos dos ejemplos expresan claramente la manera en que se produce un “pacto de sangre y silencio”, entre los criminales y quienes los encubren, como elementos de la dinámica propia de la estética de lo atroz en la que está inmersa nuestra sociedad.

En el Capítulo 2, titulado “Un sentimiento de belleza interna al “sentir” que se está colaborando con procesos de limpieza social”, Barrero aborda el problema político implícito en la consolidación de una “estética de lo atroz”, entendida como un gusto socialmente aceptado y difundido en tanto patrón colectivo frente a la eliminación del “otro”, como expresión clara de la negación de la diferencia. Concretamente, el autor señala que “se podría arriesgar la hipótesis de que cuando la existencia material y anímica de una población se ha desarrollado en medio de largos periodos de guerra, violencia política y conflicto armado, se va generando una especie de huella psíquica colectiva que determina las formas de pensar, sentir e interrelacionarse designados desde los dispositivos ideológicos que impone el uso de la fuerza y de las armas en cualquier forma de relación humana”.

Lo anterior implica que, en el caso colombiano, nos estaríamos enfrentando a la violencia como un medio para alcanzar los fines en diferentes ámbitos de la vida y en diferentes niveles de la acción social (a nivel macro en las estructuras políticas, económicas, militares, y, a nivel micro, en las relaciones sociales cotidianas). De este planteamiento se desprende la segunda hipótesis del autor, que consiste en afirmar que la violencia se ha convertido en la sociedad colombiana en una forma de zanjar o resolver las diferencias, eliminando al otro, negando el derecho a la coexistencia pacífica de las diferencias al interior del cuerpo social. La estética de lo atroz se articula entonces con la “ética de la crueldad” como un mecanismo de justificación de la violencia que genera a su vez un clima emocional de cinismo

colectivo que profundiza los nefastos efectos morales, jurídicos y políticos, de la naturalización de la impunidad estructural.

En segundo lugar, a partir de lo anterior, de acuerdo con Barrero, podríamos decir, que “la eliminación de la otredad por la vía violenta” está estrechamente relacionada con la idea de “orden” en nuestra sociedad; una idea que conlleva la negación del “desorden” y su erradicación drástica de los diferentes escenarios donde pueda presentarse, en tanto que está asociada a la homogeneidad, a la supeditación y la sumisión o, al menos, a la negación de todas las formas de acción colectiva que resistan, denuncien y pretendan desafiar o transformar el statu quo o el establecimiento. Esta idea de “orden”, desarrollada por el autor, se fundamenta en la necesidad de la eliminación de la diferencia, soportada en un sentimiento de complacencia estética frente a la atrocidad perpetrada contra aquellos que deben ser eliminados del escenario político y/o social; complacencia que constituye en el eje central de un sentimiento de superioridad en razón a la pertenencia al sector de aquellos que son considerados “mejores”, en la medida en que representan los valores que encarnan lo bueno, lo bello, lo correcto, lo útil, lo deseable, entre otras cosas. De este modo, los mecanismos de la mal llamada “limpieza social” son aceptados por colectividades y franjas sociales, que consideran que los sectores que históricamente han sido víctimas de las prácticas de “limpieza social”, merecen su suerte en razón a que representan lo “feo y lo malo” al interior de la sociedad, en tanto son construidos socialmente por las autoridades institucionales como “enemigos que deben ser exterminados; es decir, como seres inferiores, peligrosos, grotescos, e inútiles, que deben ser sustraídos de su condición de humanidad.

El Capítulo 3, titulado: “Un gusto en causar daño colectivo intensamente y en la prolongación del sufrimiento” constituye un aporte original para la comprensión de las estrategias de la guerra psicológica que contribuyen a develar de manera clara las estructuras de una sociedad llena de miedo, que permite la

perpetuación de un sistema de inequidad, fundado en la indiferencia frente al sufrimiento de los otros en el marco de una realidad de injusticia compartida.

El tema tratado se desarrolla a partir de una mirada transversal de los hechos de barbarie que han marcado la historia nacional, pasando de lo general a lo particular, con el fin de intentar establecer cuáles han sido los mecanismos de banalización y justificación de la atrocidad, utilizados durante décadas para generar una especie de consenso social generalizado en cuanto a una postura masiva de conformismo, aceptación, complacencia y disfrute frente a la “desaparición del otro”.

En su importante obra, “Cómo nos venden la moto”, Noam Chomsky, llama a este fenómeno “fabricación del consentimiento colectivo de la injusticia”. Desde esta perspectiva de análisis, Barrero sitúa al conjunto de la sociedad colombiana en el ambiguo lugar del espectador pasivo, cínico o activo -dependiendo de las circunstancias y actores involucrados en los hechos de violencia- del espectáculo del horror que comporta la victimización de “la otredad”.

“La otredad” está representada en todos aquellos individuos que no son funcionales al sistema y, por ende, son considerados como un estorbo o como una amenaza contra la tranquilidad y seguridad deseables para el mantenimiento del orden social.

El autor subraya el papel de las estrategias de guerra psicológica que generan el miedo, la negación y la amnesia colectiva, logrando incorporar sus lógicas polarizantes a los patrones generalizados de pensamiento, sentimiento y conducta social en los diferentes ámbitos de la vida de los colombianos. Desde esta óptica, en el texto se desarrolla un análisis de las dinámicas de estigmatización a la que han sido sometidas las víctimas de la violencia sociopolítica, en la medida en que éstas hacen parte de sectores sociales marginales o de sectores políticos que, por pertenecer a la oposición - asociada históricamente con la izquierda - son señalados como “colaboradores de la guerrilla” o,

en el peor de los casos, y, en palabras del ex - Presidente Alvaro Uribe Vélez, como “terroristas vestidos de civil”.

En cuanto al Capítulo 4, titulado: “El placer en la generación de estados de discapacidad provocada y/o parálisis psicosocio- antropológica, el autor profundiza en los conceptos de miedo y terror, haciendo una serie de asociaciones con los efectos paralizantes de las prácticas violatorias de los Derechos Humanos que, a partir de la naturalización de la violencia política y de la guerra psicológica en Colombia, han venido generando históricamente estados de discapacidad y de anestesia colectiva en varias generaciones de colombianos, durante décadas. Aquí se expone cómo, desde la cotidianidad del conflicto colombiano, la necesidad de las élites por destruir y desfigurar al enemigo, para justificar los crímenes de lesa humanidad, se ve enmascarada por una captura masiva de la emocionalidad de los ciudadanos, que se expresa en una suerte de fascinación colectiva frente a la destrucción de la otredad excluida; destrucción que se materializa cuando se legitiman socialmente las prácticas violentas de aniquilamiento físico, social, cultural y psicológico de aquellos que constituyen una amenaza -real o ficticia- para el mantenimiento del orden social establecido, bajo los presupuestos de la “purificación” o “depuración” asociados a las lógicas excluyentes que avalan, bajo diferentes ropajes, la “limpieza social”.

En este sentido, hace referencia a la importancia de la visibilización pública de la destrucción -mas no de la derrota de la otredad- como una estrategia cultural que se despliega a partir del entramado morboso de las imágenes y contenidos relacionados con las prácticas de violencia y barbarie, que saturan las noticias y las informaciones transmitidas a través de los medios masivos de comunicación generando el distanciamiento, la enajenación y la insensibilidad social frente al sufrimiento de los otros.

Como diría Susan Sontag, los usos ideológicos de las imágenes vehiculadas a través de los medios masivos de comunicación, son determinantes a la hora de elaborar y llenar

de contenido los relatos que se ajustan a la versión oficial de los hechos de victimización (en los que la violencia se ejerce de manera intencional contra los otros, o la violencia padecida por esos otros, aunque no sea intencional, es mostrada con una intención ejemplarizante).

Es a partir de dichos relatos alineados con las versiones oficiales que, de múltiples formas justifican, niegan o banalizan el sufrimiento de “los otros”, que se generan los vacíos en la memoria colectiva; vacíos que a su vez dificultan a transmisión inter-generacional de los sentimientos y los pensamientos relacionados con la experiencia de la atrocidad y el horror, sufridos en carne propia, o padecidos por aquellos que representan la otredad.

Desde esta perspectiva el autor, expone de manera sucinta algunos de los acontecimientos de la cruenta historia colombiana, entre ellos; la masacre de las bananeras, el genocidio contra la Unión Patriótica y la violencia política de los años cincuenta, como hechos que a partir de las prácticas y estrategias de terror implementadas sobre estos sectores - directamente afectados - han logrado paralizar e inhabilitar la construcción de subjetividades sólidas en el escenario de la participación social y política.

Con relación a lo anterior, el autor va a desarrollar el concepto del “placer frente al sufrimiento ajeno” como correlato de la justificación de las políticas de la atrocidad y la barbarie que ejercen los victimarios sobre las víctimas. En estos términos, expone cómo desde la literatura y el arte han sido documentadas o visibilizadas las formas de degradación, las prácticas de tortura, que se han desplegado a través de la historia como un mecanismo de sublimación frente al dolor y el sufrimiento de esos “Otros”, contruidos como enemigos.

También se evidencia en este apartado, la configuración de las políticas de Estado, para el aniquilamiento del enemigo, entre ellas las acciones visibles, que propagan el miedo en función de ajustar los dispositivos de poder y dominación a la naturalización de la violencia en la vida cotidiana.

En este punto el autor menciona el papel trascendental de los medios de comunicación en la reproducción de las lógicas que contribuyen a desdibujar lo justo de lo injusto, o lo falso de lo verdadero, generando una imposibilidad crítica que potencie una lectura sobre la realidad colombiana.

Finalmente, en el Capítulo 5, titulado: “Un disfrute con la ruptura, quiebre, descuartizamiento del sentido de lo colectivo-comunitario”, se hace referencia a los vacíos de la psicología frente a la realidad social a partir de una pregunta central: “Mientras lo atroz ha sucedido, ¿dónde ha estado la psicología?

Pregunta que resulta pertinente a la hora de dimensionar el papel de la psicología y las demás las ciencias y disciplinas sociales, en términos de comprender qué tipo de estructuras mentales han ayudado a construir o a destruir; qué tipo de pensamiento transversal se ha constituido como correlato psicosocial de la guerra; correlato que se ha venido reproduciendo a través de la historia de la nación, dentro del marco de lo que el autor denomina “un pensamiento aniquilador de la diferencia con una tradición arraigada de incapacidad para la imaginación del “Otro Distinto”.

Esta pregunta central, que interpela a las ciencias sociales acerca de la naturalización de la atrocidad como práctica devenida de las élites y aprendida por la sociedad, está latente en toda la reflexión que hace el autor a lo largo de los diferentes capítulos del libro, donde expresa su preocupación frente al hecho de que aunque la violencia ha sido una constante en la historia de Colombia, la barbarie de sus prácticas se ha acentuado en los últimos cincuenta años, pasando por dinámicas extremas de deshumanización que trasladan la atrocidades ejercidas de manera oculta sobre el cuerpo de la víctimas mutiladas en estado de completa indefensión, a las atrocidades ejercidas públicamente donde se legitima la destrucción y el fraccionamiento de las redes sociales donde se constituyen las subjetividades alternativas a través de la criminalización de la protesta social

y de los procesos organizativos de resistencia civil.

Barrero, en el último capítulo de esta obra, se concentra en explicar a los lectores cómo, al despedazar lo social-comunitario, se confunden las prácticas de la guerra sucia con la guerra misma, sin que las ciencias sociales hayan logrado hasta el momento contrarrestar los efectos funestos de una dinámica fragmentadora, que al parecer ha situado a la academia en un lugar desde el cual se construye una ciencia sin sentir y una moralidad socialmente manipulable.

La naturalización de la atrocidad en la sociedad colombiano, que, desde una doble mirada es la expresión tanto de la incapacidad de las élites para el reconocimiento de la humanidad del Otro, como de su capacidad para desplegar la fuerza del terror e hiperprivatizar la experiencia del dolor de las víctimas, se refleja en la incorporación de los discursos de la guerra en la vida cotidiana. Dichos discursos, mezclados sutilmente con las elaboraciones simbólicas que constituyen los contenidos esenciales de la propaganda política, en torno al heroísmo y el martirio que comporta la experiencia de víctimas y victimarios, comienzan a ocupar un lugar central en el ámbito de lo íntimo y de lo sagrado, como espectáculo del horror, donde el verdadero mal termina siendo banalizado, al ser trastocado del lugar de la injusticia al lugar privilegiado que termina por convertirlo en un paso obligado para alcanzar el bienestar y la seguridad social.

Ante este estado de cosas, el autor parece dejar implícita la preocupación por una transformación epistémica, y, por supuesto, política. Aunque deja abierta la pregunta acerca de cómo, y quiénes podrían generar dicha transformación. En este sentido, y partiendo de ese vacío, nos preguntamos entonces: ¿Hasta dónde la sociedad colombiana se percibe impotente frente a las dinámicas legitimadoras de la una estética de la atrocidad? ¿Acaso es sólo una víctima pasiva de su propia impotencia?

Ya desde la introducción, el autor ha explicitado su postura ético-política que comparte con quienes ya estamos claramente



vinculados en hacer posible el reconocimiento de la diferencia. En este sentido, consideramos que el valor de la obra de Barrero radica en que, de manera honesta, propone la posibilidad de elaborar desde la articulación de la academia con los movimientos sociales, una apuesta de acción política fundamentada en una ética de la resistencia civil orientada a encauzar los procesos de verdad, justicia y reparación integral para miles de víctimas de la violencia política. Precisamente el reto que se plantea, que es el mismo que nos planteamos nosotras, es ¿cómo constituir esta apuesta en medio de la fragmentación del tejido social?

Grupo M de Memoria<sup>1</sup>

Claudia Girón Ortiz

Marcela Ceballos Medina

Yolanda Rodríguez Rincón

Angélica María Nieto García

Jeimy Lorena Luengas

Liliana Andrea Silva Bello

- 
1. Desde el año 2009 un grupo de académicos y docentes, de varias Universidades y diversas disciplinas, deciden reunirse con el fin de reflexionar sobre sus experiencias teóricas y prácticas en torno al trabajo con las víctimas de la violencia sociopolítica y el conflicto armado en Colombia, y, concretamente, frente al tema de la memoria colectiva y la memoria histórica en éste y en otros contextos.

A partir de estas primeras reuniones se decide crear el “Grupo “M de Memoria”, que actualmente es un equipo conformado por profesionales de diferentes disciplinas de las ciencias sociales, investigadores y actores en la construcción de la Memoria Histórica en Colombia, que trabaja en red con la Universidad Católica de Lovaina, la Universidad Nacional de Colombia y la Organización Planeta Paz.

El interés fundamental del “Grupo M de Memoria” es cualificar la reflexión y la praxis en torno al trabajo con las víctimas de la violencia sociopolítica y a la problemática de la memoria histórica en el contexto colombiano.



## INTRODUCCIÓN

---

*“La persona que está perennemente sorprendida por la existencia de la depravación , que se muestra desilusionada (incluso incrédula) cuando se le presentan pruebas de lo que uno seres humanos son capaces de infligir a otros –en el sentido de las crueldades horripilantes y directas-, no ha alcanzado la madurez moral o psicológica”*

Susan Sontag

Desde la invasión de nuestros territorios por parte del imperio español, Colombia ha vivido en guerras y conflictos armados longitudinales. En la época de la resistencia indígena se fueron imponiendo diversas estrategias de guerra psicológica para lograr el sometimiento de nuestras poblaciones, no sólo a nivel físico, sino fundamentalmente a nivel psicológico, por medio de la colonización religiosa y del uso de sofisticadas armas desconocidas hasta el momento por nuestros ancestros como los perros asesinos y caballos adiestrados para el combate. “Los caballos, los perros y la pólvora; porque si los caballos paralizan de terror, los perros devoran sin misericordia y los truenos aniquilan la voluntad” (Ospina, 2005, p.71). Parálisis terrorífica, inmisericordia que puede ser lo mismo que impunidad y entrega pasiva de la voluntad son tres símbolos de nuestra memoria colectiva esculpida para la sumisión desde aquellos tiempos de invasión.

Como rituales de guerra psicológica se utilizaban diversas técnicas de tortura para lograr que los nativos aceptaran al gobierno español y su religión católica. Así por ejemplo se tenía un espectáculo público de despedazamiento de indígenas vivos con el uso de perros entrenados para tal fin. Este espectáculo

producía un gran placer a los colonizadores. Despedazar al otro distinto y prolongar su sufrimiento físico y psicológico generaba un sentimiento del deber cumplido.

En la caratula de la extraordinaria novela Ursúa (2005), William Ospina nos muestra una imagen que vista en detalle resulta escalofriante. Se trata de un grabado a color de 1602 titulado “Pizarro suelta a los perros” en el que se puede ver un grupo de indígenas siendo destrozados por varios perros, ante la mirada complaciente y placentera de los soldados españoles.

El ritual es francamente aterrador si se tiene en cuenta los efectos que ha logrado generar en nuestra subjetividad. Un perro desfigura el rostro de un indígena, mientras otro destroza la garganta del siguiente nativo y un tercer animal devora los brazos del tercer esclavo. Esa costumbre aún se mantiene como forma de sometimiento y servidumbre. Desfigurar la otredad dejándola sin rostro, quitarle su voz ahogándola en sangre y dolor; y desmembrarla para que no sólo no se pueda movilizar, sino para que su comunidad quede paralizada de terror.

Esta imagen del destrozo placentero del otro distinto atraviesa desde entonces nuestra geografía existencial. Es una imagen cargada de horror pero banalizada al mismo tiempo. Todo sistema de terror lleva consigo un sistema de banalización de la crueldad. Por ello es que la memoria se desorienta tan fácilmente y se entrega al silencio, a la mentira y al olvido. Desde esa imagen de la destrucción placentera de la diferencia nuestras élites han construido sus referentes cognitivos, emocionales y morales. Herencia psíquica que instituye formas de pensar, sentir e interrelacionarse. Herencia psíquica que prefigura los límites de la legalidad, la legitimidad y la justicia.

Durante el siglo XIX se agudizaron las guerras civiles como resultado de la enconada defensa de intereses entre los mismos miembros de las clases dominantes. Al decir de Fals Borda (2004), “las guerras de independencia y la fragmentación de la Gran Colombia no aparecen sino como apoteósicos relevos

de las clases dirigentes, sin mayores consecuencias sociales y económicas para el pueblo” (p. 55). Allí también se utilizaron estrategias de guerra psicológica para someter a los adversarios.

En este marco social también el desprecio por las clases inferiores se mantiene rígidamente como en el tiempo de la colonia. El atraso histórico de las instituciones se refleja en la persistencia de métodos coercitivos para mantener el principio de autoridad, que André (1938) dice: “creía relegados a las tinieblas de la historia de España” (p. 121). Refiere que a su paso para la Laguna de La Cocha, observa el uso del cepo como instrumento de tortura aplicado a tres indígenas en la aldea de la Laguna. Comenta que al castigo se suman algunos latigazos y finalmente expresa: “estas atrocidades ejecutadas en la misma casa del Alcalde me quitaron las ganas de almorzar”. Otros hechos de final del siglo también ilustran la degradación ejercida contra los indígenas; entre ellas su utilización como cargueros por los misioneros capuchinos en la vía al Putumayo. (Cerón y Ramos, 1997, p. 230).

El relato de las atrocidades ejecutadas en la casa del Alcalde, reposa en un pequeño grabado de madera que lleva por título “El castigo del cepo aplicado en La Laguna” (André, 1874, p. 58). En este se puede ver a tres indígenas atados a un cepo en diferentes posturas. Uno atado de un solo pie, otro atado de las manos y el último sujetado de ambos pies y obligado a permanecer boca abajo en situación humillante. En la parte trasera del cepo se puede observar un par de crucifijos y en delantera a un guardia en situación complaciente.

Igual sucede con la imagen del indígena cargando en su espalda al misionero capuchino. Bonilla (citado en Cerón y Ramos, 1997) menciona la forma como un sacerdote español justificaba esta práctica deshumanizante: “...era indispensable acudir al antiquísimo método de cabalgar sobre las espaldas de los indios, por cuanto no había que pensar en bestias, por ser materialmente imposible usarlas en estos caminos” (p.230).

Es la misma atrocidad del señor alcalde, pero esta vez ejercida en nombre de la fe. De allí se deriva esa creencia popular

de que estamos destinados a cargar y soportar cualquier tipo de sufrimiento con tal de alcanzar la salvación divina. No sólo se permanece atado al cepo físico sino que se le liga a una atadura espiritual que aniquila sus creencias.

Esta es otra imagen de nuestra herencia simbólica que permanece en nuestra memoria social como testimonio del desprecio de las elites hacia las clases bajas. El daño ocasionado no puede ser peor que ese sentimiento de atadura, de inmovilidad, de postración alienante en el que permanecen grandes sectores de la sociedad. En esta imagen subyace el sentimiento de desagrado hacia la diferencia. Ello da lugar a dos nociones estéticas: de un lado lo hermoso, lo agradable, unido a las clases dominantes; del otro, lo feo, lo grotesco y lo desagradable como parte de la condición natural de los otros distintos a la elite y su dirigencia.

Esta situación se agudizó con la entrada de las ideas socialistas y comunistas al país, durante las tres primeras décadas del siglo XX; las cuales llegaron paralelamente con el aumento del proceso intervencionista por parte de los Estados Unidos de Norteamérica. Las confrontaciones sociales y políticas adquirieron un significado de “lucha de clases” y ello trajo como resultado la furia de las élites dirigentes que no vacilaron en aplicar nuevos métodos de terror como la masacre de las bananeras en 1928.

La forma como García Márquez cuenta en “*cien años de soledad*” los desarrollos de la masacre no da lugar a dudas en cuanto al placer con que se ejecutó la operación y la forma como se decretó el olvido de lo sucedido.

Muchos años después, ese niño había de seguir contando sin que nadie se lo creyera, que había visto al teniente leyendo con una bocina de gramófono el Decreto Número 4 del Jefe Civil y Militar de la provincia. Estaba firmado por el general Carlos Cortes Vargas, y por su secretario, el mayor Enrique García Isaza, y en tres artículos de ochenta palabras declaraba a los huelguistas cuadrilla de malhechores y facultaba al ejército para

matarlos a bala... El capitán dio la orden de fuego y catorce nidos de ametralladoras le respondieron en el acto.

Cuando José Arcadio Segundo despertó estaba bocarriba en las tinieblas. Se dio cuenta de que iba en un tren interminable y silencioso, y que tenía el cabello apelmazado por la sangre seca y le dolían los huesos. Sintió un sueño insoportable. Dispuesto a dormir muchas horas, a salvo del terror y el horror, se acomodó del lado que menos le dolía, y sólo entonces descubrió que estaba acostado sobre los muertos.

...La versión oficial, mil veces repetida y machacada en todo el país por cuanto medio de divulgación encontró el gobierno a su alcance, terminó por imponerse: no hubo muertos, los trabajadores satisfechos habían vuelto con sus familias, y la compañía bananera suspendía actividades mientras pasaba la lluvia.

...Los militares lo negaban a los propios parientes de sus víctimas, que desbordaban la oficina de los comandantes en busca de noticias. “seguro que fue un sueño”, insistían los oficiales. “En Macondo no ha pasado nada, ni está pasando ni pasará nunca. Este es un pueblo feliz”. Así consumaron el exterminio de los jefes sindicalistas (García, 2007, p 345-352).

En estas palabras se encuentra otra imagen constitutiva de nuestra memoria social. Estas imágenes actúan como fotografías instantáneas que de vez en cuando se activan cuando se repiten de manera calcada los mismos hechos atroces pero en tiempos y espacios actualizados. Si tomáramos estas palabras de García Márquez y les cambiáramos el contexto de ocurrencia por el actual, nos encontramos con que se mantienen de manera asombrosa, los mismos discursos estigmatizantes y las mismas prácticas de la masacre justificada en la pretensión de imponer el orden y la tranquilidad social.

Durante la oscura presidencia de Álvaro Uribe, en Colombia se aumentaron las estrategias de mercenarismo discursivo y fáctico por el ya conocido método de asociación que tan buenos resultados diera para el régimen nazi en Alemania. Aún se sigue señalando a los opositores de bandidos y terroristas. Todavía se mantiene la práctica cruel de ordenar operaciones de limpieza

social. Muchos sobrevivientes de masacres han logrado salvarse justamente escondiéndose sobre los propios muertos de su familia y su comunidad. Y lo peor: se mantiene intacta la vieja táctica de guerra psicológica de ocultar sistemáticamente la verdad de los acontecimientos, con lo cual se busca llevar a las víctimas a un estado extremo de dolor que siembra en la subjetividad ese sentimiento de impotencia desestructurante, tan característico de nuestras comunidades.

Hacia mediados del siglo XX el país entra en una interesante fase de avance de los movimientos sociales que se venían configurando en diversas regiones y que da lugar al surgimiento de líderes populares como Jorge Eliecer Gaitán, asesinado el 9 de abril de 1948. Este avance de las ideas progresistas nuevamente fue condenado por la élite política, económica y militar. El país entra en una nueva fase de barbarie y atrocidades conocida como “La Violencia”. La incapacidad de las élites para resolver sus contradicciones internas llevó a la instauración de un régimen de terror en el que se combinaban estrategias legales e ilegales para combatir a los famosos chusmeros, bandoleros y guerrilleros.

Fruto de esa combinación surgió la figura mítica de los “pájaros” encargados de la limpieza social. Estos pájaros eran verdaderos ejércitos de mercenarios que actuaban bajo la complicidad de las fuerzas armadas legalmente constituidas; eran guiados por las ideas conservadoras y mantenidos espiritualmente por la fe católica que los instigaba a matar liberales y comunistas. Hay muchas imágenes de aquella época de excesiva crueldad. Fotografías de hombres cargando en sus manos la cabeza mutilada de los enemigos como trofeos de su cacería humana. La famosa leyenda del “Cóndor” que asesinaba liberales como un problema de principios y que dio lugar a una bella obra literaria conocida como “Cóncores no entierran todos los días”, también llevada al cine.

Pero existe una imagen que da cuenta de los impresionantes niveles de deshumanización, polarización y exacerbación de



la crueldad: es una obra de arte del Maestro Alejandro Obregón conocida como “*Violencia*”. En ella se observa a una mujer embarazada que yace muerta y abandonada en un campo desolado.

Era una pintura que sacudía las rutinas visuales y que iba a extenderse, magistral, en el dilatado luto de su *Violencia* (1962), en la cual el rostro tasajeado, el volcán del pecho y el círculo del vientre se recortaban contra una desolación infinita. La madurez de Obregón quedaba patente en ese cuadro que transformaba la historia en pintura (Cobo, 2002, p 119).

Muchos investigadores asocian esta pintura con esa imagen del ritual de guerra ejercido por los grupos paramilitares de la época, tales como los pájaros o los temibles escuadrones de la policía conocidos como los “chulavitas”. Este ritual consistía en abrir el vientre de las mujeres embarazadas, extraer salvajemente el feto, y colocar en su reemplazo a un gallo vivo. Por ello en este libro se habla de los “pájaros azules a las águilas negras”, pues en la práctica la figura se mantiene intacta, junto con sus métodos atroces, sus alianzas, sus financiadores nacionales e internacionales, sus justificaciones, su cinismo y su impunidad.

El pájaro de los años cincuenta cambió de color y adquirió uno que le permitió mayor mimetismo y mayor ámbito de acción. A finales del siglo XX, las águilas negras llegaron a ser uno de los símbolos de muerte, destrucción, miedo y terror que más impacto ha tenido en el conjunto de la sociedad colombiana. Sus métodos y sus rituales de guerra son francamente aterradores. Su capacidad de captura de los organismos del Estado son tan eficaces que a través de ellos el sistema paramilitar logró penetrar la mayoría de instituciones y ponerlas a su servicio.

Esta captura de la institucionalidad del país fue la que hizo posible que se pusiera en marcha una poderosa máquina de guerra, muerte y desolación en la que el DAS aportaba la información de inteligencia; los gremios económicos financia-

ban, los políticos justificaban y los paramilitares ejecutaban con la complicidad de las fuerzas militares.

Todo esto se naturalizó de tal forma que sin darnos cuenta terminamos totalmente sincronizados ideofectivamente para aceptar todo tipo de crueldades. Incorporamos la atrocidad a través de un cuidadoso proceso de montajes pulsionales por vía de la repetición sistemática de imágenes cargadas de sutiles mensajes microfascistas.

Tengo en mi mente dos imágenes que me lograron impactar profundamente. La primera tiene que ver con una de las primeras apariciones en televisión del jefe paramilitar Carlos Castaño. La preparación de los actores y del escenario fue tan cuidadosa y fríamente calculada que no se escapó nada. El perpetrador de todo tipo de atrocidades apareció muy bien rasurado, peinado y luciendo un saco blanco que transmitía un sentimiento de pureza, transparencia y simpatía. Ello acompañado de un ambiente caribeño en donde se percibía un fresco aire que movía las palmeras estratégicamente colocadas para que pareciera como si éstas le hicieran la venía al ritmo de sus palabras, las cuales declamaban uno de los mejores poemas del poeta popular Mario Benedetti.

La otra imagen actual, tiene que ver con la “visita” del líder paramilitar Salvatore Mancuso al salón elíptico del Congreso de la República de Colombia. Lo que realmente me impacto fue ver a nuestros congresistas casi en su totalidad poniéndose de pie y aplaudiendo vehemente a este carnicero humano hablando de paz y justicia social.

Por las anteriores consideraciones, el presente trabajo sostiene la tesis de que uno de los elementos más destacados de esta última fase de nuestra historia política, tiene que ver con la combinación de sofisticadas estrategias de guerra psicológica para desaparecer física y/o simbólicamente al otro distinto. Situación que cada vez se naturaliza más y es incorporada por el conjunto de la sociedad y por las élites gobernantes, hasta el

punto de convertirse en una especie de «estética de lo atroz» en la que se siente un cierto gusto por diseñar, apoyar, financiar, encubrir y hasta ejecutar procesos de limpieza socio-política .

Pareciera que en nuestra patria el odio hubiera ganado la batalla hace muchos años y sin darnos cuenta hubiéramos ido construyendo una extraña psicología del miedo y el terror. Como si Fobos y Deimos se hubieran tomado nuestras almas y nuestros espíritus alentados por ese gusto histórico de nuestras élites en ver desaparecer cualquier forma de crítica sobre sí mismas.

Una psicología social del horror configurada desde intereses ideológicos situados en planos de significación social bastante complejos, pues involucra límites simbólicos muy fuertes, a través de los cuales se construyen las nociones éticas, estéticas y axiológicas desde las cuales se organizan los sistemas cotidianos de interacción y comunicación.

Desde hace mucho tiempo, nuestras élites políticas han querido naturalizar en la subjetividad del colombiano una trilogía del horror que se manifiesta en por lo menos tres grandes dimensiones de la condición humana: 1) Una estética de lo atroz que siente gusto y placer con la muerte y/o desaparición física o simbólica de la otredad; 2) Una ética de la barbarie que justifica moralmente la negación del conflicto armado y su consecuente crisis humanitaria e institucional, con lo cual se niega a las víctimas su condición histórica de sujetos de derechos; y 3) El cinismo y la impunidad como valores al instalar en la memoria social un sofisticado mecanismo de ocultamiento sistemático de la verdad.

Ese goce y ese placer por la muerte del otro distinto, se ha venido configurando desde dispositivos religiosos, políticos, militares y económicos a partir de los cuales se otorga un carácter de héroe glorioso a quienes eliminan o facilitan la eliminación de aquellos que se manifiestan en contra del sistema social y los valores que lo sostienen. Ese goce y ese placer hoy tienen la forma de política de Estado.

Cuando esto sucede, cuando el Estado no logra resolver sus conflictos socio-políticos sino por medio de la fuerza, la violencia o la represión, y además, sus élites encuentran cierto placer sobre la eliminación de sus “enemigos”, entonces, pasamos de un Estado de derecho a un Estado de opresión sostenido por altos niveles de cinismo e impunidad. De allí la importancia psichistórica y psicosocial de comprender la forma como estos dos valores —el cinismo y la impunidad— llegaron a convertirse en los pilares de las élites de nuestro país; lo mismo que los mecanismos que utilizaron para bajarlos al conjunto de la sociedad.

No es arriesgado sostener que nuestra supervivencia se lleva a cabo en un país en el que la muerte de la otredad se ha convertido en un vicio promovido desde el mismo Estado. Un país al que las elites acostumbraron a todas las formas posibles de ilegitimidad e ilegalidad. Un país que heredó de los invasores españoles un ethos de barbarie que ahora se refuerza con altas dosis de cinismo e impunidad importadas por las mismas élites desde Estados Unidos e Israel.

Desde que tengo uso de razón y memoria he tenido que observar diversas atrocidades en nombre de la democracia, la justicia y la verdad. Soy hijo de la guerra y de la violencia política. Mi experiencia vital existencial ha estado signada por el desarraigo, el desplazamiento forzado y la persecución. Mis padres han sido desplazados en varias ocasiones. Se podría decir que han tenido toda una vida de desplazamientos forzados y de persecuciones políticas.

Primero tuvieron que salir huyendo de su población de origen en el departamento del Tolima. Esa noche un grupo de “pájaros” llegó hasta su humilde choza con el fin de «ajustar cuentas» por sus creencias políticas al lado de los liberales. Con tres hijos pequeños dejaron su parcela y viajaron hacia la extensa región de los Llanos Orientales. Pidiendo limosna y durmiendo en cualquier parte se adentraron en lo profundo del piedemonte llanero.

Allí se establecieron junto a otros colonos y en medio de relaciones de solidaridad lograron obtener la posesión sobre un pequeño fundo de tierra para dedicarse al cultivo de pancoger. Mientras esto sucedía nacimos tres nuevos hermanos. El primero murió a los tres años como resultado de las condiciones de vida tan precarias. Con todo el dolor del alma, mis padres se vieron obligados a enterrarlo en el jardín de la propia choza en donde vivían. La situación de violencia política se volvió a agudizar y fuimos obligados nuevamente a dejar estas tierras. Quien escribe estas páginas apenas tenía unos meses de nacido.

Ahora el destino fue la capital del país. La situación en Bogotá fue bastante difícil pues no había empleo para ninguno de los dos y ahora tenían cinco hijos. Nuevamente la solidaridad se hizo presente y gracias a ello se establecieron en un barrio popular para dedicarse a la fabricación de alimentos típicos de su región.

Todo marchaba bien hasta que fueron estafados y se vieron obligados a abandonar la capital. Marcharon hacia la población de Girardot de donde se vieron obligados a regresar a Bogotá a reactivar su artesanal arte culinario. Diez años después nuestra casa en Bogotá fue allanada por el DAS y fueron puestos en prisión cinco miembros de mi familia siendo acusados de ser auxiliares de la guerrilla. Después de una ardua batalla jurídica que yo mismo encabecé a la edad de 17 años, la justicia no encontró argumentos para mantenerlos detenidos y fueron absueltos de los cargos. Habían pasado siete meses.

Al salir de la cárcel nos vimos obligados a abandonar nuestra casa pues crecieron las amenazas. Mis padres ya mucho más viejos decidieron irse para una finca en Villarica Tolima, histórico territorio de resistencia campesina. Al cabo de un año, se supo de un plan para asesinar a mi padre por parte de grupos paramilitares de la región. Se vieron obligados a dejar su finca y regresar a Bogotá. Esta vez entre todos los hermanos organizamos la solidaridad. Hoy con más de setenta años, cada uno,

viven en una zona popular de la capital. Nunca han dejado de luchar por su dignidad. Somos sobrevivientes del partido político legal Unión Patriótica. Partido al que se quiso exterminar por medio de un atroz plan denominado “El baile Rojo” en el que se ha demostrado que hubo participación por acción u omisión de agentes del Estado Colombiano.

Este libro es un homenaje a mis viejos por la enseñanza del compromiso ético y político. También es un homenaje a las víctimas y sobrevivientes de la Unión Patriótica con quienes hemos aprendido el arte de la resistencia cotidiana sin la renuncia a los principios fundamentales de la dignidad.

Como se puede ver, somos hijos de la violencia política que se deleitaba “quitando cabezas” en nombre de los colores azul y rojo como símbolos sagrados de los partidos tradicionales. En nombre de la pureza de estos símbolos del bipartidismo se ha venido configurando una extraña estética del goce con la “limpieza social” avalada desde poderosos dispositivos de poder sostenidos por las fuerzas armadas y la iglesia.

Desde hace muchos años escucho con atención los relatos de nuestros mayores acerca de la forma cómo las élites del país fueron induciendo a la sociedad colombiana hacia el actual estado de fragmentación psicosocial y desintegración psíquica, hasta lograr conformar una mentalidad sumisa, obediente y acrítica que se mantiene en estado de anestesiamento perpetuo a través de los grandes medios de comunicación. Una mentalidad social que acepta sumisa y voluntariamente los mandamientos hacia la violencia política.

La creatividad para la muerte atroz nunca ha faltado en estas tierras. La sensibilidad para borrar de un pincelazo las diferencias hace parte de las costumbres cotidianas de muchas poblaciones y sus gobernantes. El espíritu de la guerra danza victorioso sobre el dolor de la población que yace postrada en estado de polivalencia deseante. La deshumanización se ha convertido en la imagen cotidiana que configura los horizontes de

sentido en los que se considera normal tener ese «gusto» por la eliminación de los que «encarnan» el mal.

Formas de nombrar la muerte a través de representaciones mitológicas o arquetípicas como «centauros», «El cóndor», «Las águilas» o «la lagartija»; dan cuenta de una estética de la crueldad en nuestro inconsciente colectivo. El gusto por la muerte asociado a múltiples rituales religiosos ha hecho que unas víctimas sean menos «malas» que otras y por lo tanto más justas y necesarias para el bien de la sociedad.

Sobrevivo en un país en el que se ha colonizado el deseo y se le ha puesto al servicio de los más inverosímiles rituales de muerte y desolación. Un país en el que el poder mafioso logró penetrar absolutamente todas las instancias de gobierno y de moralidad. Un país con una mentalidad construida desde sofisticados dispositivos de mentira y olvido. Un país con unas elites políticas, militares y religiosas permeadas por un ethos de racismo e impunidad.

Esta trilogía del horror (estética de lo atroz, ética de la crueldad y cinismo e impunidad como valores) no es casual ni se configura naturalmente, sino que es el resultado de un largo proceso de construcción histórica mediada por poderosos intereses ideológicos. Es decir, supone una construcción consciente<sup>2</sup> en la que se instala en el hombre-masa una cierta alegría con las atrocidades sobre los otros malos e indeseables. Un ejemplo actual se puede observar en la perversa política del “informante” que goza viendo la destrucción de aquellos que le han hecho creer que son sus enemigos.

Desde una perspectiva psichistórica, lo anterior quiere decir, que esa psicología del miedo y del terror fruto de tantos años de violencia política se construyó desde una intención planificada de crear daño, dolor o sufrimiento y siempre se ha

---

2. De acuerdo con Stekel (1956), “para ser cruel se requiere tener conciencia de la crueldad, alegría ante el dolor ajeno, voluptuosidad de poderío sobre la vida ajena” (p. 46).

apreciado como una «obra» que alguien solicita, alguien financia y alguien ejecuta. Se adquiere como un producto más en el mercado legal o en el mercado negro y es tolerada por el Estado y la sociedad. Peor aún: es esperada de forma consciente o no consciente (manipulada) por los grupos humanos como forma privilegiada de solución del conflicto sociopolítico y armado en nuestro país.

De eso vamos a hablar en este pequeño ensayo. No sin antes advertir que todo ello se hace desde la postura ético-política de la psicología de la liberación que busca contribuir con los esfuerzos de muchas organizaciones sociales e intelectuales comprometidas - por la recuperación del gusto por la vida y la condena de la muerte provocada - con la construcción de una ética de la resistencia que empieza con el reconocimiento de la diferencia y con la solidaridad como único valor que puede fundamentar los procesos de verdad, justicia y reparación para miles de víctimas de violencia política en Colombia y en otras partes del mundo.

Hoy como nunca antes, me encuentro convencido de la necesidad de una nueva psicología que ponga su saber al servicio de las grandes mayorías sometidas a perversas condiciones de existencia material, psicológica y espiritual. No basta con darse cuenta -como psicólogos y psicólogas- de la forma como históricamente ha sido utilizado el saber psicológico para someter, controlar, manipular, torturar y hasta mutilar física y/o simbólicamente las diferencias. No basta con una psicología social que se diga crítica desde una perspectiva discursiva.

La praxis psicológica para la desnaturalización de esta trilogía del horror implica necesariamente un nuevo rol para los psicólogos y psicólogas en Latinoamérica: ser instigadores de la transformación psico-socio-antropológica en defensa de la dignidad humana.

La tradicional psicología del enmudecimiento ontológico tiene que dar lugar a una psicología que no sólo denuncia las



atrocidades que se cometen en nuestros pueblos, sino que contribuye con los procesos de organización y movilización social que hacen resistencia a esas atrocidades. Sólo así podremos ayudar a la recuperación del gusto por la vida del que tanto nos han querido alejar nuestras elites y nuestras dirigencias desde los inicios de la República.





Capítulo I

---

UN GUSTO MANIFIESTO O LATENTE  
POR LA MUERTE O DESAPARICIÓN  
FÍSICA Y/O SIMBÓLICA DE LA  
OTREDAD



**E**n un bello trabajo sobre la crueldad, Ana Berezin (1998) se pregunta “¿cómo es que miles de hombres y mujeres realizan (ejecutan, apoyan o consienten) actos crueles, individual y colectivamente?, ¿Qué resorte de la subjetividad de cada uno de los que participan, se ha movilizado?, ¿Qué potencialidad latente se activa en lo más profundo de su ser y de su ser en los otros?”. (p. 18). Y de forma intuitiva ella misma se responde que no cree que esto obedezca al asalto de la maldad sobre nuestra siempre bondadosa naturaleza humana, sino que por el contrario, es el resultado de la forma como se han resuelto los conflictos individuales y sociales. Es decir, que no somos ni crueles ni bondadosos por naturaleza, sino que cada una de estas dimensiones se instituyen desde los dispositivos sociales y políticos que gestionan la vida al interior de contextos históricos concretos.

Lo que sí es cierto, es que las élites políticas pueden llegar a acostumbrar a toda una sociedad a la realización de la crueldad. Ya sea ordenándola, financiándola, ejecutándola, encubriéndola, tolerándola o consintiéndola. Es decir, que ciertas organizaciones sociales no se vuelven crueles porque sí, sino porque existen una serie de dispositivos de poder que las llevan a tal naturalización. Entendiendo, por supuesto, que no sólo en la guerra se produce la crueldad que desmantela física y psicológicamente, sino que esta se hace presente en las formas de organización política en las que –parafraseando a Martín-Baró - el «bienestar de unos pocos descansa sobre el malestar deshumanizado de muchos otros».

También hay crueldad (y no casualmente, ya que hay una íntima relación) en los planes económico-políticos que con frías cifras hacen crecer a los hambrientos y excluidos en una lenta tortu-

ra por la vida. También hay crueldad en las ideologías –muy acordes al funcionamiento socio-económico- que promueven el individualismo, la indiferencia y el sin sentido de cualquier intención de justicia colectiva y solidaria (Berezin, 1998, p. 23).

Lamentablemente este ha sido el caso colombiano. Un país que observa con indiferencia como se elevan los niveles de polarización social como consecuencia de un conflicto armado longitudinal que ya alcanza los quinientos años. Un territorio acostumbrado a la muerte y desaparición del otro distinto como resultado de sutiles estrategias políticas de las élites para mantenerse en el poder. Violencias gestionadas de generación en generación para acceder al poder o para no perderlo cuando ya se tiene.

Esa gestión de las violencias o esas «violencias organizadas» -de las que hablaba Bataille- transmitidas ideológicamente se van instalando en el cuerpo mental hasta llegar a sentir placer o gusto con el sufrimiento de los otros sin que ello provoque al menos un sentimiento de conmoción social, pues se llega a unos niveles de deshumanización que “frente al padecimiento del otro nada hace temblar, nada sacude ni emociona. Distancia absoluta con el otro, es decir, ninguna distancia que delimite las cercanías, imperiosidad del cuerpo padeciente del otro, imperiosidad del triunfo sobre la alteridad” (Berezin, 1998, p. 28).

No de otra forma se puede explicar por qué la sociedad no se moviliza ante el aumento impresionante de la crisis humanitaria e institucional que deja la violencia política y el conflicto armado. Y con ello corriendo el riesgo de hablar de la violencia en términos de cifras y no del sufrimiento de seres humanos a los que se les niega su condición de humanidad. Crisis humanitaria que se refleja en más de cuatro millones de desplazados, cerca de cincuenta mil personas desaparecidas, tres millones de desempleados, veinte millones de pobres y cerca de nueve millones de seres humanos en condición de miseria.

A lo cual habría que agregar la profunda crisis institucional que hoy vive nuestro país como consecuencia de la penetración

del narcotráfico y del paramilitarismo en las tres ramas del poder público, con lo cual se aumentan los niveles de impunidad y se instituye la ilegalidad y la ilegitimidad como formas de gobierno. Escándalos como el famoso proceso 8000 y la parapolítica son apenas una muestra de la forma como el Estado ha caído en manos de bandas mafiosas que han instaurado microfascismos regionales en proceso de unificación nacional.

Recientemente el centro de documentación sobre «paramilitares y conflicto armado en Colombia» de la Revista Semana, publicó un documento sobre la forma como el narcotráfico y el paramilitarismo penetraron los gobiernos de Ernesto Samper y de Álvaro Uribe, en el que se puede ver la magnitud de la ilegalidad e ilegitimidad con que se ha gobernado al país en los últimos diez y seis años.

Mientras que los narcotraficantes que infiltraron la campaña de Samper no tenían un interés directo en ejercer funciones de gobierno, aquellos que infiltraron a la coalición partidista de Uribe más que interés de gobernar se habían convertido en los propietarios de facto de numerosos Estados regionales. De allí que la negociación de Uribe con la clase paramilitar no ocurrió solamente en el proceso de paz de Ralito, sino también de modo indirecto en espacios institucionales con una clase política que de una manera u otra está vinculada con sectores del narcotráfico y del paramilitarismo. Sería en espacios del Estado donde la clase política era elegida o tenía injerencia en los nombramientos, como los cargos públicos, las Cortes, las Fuerzas de Seguridad, entre otras agencias institucionales, donde se definirían los límites del poder entre las partes. Se decidiría hasta qué punto los paramilitares podían imponer su ejercicio de gobierno en las regiones, la inmunidad de sus empresas criminales y su ascendencia social, y hasta qué punto el Estado reclamaba el cumplimiento de sus leyes e instituciones (Duncan, 2008, p. 3).

Sin lugar a dudas la decisión fue totalmente favorable hacia la ultraderecha paramilitarista que logró ocupar cargos en todas las esferas del poder público regional y nacional, pues

desde esta estrategia el paramilitarismo eligió más de setenta<sup>3</sup> congresistas que formaban parte de la coalición de gobierno, así como concejales, gobernadores, alcaldes, directivos del departamento administrativo de seguridad –DAS-, fiscales y hasta magistrados de las altas cortes de justicia.

Las fuerzas armadas no han sido ajenas a esta crisis institucional. El mundo hoy conoce con horror la práctica sistemática utilizada por miembros del ejército nacional para secuestrar y asesinar a jóvenes desempleados de los sectores marginales para hacerlos pasar por guerrilleros muertos en combate<sup>4</sup>. Otro caso

---

3 En un trabajo de investigación que lleva por título *Narcotráfico y Parapolítica en Colombia, 1980-2007*, se puede ver como “el apoyo paramilitar a los actores políticos consistió en el financiamiento de las campañas, la intimidación a la población o las autoridades electorales y la manipulación de los jurados electorales (Pérez 1997; Alonso, Giraldo & Sierra 1997; Guzmán y Moreno 1997; González 1997, Zuñiga 1997). Todo esto ha llevado a una situación sin precedentes históricos en Colombia, pues hasta abril de 2008 más de sesenta congresistas eran investigados y treinta y tres se encontraban en la cárcel (García-Segura 2008). A su vez, esto ha generado serios cuestionamientos acerca de la legitimidad del Congreso” (De León y Salcedo, 2008, p.4).

4 Este fenómeno conocido como «falsos positivos» alcanza cifras verdaderamente alarmantes si se tiene en cuenta el número de jóvenes asesinados, los militares y funcionarios del Estado implicados y la forma sistemática como se implementó y mantuvo dicha práctica siniestra. El periódico “Desde abajo” publicó un artículo el 14 de julio de 2009 en el que menciona que “Según investigaciones de las Naciones Unidas, los asesinatos sistemáticos de jóvenes y campesinos cometidos por el Ejército colombiano para hacerlos pasar por guerrilleros muertos en combate suman aproximadamente 1.800. La cifra fue publicada en un informe de su relator, Philip Alston, quien estuvo en Colombia investigando estos hechos. El funcionario aseguró, además, que estos asesinatos no son obra de unas cuantas ‘manzanas podridas’, como quiere hacer ver el gobierno de Álvaro Uribe. El relator afirma que el gran número de asesinatos, la amplia geografía abarcada y el elevado número de militares implicados, casi evidencia el hecho de que los homicidios “fueron llevados a cabo de una manera más o menos sistemática por una cantidad significativa de elementos del ejército y son un “crimen de Estado”



emblemático de ese deterioro estamental es el del asesinato del senador Manuel Cepeda Vargas, en el que participaron miembros activos del ejército nacional, tal como lo precisó la Corte Interamericana de derechos humanos, en un fallo histórico, a través del cual acaba de condenar al Estado colombiano por acción y omisión en dichos hechos. En el artículo 124 del fallo de la Corte se puede leer:

La Corte estima que la responsabilidad del Estado por la violación del derecho a la vida del Senador Cepeda Vargas no sólo se encuentra comprometida por la acción de los dos suboficiales ya condenados por su ejecución, sino también por la acción conjunta de grupos paramilitares y agentes estatales, lo que constituye un crimen de carácter complejo, que debió ser abordado como tal por las autoridades encargadas de las investigaciones, las que no han logrado establecer todos los vínculos entre los distintos perpetradores ni determinar a los autores intelectuales. La planeación y ejecución extrajudicial del Senador Cepeda Vargas, así realizada, no habría podido perpetrarse sin el conocimiento u órdenes de mandos superiores y jefes de esos grupos, pues respondió a una acción organizada de esos grupos, dentro de un contexto general de violencia contra la UP. (Corte Interamericana de Derechos Humanos, 2010).

En este mismo fallo, la Corte Interamericana de derechos humanos obliga al Estado colombiano a desarrollar una serie de acciones de reparación que van desde pedir perdón públicamente a los familiares del Senador Cepeda Vargas, pasando por el reconocimiento de la dignidad de las víctimas hasta garantizar la no repetición de la violación sistemática de los derechos humanos a quienes hacen oposición crítica legal al gobierno, pues “la Corte ha valorado favorablemente aquellos actos que tengan como efecto la recuperación de la memoria de las víctimas, el reconocimiento de su dignidad y el consuelo de sus deudos”.

Este fallo ha generado un profundo malestar en algunos sectores de la élite política, económica, gremial - y periodística del país y hasta en el mismo Presidente de la República - los

cuales han respondido de manera furiosa con ataques e incitación a la muerte de los familiares que durante 16 años dieron la batalla jurídica por la verdad, la justicia y la reparación.

Situación que demuestra la falta de voluntad ética y política de nuestras elites para resolver los conflictos por la vía de la concertación democrática y a la vez muestra su tendencia a la exacerbación del odio, el terror y la polarización a gran escala. Para ilustrar tal afirmación bastaría con revisar, por ejemplo, el comunicado del ex-asesor presidencial José Obdulio Gaviria -cuestionado seriamente por sus vínculos con mafias paramilitares- a través del cual se busca banalizar el fallo de la corte y se incita a la desaparición física o simbólica de las víctimas. En una escritura burda que golpea al mismo lenguaje, este «asesor» busca ridiculizar el fallo y las víctimas con frases como que:

"Las Farc no son ingratas. Su cuadrilla más sanguinaria, epónima de Manuel Cepeda, honra diariamente su memoria. Iván, su hijo, no se inmuta por ello y, en cambio, se ufana de que nuestra justicia está condenando a "mandos del Ejército y a líderes políticos como 'autores mediatos' (...) por ser dirigentes de aparatos de poder destinados a cometer crímenes de lesa humanidad". ¡Qué casualidad! Esa es la conducta que Dudley y Delgado les cuestionan a Manuel Cepeda y al Comité Central: ser autores mediatos de los horrores cometidos por el aparato criminal llamado Farc" (Periódico El Tiempo, 6 de julio de 2010).

Si se analiza un texto como el anterior, publicado en un diario de circulación nacional, nos encontraremos con una clara intención política de justificar la muerte o desaparición de todos aquellos que se atreven a denunciar actuaciones ilegales de agentes del Estado. Este es un tipo de violencia política en el que se combinan diversas estrategias de guerra psicológica para lograr ganar la mente y los corazones de amplios sectores de la sociedad, como bien lo demuestra Aron T. Beck en su interesante investigación titulada "Prisioneros del odio":

Además del tipo de pensamiento deliberado y premeditado asociado a la violencia instrumental (fría) y del pensamiento reflexivo de la violencia reactiva (candente), podemos identificar un tipo de pensamiento ejecutivo, relacionado con la ejecución de actos destructivos. Esta clase de pensamientos de «bajo nivel» es característico de personas que fijan su atención exclusivamente en los detalles de un proyecto destructivo en el que se hallan implicados. El pensamiento ejecutivo es típico de los funcionarios que llevan a cabo con esmero tareas destructivas, aparentemente inconscientes de su significado o trascendencia. Estos individuos pueden estar tan concentrados en lo que están haciendo —una especie de visión en un túnel— que son capaces de borrar de su cabeza el hecho de estar participando en una acción inhumana. Parece como si, en el caso de pensar en ello, vieran a las víctimas como algo de lo que se puede prescindir. Este tipo de pensamiento fue claramente el típico de los burócratas del aparato nazi y soviético (Beck, 2003, p. 45).

A lo cual se podría agregar que este tipo de pensamientos se vuelve mucho más peligroso cuando quienes lo expresan, lo hacen en virtud de su posición de poder en la estructura misma del Estado, pues ello permite que en poco tiempo se convierta en una doctrina que es acogida no sólo por las mismas elites, sino por el conjunto de la sociedad.

Cuando una sociedad no aprende a resolver sus conflictos sociales por la vía de la legitimidad, indefectiblemente esa sociedad va naturalizando el uso de las armas para resolver sus contradicciones internas. Ya sea para defender los intereses de las élites gobernantes o para buscar otras formas de organización social desde quienes han sido negados y excluidos por las mismas. El maestro Orlando Fals Borda así lo deja ver en su investigación sobre la subversión en Colombia, editada por primera vez en 1967 y actualizada en 2008: “El belicismo como política de Estado, al afectar la estructura de los valores, empezó a armar sus toldas, y las guerrillas anteriores, lejos de terminarse, pasaron a nuevas etapas de actividad” (Fals Borda, 2008, p. 252).

Esa naturalización de la vía “militarista” para resolver los conflictos va acompañada de posturas ideológicas profundamente intransigentes a través de las cuales se instala en la subjetividad una intencionalidad política de eliminación de la diferencia. Esa intencionalidad de asesinar física o simbólicamente la diferencia es lo que se puede llamar “violencia política”, pues ésta “supone una elaboración en la que existe una intención manifiesta o latente de hacer daño, siendo la estructura psicológica la que mayor impacto recibe” (Barrero, 2008, p. 38).

De tal forma que la falta de legitimidad hace que una sociedad incorpore el uso ilegal e ilegítimo de las armas y con ella se va configurando la utilización de diversas formas de violencia política para resolver los conflictos sociopolíticos. Una de esas formas es la guerra psicológica a través de la cual se busca elevar a categoría de héroes necesarios a aquellos personajes implicados en crímenes de lesa humanidad, pues “se trata de aniquilar como tal, ganando su “mente y su corazón”. De esta manera, ya no será necesario ocultar en el anonimato a los autores de esta guerra paralela, sino que incluso podrá ensalzárseles como patriotas y héroes nacionales” (Martín-Baró, 1990, p. 64).

Esa guerra psicológica llevada a niveles de fanatismo extremo es la generadora de estados de polarización social tan arraigados que poco a poco la sociedad convierte en una práctica cotidiana mecanismos como la descalificación, la difamación, la estigmatización, los insultos y hasta la incitación a la muerte o desaparición de aquellos considerados como potenciales enemigos, pues una de las características más importantes de la polarización social es justamente que “al polarizarse, la persona se identifica con un grupo y asume su forma de captar un problema, lo que le lleva a rechazar conceptual, afectiva y comportamentalmente la postura opuesta y las personas que la sostienen” (Martín-Baró, 2003, p. 140).

Esos niveles extremos de polarización social son los que han venido configurando esta estética de lo atroz en la que

actualmente nos encontramos y gracias a la cual se ha venido rindiendo culto a la muerte y a la desaparición física o simbólica de la otredad. Ese gusto consciente o no consciente —manipulado— frente a la muerte del otro. Gusto que se acentúa cuando el otro representa intereses políticos o ideológicos distintos. Ese placer frente a la desaparición del contradictor no es otra cosa que una clara manifestación de lo que hemos llamado la estética de lo atroz, que se nutre de la polarización social.

La estética tiene que ver fundamentalmente con la forma como la gente se percibe. La forma como se valora. La forma como construye universos de significación. La forma como llega a configurar «sus gustos», sus preferencias e incluso sus deseos más profundos. Lo que sucede es que sin darnos cuenta hemos hecho parte de unas representaciones sociales absolutamente ideologizadas desde las cuales, se nos ha hecho creer que la estética es una especie de habilidad relacionada con el gusto por el arte, la belleza y la armonía; y como tal, desde siempre ha sido predestinada a las clases altas, pues la mera condición de miseria o pobreza tornaría desagradable hasta la existencia misma.

Gracias a esta representación social tan arraigada en nuestro medio, las élites políticas han hecho de la estética un eficaz dispositivo de dominación en el que se combinan estrategias de guerra psicológica como la sentimentalización masificante y la renuncia al ejercicio de la crítica intelectual; pues como dirían Ramón del Castillo y Germán Cano (citado en Eagleton, 2006) “la clase media necesita consolidar su hegemonía con un nuevo tipo de poder no coactivo, sino persuasivo, un poder que apela más a la sensibilidad y no sólo a principios racionales y abstractos” (p. 35 ).

Nuestras élites políticas nos acostumbraron al ejercicio de la atrocidad como forma privilegiada de resolver nuestros conflictos sociopolíticos, toda vez que una de las características fundamentales de lo atroz es que alguien siente un gusto especial, un placer, una alegría con la destrucción severa de otros

seres humanos que le resultan desagradables e inaceptables como para convivir con ellos.

Esta característica de lo atroz se torna mucho más compleja cuando las causas de tal desagrado son de tipo partidista, pues el gusto por la desaparición física o simbólica del otro obedece a intereses políticos incorporados y llevados a extremos de fanatismo, en los que se justifica y vanagloria a quienes cometen actos extremos de crueldad en defensa de las instituciones. Al decir de Stekel (1954) analizando el fenómeno nazi, “El amor a la patria permitía cometer las mayores atrocidades contra el enemigo” (p. 50).

Ese enemigo que se construye cuidadosamente a partir del principio de quitar sus atributos agradables e instalar la fealdad física y simbólica que justifique el ensañamiento corporal y su desaparición. Otro objetivo de este mecanismo de construcción del imaginario sobre la otredad, es evitar la posibilidad de que ese “enemigo” llegue a ser elevado a la categoría de “héroe o guerrero” que lucha junto al pueblo. Un ejemplo clásico de esta especie de estética de lo atroz se puede ver en la forma como las grandes potencias cercenan las características heroicas a los pueblos que se resisten a sus políticas imperialistas presentándolos como «barbaros, retrasados, fanáticos o psicópatas». Quienes piensan que estas potencias no experimentan placer con el horror humano ante las masacres, la mutilación y la fragmentación, se están negando la posibilidad de comprender los macabros rituales de guerra que hoy se practican en nuestros países inspirados precisamente en esa ideología del «enemigo interno». No queda otra explicación ante barbaries como el experimento de la bomba atómica:

Los Estados Unidos tomaron un revanchismo irresponsable ensayando este artefacto en Hiroshima y Nagasaki. Ellos le enseñaron al mundo entero a quitarle, en un abrir y cerrar de ojos, la heroicidad a un pueblo desmembrándolo física, histórica y moralmente. Ha sido la bomba un sistema de pensamiento

y de desmembramiento superior a nuestras capacidades de entender el cuerpo como cosa múltiple. Es la bomba que aún se sigue en escalas más reducidas, y por ello lastimosamente más perdonables, después de aquella barbarie ejecutada en Japón. La bomba desarticula, la bomba desarma, la bomba quita el poder de pensamiento, la bomba impone la fuerza sobre las ideas, sobre las religiones, sobre la alteridad. En todas sus formas, la bomba no entiende la diferencia porque su finalidad es homogeneizar el horizonte en ruinas (Gaitán, 2004, p. 28).

No se puede negar que la guerra psicológica involucra una alta dosis de manejo estético ideologizado que distorsiona la imagen de comunidades que resisten haciéndolas ver como encarnaciones del demonio, monstruos carniceros o bestias potencialmente peligrosas para la humanidad. Cuando esto sucede se instala sutilmente en el cuerpo social el gusto con la aniquilación de ese otro desagradable y se abona el terreno para la emergencia de diversos tipos de microfascismos que hacen del acto de despedazamiento físico o moral un acto de sublimación.

Camile Dumoulié (1996) identifica dos formas de crueldad. De un lado la crueldad física que se práctica con el acto de “despedazar a otro ser humano” cuando simplemente se le podía reducir. En segundo lugar, la crueldad psicológica cuando se “siente placer al realizar actos crueles o al facilitar que otros los realicen” (p. 16).

En ambos casos, el resultado es el mismo: la desfiguración de la otredad. Desfiguración que se puede asumir como deshumanización, pues a través de ella se despoja al ser humano de las características propias de su humanidad y se le convierte en cosa innecesaria cuando no se ajusta a los estereotipos exigidos por el orden social establecido.

La desfiguración de lo humano en el adversario es una de las exigencias de la guerra psicológica para poder justificar todo tipo de atrocidades. Y no sólo se quiere desfigurar el cuerpo físico a través de la mutilación individual y de la fragmentación

social, sino que también se busca desfigurar el cuerpo mental por medio de la repetición indiscriminada de imágenes e informaciones distorsionadas de la realidad. Lo mismo sucede con el cuerpo inconsciente que termina naturalizando la atrocidad por medio de sutiles montajes pulsionales y sofisticadas manipulaciones emocionales.

El cuerpo mágico no escapa a tal desfiguración, pues es un hecho que la guerra psicológica busca magicalizar la conciencia al extremo mismo de un encantamiento psicosocial en el que la realidad sólo sea vista como ficción. Para cerrar el círculo de la desfiguración de lo humano, la guerra psicológica se apoya en la manipulación del cuerpo espiritual por medio de una serie de instalaciones ideológicas como el bien y el mal, lo sagrado y lo justo, previamente designadas desde intereses de poder.

La desfiguración deshumanizante tiene que ser del cuerpo total como para lograr calar en la subjetividad de buena parte de la sociedad, de tal forma, que ella —la sociedad— comparta con sus élites ese gusto y ese placer con la eliminación total de sus adversarios por vía de la atrocidad. Esa desfiguración estética a través de la cual se instala la fealdad en el otro como para justificar socialmente su destrucción y sentir gusto al realizar esa destrucción o al facilitarla.

No es preciso hacer un gran esfuerzo para demostrar este argumento. En una sociedad tan polarizada como la colombiana es fácil encontrar discursos de élites políticas, económicas y militares que justifican actos como la desaparición forzada por parte de los organismos de seguridad del Estado. El ya famoso caso de la condena a treinta años de cárcel al coronel Plazas Vega es un claro ejemplo de la forma como las élites distorsionan la realidad y justifican sus crímenes atroces. Si se hace un seguimiento semiótico a la forma como la cúpula militar y hasta el mismo Presidente de la República reaccionaron ante la condena, se podrá ver con absoluta claridad que detrás de la defensa de un miembro de la élite, existe toda una política de justificación



de crímenes de lesa humanidad que busca desaparecer el cuerpo integral de los adversarios. Así se registró la noticia en una prestigiosa revista de análisis político en Colombia:

El fallo de la juez que condenó a 30 años al coronel Plazas Vega por la desaparición de 11 sobrevivientes en el holocausto del Palacio de Justicia en 1985 ha creado un terremoto en la institución militar que no tiene antecedentes en la historia reciente del país. Apenas se conoció la noticia, la cúpula militar fue de urgencia a reunirse con el presidente Uribe para expresarle, en calidad de jefe supremo de las Fuerzas Militares, lo que significaba esa condena para la moral de la tropa, el honor militar y la futura conducción de la guerra. Para los militares estaba todo en juego. Tanto así, que el gobierno interrumpió la programación de televisión y el Presidente apareció ante los colombianos pocas horas después rodeado de la cúpula y de su ministro de Defensa. El mensaje fue claro: había "dolor y desestímulo" en las filas, los colombianos debían "abrazar a sus militares" y era necesario pensar en "una legislación que rodeara de garantías a las fuerzas armadas (Revista Semana, 16 de junio de 2010).

A primera vista pareciera como un simple acto de solidaridad de la cúpula militar, el ministro de defensa y el propio Presidente de la República para con un compañero caído en desgracia por los "servicios prestados a la patria" frase repetida varias veces por distintos miembros de la élite gobernante. Sin embargo, el asunto es mucho más grave de lo que parece, pues la condena al mencionado coronel no es dictada por simples excesos en el ejercicio del deber, sino, por el crimen de lesa humanidad de la desaparición de por lo menos diez civiles y una guerrillera del M-19, durante la retoma del Palacio de Justicia en el año de 1985.

Cuando se plantea que hay «dolor y desestímulo» en las filas del ejército por esta histórica condena, se intenta manipular emocionalmente a sociedad para ponerla del lado del perpetrador que en adelante aparecerá como víctima de montajes impulsados por el terrorismo para desprestigiar a las fuerzas

armadas. Cuando un presidente invita en alocución pública a «abrazar a sus militares» , lo que subyace es un llamado a que se sigan repitiendo este tipo de atrocidades. No se puede olvidar que el abrazo simboliza la solidaridad entre seres humanos que comparten ciertos ideales. De tal forma, que incitar a todo un país a abrazar a quien acaba de ser condenado a prisión por la desaparición de once personas es sentir gusto y placer con esas desapariciones y esas torturas.

Ahora bien, cuando un presidente promete públicamente que impulsará un proyecto de ley para «rodear de garantías a las fuerzas armadas» frente a este tipo de condenas legalmente establecidas por un juez de la República; está prometiendo impulsar el ejercicio de la muerte y desaparición de personas inocentes con el amparo de las instituciones del Estado. El mensaje es claro: usted no está sólo. Aquí estamos sus hermanos de sangre para defenderlos de los ataques de grupos terroristas que buscan enlodar su imagen. Por ello se promete crear un gran consenso nacional que «blinde» a las fuerza militares. Consenso que sólo es posible a partir de la mentira y la manipulación de la información.

Quienes ejecutan crímenes de lesa humanidad amparados en investiduras estatales saben que no están solos. Quienes disfrutan perversamente del espectáculo de las víctimas buscando verdad, justicia y reparación, lo hacen con plena conciencia del daño que están causando. Ese «pacto de sangre y silencio» entre quienes cometen crímenes y quienes los encubren es uno de los aspectos constitutivos de la estética de lo atroz. En este sentido cobran mucha importancia las palabras del Premio Nobel de Paz Adolfo Pérez Esquivel, refiriéndose a la forma como los Estados Unidos legalizan la tortura y «blindan» a sus militares de la justicia.

Por experiencia sé que el torturador no está sólo. Tiene quien lo apoye y avale en su «trabajo» de destruir a otro ser humano... el torturador sabe que no está sólo, tiene pertenencia y protección

de un grupo, de una fuerza que justifica su acción y que responde a la denominada «obediencia ciega»; que lleva a compartir las responsabilidades y tener como objetivo valores como el de que todo lo actuado es por el bien de la «patria», contra el demonio del «terrorismo internacional» y a favor de valores superiores religiosos y políticos. Los torturadores no están solos, actúan con el consentimiento de las autoridades y responden tanto a órdenes militares como a las de los responsables de los gobiernos. Otros sectores cómplices son los equipos legales y los religiosos que avalan y justifican las torturas... también los partidos políticos que consienten en forma abierta o encubierta los métodos aplicados a los prisioneros (Pérez, 2005, p. 19 - 24).

El análisis se podría extender. Por ahora, sólo se busca mostrar una forma cotidiana de ejercicio de lo aquí hemos denominando como estética de lo atroz.

Lo atroz se puede definir como la crueldad, el daño, el dolor o el sufrimiento causados desde una intencionalidad preconcebida y actuada desde intereses socio-políticos, económicos, ideológicos y militares. De tal forma que las atrocidades no solo se producen en el campo de las confrontaciones armadas, sino en el conjunto de las políticas públicas que orientan la vida en sociedad. Es tan atroz cometer o facilitar la desaparición de los adversarios como crear o impulsar políticas de impunidad y cinismo que las perpetúen.

Y ello nos lleva al problema de las víctimas. Al decir de Stekel (1954) “la verdadera crueldad consiste en el placer ante el dolor ajeno” “...para ser cruel es necesario sentir el placer de serlo”. No se puede negar que no sólo siente placer quien ejecuta la acción de desaparecer física o simbólicamente al otro distinto, sino que también tienen conciencia de ese placer quien solicita la desaparición, quien la financia, posteriormente quienes la encubren y finalmente la sociedad que la tolera.

Allí hay toda una configuración estética del horror que se manifiesta en relatos metafóricos como el de García Márquez refiriéndose a los días siguientes a la masacre de las bananeras,

ocurrida en 1928, cuando los familiares buscaban desesperadamente a sus víctimas: “«seguro que fue un sueño», insistían los oficiales. «En Macondo no ha pasado nada, ni está pasando ni pasará nunca. Este es un pueblo feliz». Así consumaron el exterminio de los jefes sindicalistas” (García, 2007, p.352)

Con lo cual se confirma la sentencia de Stekel (1954) que “se es cruel por el placer que la crueldad depara” (p. 51); pues no existe nada más perverso y cruel que acostumbrar a toda una población a la mentira y al olvido sobre sus propios muertos. El ocultamiento sistemático de la verdad a las víctimas sólo es posible desde unas construcciones ideofectivas cargadas de odio hacia las mismas y de goce al ver su semblante de impotencia y desesperación, pues “para ser cruel se requiere tener conciencia de la crueldad, alegría ante el dolor ajeno, voluptuosidad de poderío sobre la vida ajena” (p. 46).

Esa conciencia del dolor causado, esa alegría ante el dolor del otro y ese regocijo ante el ejercicio de poder sobre los otros ha sido una constante durante los últimos sesenta años en Colombia. Si nos atenemos a la propuesta de Alfonso Ortí (1995), en torno a las formas de manifestación de la realidad social, encontraremos que en los hechos, los discursos y la mentalidad de las élites que han gobernado el país desde 1946, se encuentran estos tres componentes de la estética de lo atroz, como resultado de ese afán de imponer la verdad idealizada desde los intereses bipartidistas. Imposición que no repara en los métodos con tal de conseguir los fines, lo cual incluye estrategias de guerra psicológica como la generación de miedo y terror a gran escala. Ya nos advertía el maestro Estanislao Zuleta sobre el peligro de ese matrimonio entre idealización política y terror.

La idealización del fin, de la meta y el terror de los medios que procuraran su conquista. Quienes de esta manera tratan de someter la realidad al ideal, entran inevitablemente en una concepción paranoide de la verdad; en un sistema de pensamiento tal, que los que se atrevieran a objetar algo quedan inmediatamente

sometidos a la interpretación totalitaria: sus argumentos no son argumentos sino solamente síntomas de una naturaleza dañada o bien mascaradas de malignos propósitos. En lugar de discutir un razonamiento se le reduce a un juicio de pertenencia al otro —y el otro es, en este sistema, sinónimo de enemigo—, o se procede a un juicio de intenciones. Y este sistema se desarrolla peligrosamente hasta el punto en que ya no solamente rechaza toda oposición, sino también toda diferencia: el que no está conmigo está contra mí... (Zuleta, 2005, p. 14).

Si tomamos lo atroz como un acto de desmembramiento del cuerpo, ya sea este individual o social, con su respectivo placer, y que ello se hace en defensa de intereses políticos concretos; no será difícil reconocer la forma como nuestra sociedad ha construido unos referentes de significación y unas formas de relación, basadas en el miedo, la insensibilidad, la amnesia y la incapacidad ideoafectiva para la percepción del otro ser humano, como otro distinto, pero necesario en cualquier proceso de socialización.

Sin que nos diéramos cuenta, nuestras élites políticas nos fueron sugestionando hacia una percepción negativa y desagradable del otro distinto. Una sugestión que ha llegado a tener tal efectividad, al grado de convertirse en un sentimiento masivo de gusto y belleza por la muerte-desaparición de la diferencia; tal como sucedió en la Alemania Nazi, en donde millones de seres humanos alababan ciegamente a Hitler y le seguían con una fe religiosa a sabiendas de las atrocidades que estaba realizando. El sobreviviente del holocausto, Victor Klemperer (1946) así lo anota en su libro sobre el lenguaje del tercer reich: “queda el hecho espantoso de que la sugestión pudo gestarse y perdurar en millones de personas hasta el último momento, en medio de todas las atrocidades” (p. 72).

Lo mismo ha sucedido en nuestro país desde el magnicidio del líder liberal Jorge Eliecer Gaitán en 1948 y que instaura el famoso fenómeno conocido como la Violencia. Aunque debe tenerse en cuenta que antes del asesinato de Gaitán, el país ya

se encontraba en un proceso de violencia política como resultado de la resistencia de la élite conservadora a entregar el poder perdido en las elecciones por vías legítimas (ante lo cual se deciden por el uso de la fuerza armada tanto oficial como paramilitar a través de la mítica figura de los “pájaros”). De acuerdo con Pecaú (2001) para el año 1947 se registraron más de catorce mil víctimas por violencia política en todo el territorio nacional.

Si damos prioridad a un análisis psico-histórico del conflicto armado y de la violencia política en Colombia, tendremos que asumir una postura ético-política de esclarecimiento antes que de ocultamiento de las causas psico-socio-antropológicas de dicho fenómeno. La primera representación social que hay que desmentir es aquella que coloca a las turbas populares liberales y comunistas, como responsables de la violencia en Colombia, después del asesinato de Gaitán. No sobra recordar que entre 1948 y 1953 se registraron ciento cuarenta mil muertes violentas en todo el país como consecuencia de enfrentamientos entre el partido conservador y el partido liberal, en donde la iglesia jugó un papel destacado con llamamientos como el de monseñor Builes (citado en Reyes, 1989) en pleno ambiente de polarización política en 1949: “Conservadores de todo el país, a armarse” (p. 26).

Lo mismo debe tenerse en cuenta con respecto a los rituales de muerte y destrucción puestos en escena en aquella época. Como responsables de la generación y expansión de la violencia a lo largo y ancho del territorio nacional, se debe señalar a las élites políticas y económicas, tanto liberales como conservadoras; quienes sucumbieron ante su propia incapacidad de mantener unos acuerdos y se trenzaron en una lucha fratricida e intransigente, que poco a poco va descendiendo al conjunto de la población. Es justo en estos años que se empieza a configurar una estética de lo atroz con un alto contenido político de tipo bipartidista.

La puesta en escena del arte de la atrocidad como mecanismo de persuasión hace su aparición de la mano de las pasiones

bipartidistas, las cuales se nutren de altos contenidos de intolerancia e irracionalidad religiosa. En un trabajo de investigación sobre el arte y la violencia en Colombia, publicado en 1999 por el Museo de Arte Moderno de Bogotá, en el que se compilan los principales trabajos dedicados al impacto de la violencia en la creación artística en Colombia a partir de 1948 se puede leer:

“El 9 de abril de 1947, un año antes del crimen que cobró la vida de Gaitán, el diario Jornada divulgó el primer hecho de violencia con sevicia de que se tuviera noticia: el asesinato del jefe liberal de Raquira y su esposa, cuyos cadáveres fueron profanados al sacarles los ojos luego de recibir incontables machetazos. La mutilación de cadáveres se volvió una hazaña. Se llegó a la aberración de **diseñar** (la negrilla es mía) cortes especiales para darle características fantásticas a la desmembración de los cuerpos, asunto que Luis Ángel Rengifo reflejó en los más estremecedores grabados que se hayan impreso en Colombia, dando inicio al auge que experimento la gráfica desde mediados de los sesenta” (Zea, 1999, p.22).

Poco a poco se fue dando un giro hacia la militarización y paramilitarización de la vida civil, situación que se hace evidente ante hechos como el del senador conservador José Antonio Montalvo, quien “propuso en noviembre de 1947 arrasar a sangre y fuego a sus rivales políticos” (Zea, 1999, p. 22). O el caso de 1949, en que el representante conservador “Amado Gutiérrez mató de un disparo al representante liberal Gustavo Jiménez” en pleno recinto del Capitolio Nacional.

Esa naturalización social del goce con la desaparición del otro distinto muy pronto se convierte en un gusto perverso con la propia intimidación que aceptamos ciegamente, pues los dispositivos de poder son tan efectivos que los actos de terror ejercidos en nombre de la ley y la autoridad los significamos como actos de valor sublime en los que resulta muy difícil reconocer que “la única cura para el terror es la justicia, y el terror surge cuando la legitimidad se desmorona” (Eagleton, 2007, p. 37).

Frente a un panorama tan complejo como el que se acaba de esbozar, tendremos que asumir el reto, como psicólogos sociales, de iniciar una serie de acciones, tanto investigativas como ético-políticas de acompañamiento en los procesos de resistencia que se vienen construyendo en todas las regiones del país.

La construcción de una ética de la resistencia continúa siendo una prioridad en una sociedad tan polarizada como la colombiana. Una ética de la resistencia que recupere el gusto por la vida y condene la muerte, la destrucción, en todas sus manifestaciones. Una ética de la resistencia que investigue y gestione nuevas formas de desnaturalización del uso de las armas y de la violencia política para resolver nuestros conflictos. Una ética de la resistencia que aporte elementos psicosociales de transformación de las condiciones de miseria existencial en las que hoy se encuentran más de veinte millones de personas.

Ética de la resistencia que convoque y movilice a la sociedad a la intolerancia frente a los actos de crueldad y atrocidad de los actores armados tanto legales como ilegales. Frente a los intentos de implantación de una estética de lo atroz, de una ética de la barbarie y del cinismo y la impunidad como valores; tendremos que trabajar desde la psicología social por la construcción de una estética de la vida, de una ética de la verdad, la justicia y la reparación, y de la solidaridad como valor humano fundamental, tal como lo planteara Martín-Baró unos años antes de su asesinato:

Se trata de poner a disposición de los actores sociales los conocimientos que les permitan proceder más adecuadamente en cada circunstancia, en función de unos valores y principios sociales. Cuanto mejor es el conocimiento, con más claridad se abre al sujeto el ámbito para su decisión y acción consciente, es decir, más campo se presenta a su verdadera libertad social (Martín-Baró, 1997, p. 48).





Capítulo II

---

**UN SENTIMIENTO DE BELLEZA  
INTERNA AL “SENTIR” QUE SE ESTÁ  
COLABORANDO CON PROCESOS DE  
LIMPIEZA SOCIAL**

---



Una de las formas de manifestación de la estética de lo atroz como expresión suprema de la polarización social tiene que ver con cierto sentimiento de belleza interna al sentir que se está colaborando con procesos de limpieza social. Ese sentimiento se configura socialmente gracias a la utilización sistemática de imágenes y sonidos a través de los cuales se va creando una masa de seres satanizados que no sólo merecen ser destruidos por el mal que hacen a la sociedad, sino que se impone como imperativo categórico su aniquilación.

El pensamiento de los individuos que participan en masacres y linchamientos se centra en el Enemigo y va creando progresivamente imágenes más extremas. En primer lugar, se homogeniza a los miembros de la oposición, los cuales pierden su identidad como individuos únicos. Cada víctima es intercambiable y todas son prescindibles. En la siguiente etapa se deshumaniza a las víctimas. Ya no las perciben como seres humanos y, como consecuencia, ya no sienten empatía por ellas. Las consideran casi objetos inanimados, igual que patos mecánicos en una barraca de tiro al blanco o el objetivo de un juego de ordenador. Finalmente, demoniza a las víctimas: son la encarnación del mal. Matarlas deja de ser opcional; deben ser aniquiladas. Su existencia se convierte en una amenaza (Beck, 2003, p. 43).

La desfiguración de la otredad se realiza a partir de este principio de la guerra psicológica. Una vez desfigurado el enemigo se instala en el imaginario social un sentimiento de colaboración con quienes diseñan y ejecutan acciones de «limpieza social». Ese sentimiento de belleza interna alcanza su máxima expresión cuando se exacerbaban los niveles de deshumanización de los contrarios al punto de llegar a convertirse en un sentimiento sublime que actúa como referente moral para justificar las acciones de atrocidad o crueldad en contra de los otros.

Según Burke<sup>5</sup>, mientras lo bello produce deleite, lo sublime engendra un terror deleitable al cual se entrega el alma sin poder evitarlo, pues con ella queda completamente saturada sin dejar lugar para ninguna otra emoción. El alma queda, pues, «embargada» por terror de lo sublime (Ferrater, año, p.459).

Ese «terror deleitable» se instala deliberadamente (manipulación cognitivo-emocional) en la subjetividad de una nación desde los dispositivos de control psicosocial que poseen las élites políticas, económicas y militares.

No sobra mencionar el carácter de inconsciente colectivo de dicho «terror deleitable», pues no siempre la sociedad es consciente del daño que está facilitando por acción u omisión frente a políticas de crueldad. Lo que no se puede negar es que en un estado de violencia generalizada el conjunto de la sociedad expresa un sentimiento de oscuridad, incertidumbre, confusión y terror que le mantiene en estado de indiferencia que a la postre le resulta agradable. Al decir inconsciente colectivo me refiero a “una herencia colectiva que por una parte subsiste todavía viva en el lenguaje y por otra es la estructura hereditaria de lo anímico, razón por la cual se encuentra en todos los tiempos y en todos los pueblos” (Jung, 1940, p.68).

De acuerdo con este planteamiento de Jung, se podría arriesgar la hipótesis de que cuando la existencia material y anímica de una población se ha desarrollado en medio de largos periodos de guerra, violencia política y conflicto armado, se va generando una especie de huella psíquica colectiva que determina las formas de pensar, sentir e interrelacionarse designados desde los dispositivos ideológicos que impone el uso de la fuerza y de las armas en cualquier forma de relación humana. Pues, “el instinto va siempre acompañado inevitablemente de algo así

---

5. Burke (1987) sostiene que “todo lo que resulta adecuado para excitar las ideas de dolor y peligro, es decir, todo lo que es de algún modo terrible, o se relaciona con objetos terribles, o actúa de manera análoga al terror, es una fuente de lo sublime” (p. 29).

como una ideología, por arcaica, poco clara y crepuscular que pueda ser” (Jung, 1968, p. 83).

Esa configuración subjetiva se expresaría en dos polos opuestos con sus correspondientes niveles de intermediación. De un lado, quienes actúan como victimarios con su respectivo gusto o placer en desarrollar acciones bélicas o guerreristas en contra de otros seres humanos. Del otro, quienes son víctimas directas, indirectas o potenciales y desarrollan mecanismos de protección como hacer que no han visto nada, callar, mirar a otro lado, mentir, huir, esconder, omitir e incluso colaborar en operaciones de limpieza social. En la mitad de estos dos polos se situarían quienes asumen la postura ética por la verdad, la justicia y la reparación y por salidas políticas negociadas a los conflictos.

De un lado, una estética de lo atroz que busca imponerse a cualquier costo atendiendo al principio fascista de que el fin justifica los medios. Y del otro, una estética de la existencia que busca recuperar el gusto por la vida y el placer por la convivencia aún en medio de la diferencia.

Para Kant, el gusto antes de ser una razón es un sentimiento que puede ser de placer o de dolor. El problema se presenta cuando ese sentimiento de placer está asociado con la muerte o desaparición del otro distinto. De acuerdo con Martín-Baró (1990) muchas personas cercanas al dictador chileno Pinochet “más que miedo habrían experimentado frecuentemente satisfacción y seguridad con una política que garantizaba su dominio de clase” (p. 79); lo cual demuestra que lo que para unos llega a convertirse en un sentimiento de miedo, dolor o angustia extrema, para otros, puede llegar a convertirse en un sentimiento sublime que garantiza su acceso al poder o su permanencia en el mismo.

Ese sentimiento de satisfacción se puede encontrar muy fácilmente en los discursos de ciertas élites en Colombia, las cuales han naturalizado el gusto por la muerte o desaparición

de otros seres humanos a los cuales encuentran despreciables. Al ser entrevistado el general en retiro Harold Bedoya, -excomandante general de las fuerzas militares de Colombia- sobre el problema de «cerca de dos mil» ejecuciones extrajudiciales de jóvenes para hacerlos pasar por guerrilleros muertos en combate, respondió en los siguientes términos: “Lo de Soacha es sencillo: unas personas y no les llamemos “muchachos” porque cuando se les dice así es como referirse a niñitos ingenuos, eran delinquentes y la demostración es que tenían prontuario” (Periódico El Espectador, 5 de junio de 2010).

Valdría la pena preguntarse si por el hecho de ser delinquentes –en caso de que lo fueran- se justificaría que las fuerzas armadas de un país planearan y ejecutaran esta macabra matanza.

La atrocidad de un acto como el anterior, se puede ver, no sólo en la planeación de las acciones, sino en la forma sistemática como se lleva a cabo, y quizás lo peor, en la forma como se justifica social y moralmente, pues es allí donde la estética adquiere un valor atroz; al experimentarse gusto exaltando “la fealdad” de unas personas al extremo de hacer necesaria su ejecución. Es justo en ese momento, cuando la estética se vuelve ideología: hechos sobre los cuales se esperaría que se generase un sentimiento de solidaridad o al menos de compasión, son banalizados, al ridiculizarse o invisibilizarse deliberadamente el sufrimiento del otro. Aquí radica lo atroz, lo cruel; “es una perversión, es un sentimiento de placer allí donde naturalmente se debería sentir dolor” (Arendt, 2006, p. 26). No se podrá negar que existe una profunda responsabilidad ética y estética en esta perversión inducida de la condición humana.

La responsabilidad de la estética como forma de crítica social no se reduce a la crítica de las obras de arte. Su responsabilidad se debe extender hasta aquellas fronteras en donde se pone en grave peligro la existencia humana. Al decir de Hermes Tovar (2003) “La responsabilidad de la estética como

crítica tiene que llegar a donde el ser humano es víctima del exterminio y la sinrazón”

La estética tiene que ver con la forma de la mirada de los fenómenos sociales. La forma como se configuran las imágenes nacionales en torno a las cuales los sujetos construyen diversos procesos identitarios. La forma como se configuran los paisajes ideoafectivos y relacionales. Ello quiere decir que si el paisaje predominante siempre ha sido la muerte y la destrucción, el terror y el silencio, la masacre y la quema de hogares, las mutilaciones y la tortura, el éxodo y la desaparición; así mismo serán las improntas en cuanto a formas de pensar, sentir e interrelacionarse. De igual manera, en un contexto como este se van tejiendo unas formas de relación basadas en el miedo y la desconfianza hacia los otros. La percepción del otro distinto estará cargada de una fuerza simbólica negativa.

La segunda mitad del siglo XX en Colombia es el retrato perverso de una realidad de muerte y desolación que muchos han querido plasmar desde el arte como forma de dar testimonio de los horrores de la guerra. La pintura habla por sí sola. Las canciones populares transmiten de generación en generación los arquetipos de la naturalización del uso de las armas contra los propios hermanos, la literatura nos hace estremecer ante la constatación de la superación de la fantasía por la propia realidad.

Nadie podrá suponer que estas obras sean meros homenajes a los diversos actores de nuestra vida colombiana, sino más bien la visualización de los graves periodos de la historia nacional. Periodos que podrán ser comprendidos más rápidamente por un mundo que venera más la imagen que la larga descripción de una masacre. Al contrario de aquel cuadro que sirve a los historiadores para conocer el modo como el sistema colonial afirmaba y jerarquizaba sus prejuicios y contribuía a proyectar las relaciones de dominación, este arte colombiano es la fuerza estética del dolor y de la tragedia de una sociedad que no ha podido encontrar los caminos de la democracia y la convivencia (Tovar, 2003).

La razón estética debe dar cuenta de la forma como se construye el cuerpo social en contextos de conflicto armado y violencia política longitudinales. Allí hay forma y contenido. En estos escenarios se condensa la imagen de la muerte y el discurso que la justifica. No se puede olvidar que el discurso constituye el dispositivo fundamental de colonización ideofectiva a través de cual se facilita la manipulación a gran escala. Esto tiene connotaciones especiales cuando se trata de imponer una política o un modelo de sociedad de tipo totalitarista en la que se da por sentado la obligación moral de destruir cualquier forma de resistencia al modelo. Es gracias a esto que el hombre-masa pierde su capacidad crítica y se reserva sólo la dimensión sentimental ideologizada de la estética.

El discurso está incrustado y escenificado en este marco, es una obra de arte total dirigida tanto al oído como a la vista; al oído doblemente, ya que el bramido de la multitud, sus aplausos y muestras de rechazo surten sobre el oyente un efecto cuando menos tan poderoso como el discurso en sí. Por otra parte, el tono del discurso se ve sin duda influido, sin duda teñido de forma palpable por la escenificación. La película sonora transmite esta obra de arte total en su plenitud; la radio sustituye el espectáculo ofrecido a la vista por la locución, que corresponde al informe del mensajero de la antigüedad pero refleja fielmente el excitante doble efecto auditivo, el responsorio espontáneo de la masa (Kemplerer, 2004, p. 69).

Nadie se salva de las ondas microfascistas que circulan sistemáticamente buscando cuerpos en donde anidar. Las imágenes de la atrocidad se transmiten a tal velocidad que terminan creando núcleos figurativos funcionales a la indiferencia ante la crueldad.

Francoise Duvignaud (1987) afirmaba que “la televisión que cada día nos arroja a la cara el horror del mundo, sin duda ha embotado nuestros sentidos” y acto seguido se preguntaba: “podemos soportar sin conmovernos la vista de un niño asiáti-



co o africano deformado por la desnutrición? ¿el rostro de los prisioneros torturados? ¿la mueca de los pequeños de Hiroshima?” (p. 9). Mi respuesta es que justamente lo que buscan estas imágenes es conmovernos hacia el miedo y la indiferencia, pues el mensaje es que nos podría pasar lo mismo si nos levantamos contra quien tiene el poder.

Los mensajes de la guerra psicológica son tan contundentes que disminuyen la capacidad intelectual y embotan los sentidos al extremo de la banalidad ante el dolor ajeno. Poco a poco se instala la conmoción y el miedo que paralizan por igual. Por eso se decretan «estados de conmoción nacional» para justificar políticas de terror.

Y en ese estado de parálisis psicosocial queda la masa lista para moldear. Dentro de ese moldeamiento social, el sentimiento de belleza interna por mantener la armonía social juega un papel fundamental. Quien no lleve impregnado este sentimiento corre el riesgo de la estigmatización de la fealdad, de lo monstruoso, de lo diabólico, en fin, de generador de terror, de instigador del caos. Y como bien sabemos, el caos simboliza lo profano-demoniaco por oposición al cosmos-divino que significa lo sagrado.

Y puesto que «nuestro mundo» se ha fundado a imitación de la obra ejemplar de los dioses, la cosmogonía, los adversarios que lo atacan se asimilan a los enemigos de los dioses, a los demonios y sobre todo al archi-demonio, al Dragón primordial vencido por los dioses al comienzo de los tiempos. El ataque contra «nuestro mundo» es la revancha del Dragón mítico que se rebela contra la obra de los dioses, el Cosmos, y trata de reducirla a la nada. Los enemigos se alinean entre las potencias del Caos. Toda destrucción de una ciudad equivale a una regresión al Caos. Toda victoria contra el atacante reitera la victoria ejemplar del dios contra el Dragón (contra el «Caos») (Eliade, 1957, p. 47).

Para nadie es un secreto que el moldeamiento social hacia la militarización de la vida civil implica apoyarse en la religión

que se encarga de proveer los valores sagrados por los que hay que luchar para mantener el orden social. Y un asunto delicado de este matrimonio entre cuerpo armado y cuerpo religioso es la construcción de un espíritu simbólico sobre la base de la violencia y la crueldad, pues como lo plantea Jung (1945) en su ensayo posterior al genocidio nazi: “Incluso los gritos pidiendo ejecuciones en masa no sonaban ya desafinados a los oídos del justo, y la quema de ciudades alemanas se vio como un juicio de Dios” (p.100).

Desde la invasión de nuestros territorios por el imperio español, la iglesia fue testigo por acción u omisión de innumerables atrocidades. Sería ocioso aquí nombrar los sistemas de tortura, muerte y desaparición contra indígenas y negros para imponerles otra religión, o para hacer que aceptaran la autoridad del rey. Lo que sí se puede afirmar es que allí se encuentran los primeros gérmenes de la estética de lo atroz que desde siempre han mantenido las élites para gobernar, la cual se fue transmitiendo de generación en generación hasta llegar a convertirse en un sentimiento social de belleza interna para quienes ayudan con la limpieza de los indeseables. No de otra forma se puede explicar por qué líderes políticos comprometidos con la violación sistemática de los derechos humanos y con crímenes de lesa humanidad alcanzan niveles tan altos de aceptación social.

Una posible respuesta es que hemos naturalizado de tal forma la muerte de la otredad que sin darnos cuenta la hemos convertido en ideología que hace que la muerte o desaparición del otro distinto sea percibida simplemente como un problema de diferencias culturales, y que como tal, se resuelve desde el llamado a la tolerancia.

Aceptémoslo. Muchas personas gozan de forma inconsciente observando las escenas cotidianas de dolor y sufrimiento que se transmiten por la televisión -muchas veces en vivo y en directo- pues las elites lograron convertir en costumbre la tortura, el miedo y la humillación, a través de esa sutil estrategia

ideológica de las diferencias culturales, en la que el dolor del otro es tan sólo eso: el dolor del otro y no el mío, tal como lo ha demostrado Slavoj Žižek en sus estudios de la tolerancia como una construcción ideológica:

El choque entre las civilizaciones árabe y estadounidense no es el que se da entre la barbarie y el respeto por la dignidad humana, sino un choque entre la tortura brutal anónima y la tortura como un espectáculo mediático en el que los cuerpos de las víctimas sirven de trasfondo anónimo para los sonrientes rostros de los «inocentes estadounidenses» que perpetran la tortura (Žižek, 2009, p. 209).





Capítulo III

---

**UN GUSTO EN CAUSAR DAÑO  
COLECTIVO INTENSAMENTE Y EN LA  
PROLONGACIÓN DEL SUFRIMIENTO**

---



La población del Salado, ubicada en el departamento de Bolívar, sufrió una de las masacres más atroces cometidas por el sistema paramilitar colombiano, no sólo por la frialdad de la ejecución masiva de sesenta personas -entre niños, hombres, mujeres y ancianos-; sino por el ritual que utilizaron los perpetradores en el que se combinaban crueles métodos de tortura con el uso de instrumentos musicales, cantos y danzas propios de la región (Sánchez, Suárez y Rincón, 2009).

El centro de documentación “verdadabierta.com” de la Revista Semana recoge en un escalofriante documento algunos relatos de dicha masacre perpetrada durante seis días sin que se produjera presencia de autoridad alguna.

Las víctimas, según testimonios de los sobrevivientes recogidos por SEMANA, fueron elegidas al azar. Algunos porque fueron señalados por los desertores de las Farc. Otros, como Francisca Cabrera, porque tenían mucho miedo. Otros sin explicación, como Ever Urueta, que sufría de retraso mental y fue torturado sin piedad para que supuestamente confesara que pertenecía a las Farc. Las muertes se producían cada media hora. La gente estaba bajo el sol inclemente, de pie, viendo cómo se llenaba de cadáveres la plaza, y como los paramilitares festejaban su ‘hazaña’. **Los paramilitares sacaron los tambores, las gaitas y los acordeones, y con cada muerto, hacían un toque. Era un ambiente de corraleja, donde las fieras tenían la ventaja y las víctimas estaban indefensas (la negrilla es mía).**

Los paramilitares recién reclutados pedían a sus superiores que les permitieran disparar, como si fuera un privilegio. “Ellos me decían: ‘deme la oportunidad, quiero darle de baja a una persona...’”, entonces yo se la daba, contó ‘Juancho Dique’.

Como si fuera poco, violaron a una mujer varios hombres en fila. Se ensañaron en las mujeres. A algunas de ellas les metieron los alambres donde se seca el tabaco por la vagina. A todas las insultaron diciéndoles que eran las amantes de los guerrilleros.

Mientras 'Dique', el 'Tigre', el 'Gallo' y el resto de los paramilitares se regodeaban en la humillación y el castigo a la gente, el comandante de la operación, 'H2', consumaba la tarea principal que se le había encargado. Tenía casi mil cabezas de ganado recogidas y empezó la marcha con ellas, guiado por el administrador de la finca Las Yeguas, de donde habían sido robadas las reses de la 'Gata' (Revista Semana, agosto 30 de 2008).

No se tendría que hacer mucho esfuerzo para demostrar a través de estos relatos la forma como se fue construyendo un gusto especial en la generación y prolongación de dolor y sufrimiento a grandes grupos humanos, lo mismo que los rituales de barbarie que se utilizaron para aumentar el sentimiento de desprecio, humillación e impotencia en quienes lo presenciaron directamente y en los millones de personas que pasivamente escucharon la noticia en cualquier rincón del país.

Aspectos como elegir las víctimas al azar, reunir las en la plaza principal del pueblo —o en la cancha de fútbol—, torturar y violar ante la presencia de los demás y utilizar instrumentos musicales, danzas y cantos de la región; lo mismo que pedir permiso para «iniciarse» en la experiencia de asesinar a otros seres humanos permiten ver con cierta incredulidad ese placer inoculado a los perpetradores para «limpiar» territorios sin la más mínima expresión de humanidad.

Pero ese placer no sólo lo sienten los perpetradores. También quienes ordenan la masacre, quienes la financian, quienes la omiten intencionalmente y muchos sectores de la sociedad que toman distancia acrítica como una forma de autoprotección, pues han escuchado tantas noticias iguales durante tanto tiempo, que sin darse cuenta ya lo asumen como algo normal.

En términos psichistóricos, la complejidad de este asunto consiste en la generación de estados masivos de magicalización de la conciencia en los que se sabe que la existencia se desarrolla en medio de la barbarie, pero se niega a aceptarlo construyendo todo tipo de justificaciones y distractores banalizantes que se



constituyen en caldo de cultivo de la atrocidad. De allí la importancia para disciplinas como la psicología social de no seguir evadiendo la discusión y el abordaje de este tipo de problemáticas que lesionan gravemente la estructura ideoafectiva y psicosocial de poblaciones enteras.

Claudia Card (2006) en su investigación sobre el paradigma de la atrocidad, considera que uno de los elementos fundamentales de lo atroz es «la severidad el daño» causado a los otros y que este comporta por lo menos ocho aspectos importantes “tales como (1) la intensidad del sufrimiento, (2) sus efectos sobre la capacidad de funcionar (de trabajar, por ejemplo) y (3) sobre la calidad de las relaciones del individuo con los demás, (4) qué tan contenible es el daño (lo que Bingham llamaba curiosamente su “fecundidad”), (5) qué tan reversible es dicho daño, (6) las posibilidades de compensación, y también (7) su duración y (8) el número de víctimas” (p. 34).

De acuerdo al desarrollo psico-histórico del conflicto armado en Colombia, estos aspectos han estado presentes y han adquirido distintas formas de expresión, ritualización y gestión por parte de las elites gobernantes. Veamos cuales son:

## 1. La intensidad del sufrimiento

Esta es una de las características más notorias en nuestro conflicto sociopolítico y armado en Colombia. El goce con el sufrimiento intenso del otro ha sido una constante que se puede constatar no sólo en los relatos históricos sino en manifestaciones artísticas como la pintura, la música, la imagenería popular, los cuentos y novelas y hasta en los relatos religiosos. Aquí se puede observar uno de los elementos más comunes de la violencia política, pues lo que se busca es que el otro que no comparte mis ideales sea alterado sustancialmente a través del dolor prolongado como es el caso de la desaparición forzada o la masacre en donde la familia no termina nunca de elaborar el

dolor, toda vez que el sufrimiento es tan intenso y se sostiene prolongado en el tiempo, de tal forma que se afecta tanto al cuerpo físico como al cuerpo psicológico en su totalidad.

De forma simultánea a la destrucción física del enemigo, se ejecuta su destrucción moral. Así entonces, el victimario explota el **sufrimiento prolongado** (la negrilla es mía) que se inflige durante las torturas para obligar a la víctima a señalar nuevas y futuras víctimas, la mayoría de ellos miembros de su comunidad. La tortura aplicada en Trujillo, sin embargo, no sólo es un medio para obtener información, sino una forma de ejecutar la muerte del enemigo. El repertorio de torturas que se exhibe en Trujillo es muy amplio y denota la **intencionalidad en sí misma de ocasionar un sufrimiento excesivo** (la negrilla es mía). El empleo de torturas no es meramente instrumental. En Trujillo se ha podido documentar en los hechos centrales de violencia el uso en un mismo caso de soplete de gasolina; de navajas; cortaúñas; la aplicación de sal en las laceraciones, y el uso de martillos y tenazas. La cantidad de torturas infligidas a las víctimas es también el goce de la **libertad absoluta del ejercicio del poder en una situación totalmente asimétrica**. (Trujillo, 2008, p. 79 - 80).

Lo mismo sucede con otros dolores de guerra como el destierro, las violaciones y el secuestro. En estos dolores de guerra la prolongación del sufrimiento se acompaña de una sensación profunda de impotencia cuando las víctimas:

Descubren que las autoridades o instituciones no cumplen con las expectativas colectivas. Igualmente ocurre si se encuentra evidencia de que las penurias sufridas tienen como causa un error o negligencia humana (la corrupción, explotación, etc.) y, que por consiguiente, se considera que el sufrimiento hubiera sido evitable; o si se cree que terceros han sacado provecho de la destrucción (Ortega, 2004, p. 106).

Ante lo cual se puede afirmar que no sólo existe complicidad de las autoridades, sino que también el provecho está acompañado de cierto placer con la certidumbre de la impunidad y ello deja su huella muy profunda en la memoria social de los pueblos, al punto de que varios investigadores han construido el concepto

de trauma cultural con el que se quiere designar la forma como “la vivencia colectiva del evento traumático trastorna las redes simbólicas (especialmente aquellas asociadas a la ley, el colectivo y la espiritualidad) e imaginarias (autoridad, nación, religión) que le dan sustento a la vida social” (Ortega, 2004, p.107- 108).

Las redes simbólicas e imaginarias de una sociedad se trastornan cuando se invierte la lógica existencial de la sociedad en la que se esperan mecanismos legales de protección de la vida y se reciben dispositivos legalizados de muerte sostenidos desde la misma estructura estatal. Ello hace que todo dolor sea prolongado hasta los límites mismos de la locura. Esta es una estrategia de vieja data utilizada por perpetradores de crímenes de lesa humanidad: hacer sentir a las víctimas como responsables de su propio dolor.

Sin lugar a dudas esta fórmula resulta eficaz para aumentar la intensidad del sufrimiento hasta lograr estados masivos de anestesiamiento psicosocial. Quien tiene el poder decreta la locura del otro distinto para más tarde justificar su tortura o su desaparición. Esto queda muy claro en la forma como Hinke-lamert aborda el problema de la locura en la Orestíada griega:

El ejército griego había salido para la conquista de Troya, pero en el camino se quedó paralizado, porque no había viento para seguir. Agamenón preguntó a la diosa Artemisa (Diana) por la razón y ella le comunicó que solamente habría viento de nuevo, si sacrificaba a su hija Ifigenia a la diosa. Agamenón hizo el cálculo que correspondía. Mandó a sacrificar a su hija. El sacrificio era útil, por tanto necesario. Mandó a los verdugos, pero Ifigenia se resistió. Maldijo a su padre, les grito asesinos a sus verdugos y pataleó con toda su fuerza hasta que la callaron dándole muerte en el altar de sacrificio... el texto deja claro lo que también entendía el público: era loca Ifigenia, Agamenón era el sensato. Toda la maquinaria de guerra estaba movilizada, no quedaba razonablemente otra salida que la muerte de Ifigenia en el altar de sacrificio... desde el punto de vista del cálculo de utilidad, Ifigenia tenía que morir. Era útil su muerte y, por tanto, necesaria. Eso dice la sabiduría de este mundo. Es como dijo el general Massis, general de Argelia: la tortura es útil, por lo tanto es necesaria (Himkelammert, 2010, p. 29).

## 2. Sus efectos sobre su capacidad de funcionar (de trabajar, por ejemplo).

No es arriesgado afirmar que toda violencia política busca dañar la capacidad del sujeto a ser leal a sus intereses de clase. Esto es cruel, pero adquiere características de mayor atrocidad cuando obedece a sofisticados planes para dañar las capacidades psico-socio-antropológicas del sujeto. Es lo que se podría denominar como la incapacitación prolongada del otro distinto.

Dañar al otro en su capacidad de funcionamiento cotidiano cuando este se ha vuelto crítico al sistema es sin lugar a dudas una acción que para muchos sectores de nuestra sociedad genera placer. El acto de dañar a otro ser humano mediante planificación es un acto de atrocidad. Veamos por ejemplo lo que se ha venido conociendo como las «chuzadas del DAS» en donde se ha develado una poderosa máquina de guerra psicológica que buscaba dañar la imagen y sacar de la arena política a connotados líderes y lideresas de oposición al gobierno de Álvaro Uribe. Estos hechos no han podido ser ocultados ni siquiera por la misma prensa escrita fiel a los intereses de las élites políticas del país. En el periódico *El Tiempo* de 29 de enero de 2010, se puede leer:

Dos objetivos –“Defender la Democracia y la Nación” y “Crear conciencia sobre las consecuencias de un sistema comunista”– aparecen en documentos claves del DAS como justificación para uno de los episodios más oscuros en la historia de ese organismo de seguridad: las 'chuzadas' y seguimientos ilegales a activistas de derechos humanos, magistrados, periodistas y políticos considerados como opositores al Gobierno... Los detalles del voluminoso expediente no dejan de sorprender a las autoridades... en esa estrategia, según los hallazgos de la Fiscalía, se contemplaron incluso amenazas, atentados con explosivos de bajo poder, robos y hasta difusión de chismes a través de la Internet... la estrategia sugerida fue "desprestigio, presión y sabotaje". También hay una lista de políticos de izquierda a los que se les debían "generar vínculos" con la guerrilla, los 'paras' o el narcotráfico, según el caso, o incluso montar escándalos de "infidelidad sentimental".

A un corresponsal extranjero, señalado de ser supuesto simpatizante de la guerrilla, le asignaron una patrulla para seguirlo durante todo el tiempo que estuvo en el país a mediados del 2005. Uno de los informes que tiene la Fiscalía revela que el DAS intentó borrar la memoria de su computador mediante la instalación de un dispositivo magnético y que, para sabotear uno de sus viajes a Costa Rica, se difundió "un correo anónimo advirtiendo de la presencia de un terrorista en el avión, para lo cual se suministró la descripción" del periodista.

Dañar la imagen del otro distinto para incapacitarlo perpetuamente es sin lugar a dudas una forma concreta de estética de lo atroz. Lo que aquí se plantea es que el gusto y el placer con la desaparición del otro no sólo se refleja en actos físicos que buscan dañar las capacidades normales de funcionamiento de unos seres humanos, sino también en los actos conscientes de daño a la estructura psicológica, emocional y espiritual tanto a nivel individual como colectivo.

### **3. Sobre la calidad de las relaciones del individuo con los demás.**

Como se sabe, una de las intenciones de la violencia política y de la guerra psicológica es la de alterar el sistema normal de relaciones en las que el sujeto desarrolla su experiencia vital existencial. De hecho, los especialistas en psicología jurídica consideran que una de las dimensiones del daño psicológico por violencia política se sitúa precisamente en el plano de las relaciones profundamente significativas para el ser humano:

En el presente, sabemos que los efectos de la violencia en la dimensión psicológica de las víctimas se manifiestan en toda la esfera de la existencia humana: familiar, laboral, social y comunitaria, por lo que los daños trascienden la individualidad de quién sufre, para convertirse en un sufrimiento de carácter colectivo que afecta a la totalidad del tejido social (Díaz, 2009, p. 15).

Por ello insistimos tanto en que una de las tareas de la psicología en procesos de acompañamiento psicosocial a víctimas de violencia tiene que ver precisamente con la gestión y co-construcción de espacios de interacción significativa potencialmente sanos. Si el gusto de los gestores y perpetradores de la muerte se ubica en la destrucción del tejido social, el gusto en los acompañantes psicosociales se tiene que situar en el plano del compromiso ético-político con la recuperación de los territorios como espacios para el pleno desarrollo de la vida en condiciones de dignidad.

Para nadie es un secreto el placer que sienten las élites al generar procesos de fragmentación social durante largos periodos de tiempo hasta lograr que el conjunto de la sociedad in-corpore formas de relación basadas en referentes militaristas y/o guerreristas o en sus derivados como es el caso del miedo, la sumisión y la obediencia sumisa. Martín-Baró (1990) sostiene que esos procesos de «cristalización de las relaciones sociales» se caracterizan por una creciente “polarización social, la mentira institucionalizada y la militarización de la vida social” (p. 80).

Estos tres aspectos problemáticos desarrollados por Martín-Baró son esenciales para entender la forma como se llega a enraizar social y antropológicamente la estética de lo atroz. También sirven como referentes de hacia dónde se debe dirigir la acción del psicólogo social. Nótese que hablo de acción y no tanto de discurso, pues no basta con enunciar y pronunciarse frente a la atrocidad que promueven las élites; sino que es necesario materializar esa léxis en praxis concretas de organización y movilización social.

La polarización social obedece a todo un proceso de ideologización en la que las personas in-corporan los intereses de las clases dominantes hasta el punto de llegar a encontrar gusto en la eliminación de los grupos contrarios a dichos intereses. Esto llevado al plano de lo estético se manifiesta en un sentimiento de placer con la exclusión y marginalización de grandes grupos humanos, previamente designados por las élites como potencialmente alteradores de la armonía social.

Los adjetivos peyorativos que se ponen a circular por medio de los grandes medios de información hasta convertirse en representaciones sociales altamente ideologizadas así lo dejan ver. Hace poco mientras un noticiero de televisión transmitía la forma como el gobierno de Juan Manuel Santos se había tomado la comuna trece de Medellín por medio de un operativo cívico-militar, entrevistaban a una ama de casa del sector, sumamente complacida con la militarización de esta comuna, pues de acuerdo a sus propias palabras “ahora sí iban a «limpiar» la zona de tanta gente desagradable”.

Por ello insisto en llamar la atención sobre esta forma concreta de daño en las relaciones sociales en donde se halla implícita la lógica perversa de la ideología neoliberal familiarizada con la humillación y el desprecio de todo lo distinto a ella. Cuando Martín-Baró (1990) habla de polarización social se refiere a “unas relaciones sociales enajenantes, que niegan el carácter humano del “enemigo” al que se rechaza como interlocutor en cuanto tal y al que incluso se busca destruir. La afirmación de la propia personalidad es afectada por la deshumanización del otro frente al que dialécticamente se construye” (p. 80).

La otra consecuencia de la violencia política en el plano de las relaciones sociales tiene que ver con el tipo de memoria que construye una sociedad inserta en el conflicto armado durante tanto tiempo. La configuración de la memoria de los pueblos se va elaborando a partir de unos referentes basados en el miedo, la desconfianza y la ruptura de todo lo comunitario. Y esto no sucede al azar, sino que es agenciado por las mismas élites como una estrategia muy eficaz de mantenimiento del orden social establecido.

Si se desea prolongar un daño a nivel social la mejor forma es instalando en la memoria social los dispositivos que mantienen la angustia, la zozobra y la incertidumbre existencial. Uno de esos dispositivos tiene que ver con la pretensión de olvido y con la imposición del silencio. Nadie podrá negar que la forma como los sistemas sociales basados en la ideología neoliberal tratan

de imponer el olvido y el silencio en la memoria colectiva es algo bárbaro, que merece todas las formas de resistencia. Jorge Debravo poeta costarricense con una profunda sensibilidad y compromiso social así manifestaba su denuncia:

### Silencios

Muere un amor en mitad de la esperanza  
Y un silencio sepulta su cadáver de pájaro.  
Sangra una niña sobre un lecho lúbrico  
Y un silencio se esconde entre los trapos.  
Degüellan a un muchacho en una patria  
Y un silencio terrible cierra los campanarios.  
Alguien pone candados en los libros  
Y un silencio se oculta en los armarios.  
Fusilan a un patriota en un rincón oscuro  
Y un silencio se fuga sobre los techos blancos.  
Un millón de niñitos se nos mueren de hambre  
Y un silencio se duerme contemplándolos (Debravo, 2009, p.86).

Finalmente, podemos afirmar que el peligro de la militarización de la vida, es que el conjunto de la sociedad se va acostumbrando al uso de la fuerza y de las armas como forma privilegiada de resolver sus problemas y ello tiene consecuencias graves en las formas de pensar, sentir y –sobre todo- en las formas de interacción y comunicación. Aquí se sitúa una de las fuentes de la severidad del daño, tal como lo plantea Card (2006), pues las relaciones sociales se deterioran de tal forma que disminuye o desaparece el sentido de lo social-comunitario.

#### **4. Que tan contenible es el daño (lo que Bingham llamaba curiosamente su “fecundidad”).**

Lo que hace que un daño adquiera las características de atrocidad es que ese daño se haya diseñado premeditadamente y por lo tanto quienes participan de tal diseño (interesados, financiadores, ejecutores y encubridores) tiene en sus manos la



posibilidad de evitarlo. Claudia Card (2006) plantea que “un mal es un daño que es (1) razonablemente previsible (o apreciable) e (2) infligido culposamente (o tolerado, agravado o mantenido), y que (3) priva, o amenaza con privar, a otros de los elementos básicos necesarios para hacer posible una vida tolerable o decente (o para que una muerte sea decente)” (p. 38).

Y ese diseño, lo mismo que la posibilidad de evitarlo, le configuran a la intención de causar daño severo una característica especial de goce y perversidad. Los daños causados por violencia política en Colombia a poblaciones enteras eran razonablemente previsibles y por supuesto que son objetivamente apreciables. Muchas de las masacres cometidas en Colombia durante los últimos ocho años, no sólo eran previsibles sino que se sabía que iban a ser cometidas sin que se hiciera nada por evitarlas desde las esferas gubernamentales. Ese poder evitar sin hacer nada plantea un necesario disfrute con la ejecución y desaparición de poblaciones enteras que -la mayoría de las veces- habían sido previamente estigmatizadas como auxiliadoras de la guerrilla.

Las consecuencias de esta impresionante crisis humanitaria<sup>6</sup> hoy se pueden apreciar en por lo menos cuatro millones de personas desplazadas forzosamente de sus territorios, más de cincuenta mil desaparecidos y desaparecidas, más de dos mil quinientas masacres a lo largo y ancho del país y un clima de zozobra y miedo generalizado mediante el cual se justifica políticas guerrerristas como la política de seguridad democrá-

---

6. En el informe titulado “Sin justicia y Sin Paz” de octubre de 2009, el Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado –MOVICE– se menciona que “según los bancos de datos de las organizaciones de derechos humanos, son miles las víctimas del accionar de las estructuras paramilitares. Efectivamente entre 1982-2009 han sido desplazadas forzosamente cinco millones de personas; entre 1982-2007, la cifra de torturados reconocidos se calcula en unas quince mil personas; entre 1965-2007, los detenidos-desaparecidos forzados son más de cincuenta mil víctimas; y del año 1977-2007 más de ochenta mil personas han sido ejecutadas extrajudicialmente.

tica de Álvaro Uribe, célebre por sus múltiples y sistemáticas violaciones a los derechos humanos.

También es cierto que este daño ha sido infligido culpablemente ya sea por acción u omisión. En Colombia este daño colectivo ha sido tolerado, agravado o mantenido desde la misma institucionalidad, cuando se tenían inmensas posibilidades de contenerlo o evitarlo. Esto genera un impresionante daño social que incluso puede llegar a tener dimensiones culturales con vocación de permanencia, toda vez que, “gracias al arraigo supersticioso de la vida social en su conjunto se hace posible que quien asesina se sienta lo contrario: bueno, valiente, heroico” (Gómez, 2006, p. 35).

Basta revisar algunos discursos de las élites políticas y religiosas de finales del XIX y comienzos del XX para darnos cuenta la forma como esos discursos lograron enraizarse socialmente hasta convertirse en hábitos, creencias, costumbres e inclusive valores que justifican moralmente la muerte de los «enemigos».

Así por ejemplo, un año después de haber ordenado y dirigido la atroz masacre de las bananeras en 1928; el general Cortes Vargas dictaba doctrina sobre formas eficaces de hacer desaparecer a los «enemigos del pueblo», pues, “como es sabido, los dirigentes comunistas que han fomentado y fomentan todos los disturbios populares son los verdaderos enemigos del pueblo y de la tranquilidad social; para pacificar una región lo más importante es poner a buen recaudo a aquellos individuos y así, ausentes los azuzadores, viene como por ensalmo la tranquilidad” (Velásquez, 1995, p. 71).

En estas palabras se condensa toda una política de Estado destinada a institucionalizar y naturalizar el gusto con el diseño y ejecución de estrategias para la eliminación de las diferencias por la vía de la pacificación (léase desaparición). Lo anterior queda completamente demostrado con la propuesta presentada al Congreso Nacional de Colombia por parte Ignacio Rengifo,

## Comandante general del ejército colombiano y Ministro de Defensa en 1927:

Desde la fecha de sanción de ésta Ley quedan prohibidas las asociaciones, agrupaciones u organizaciones de cualquier clase, que con los nombres de comunismo, socialismo, revolucionario, bolchevismo, anarquismo u otros análogos se propongan realizar alguno o algunos de los siguientes fines:

1. Atacar o debilitar la idea de patria.
2. Desconocer o atacar el principio de autoridad.
3. Atacar la iglesia católica, apostólica y romana que la constitución reconoce como religión nacional y como elemento esencial del orden social.
4. Atacar o desconocer la institución de la familia y el derecho de propiedad.
5. Promover o estimular huelgas que no se sujeten a las leyes que la regulan.
6. Fomentar la pugna por medios violentos entre las diferentes clases sociales (Velásquez, 1995, p. 70).

Veinte años más tarde, monseñor Builes hacía un llamado a sus feligreses a unirse en contra del «enemigo de Colombia» los liberales izquierdistas so pena de caer en pecado mortal; es una clara muestra de la forma como la iglesia participó de la creación de todo este complejo clima de polarización social, apoyándose en la manipulación espiritual por medio de los símbolos sagrados:

¿CUÁL ES EL ENEMIGO DE COLOMBIA? Ya lo habéis adivinado, amados hijos nuestros: el liberalismo que fue capaz de producir un 9 de abril con todos sus horrores, el liberalismo que se prepara con diabólico furor, abierta o soterradamente, a librar su postrera batalla, ahora sí francamente con Cristo y contra su iglesia... los días que vivimos son malos. Gravísimos peligros amenazan a la iglesia y a la patria si el liberalismo comunista gana las elecciones de junio venidero. En nombre de Cristo y de la iglesia recordamos a nuestros amados diocesanos que no pueden votar, so pena de pecado mortal, por candidatos liberales

izquierdistas, porque éstos son hostiles a la iglesia; y que todos aman su Religión y no quieren verla perseguida y destruida, es decir, todos los católicos de nuestra grey, están en la obligación, igualmente so pena de pecado mortal, de votar por candidatos que garanticen la defensa de los derechos de Dios y de la iglesia, y con éstos los de la Patria y la libertad (Builes, 1949, p. 63).

Estos ejemplos son apenas una pequeña muestra de la forma como se fue generando toda una serie de representaciones sociales altamente ideologizadas para con el deber del sacrificio del otro distinto que amenaza seriamente el orden social instituido; con lo cual se invisibilizan o justifican muchas atrocidades cometidas en defensa de esas instituciones, pues como lo sostiene Claudia Card, (2006) “una de las razones por las cuales dejan de reconocerse muchos males es que su fuente es una institución y no simplemente las intenciones o elecciones de individuos, muchos de los cuales pueden no compartir los objetivos de la institución, aún cuando su conducta esté determinada por sus normas” (p. 52).

## 5. Qué tan reversible es dicho daño.

El daño producido por actos de atrocidad no es reversible desde ningún punto de vista. No lo es por la complejidad misma del daño causado tanto individual como colectivamente. Y es mucho menos reversible cuando involucra a instituciones del Estado pues el efecto psicológico es devastador al comprobarse que quién debía protegerme legítima y legalmente, es quien se encarga de producirme un daño severo en razón de mis convicciones.

Dado que no es reversible, tampoco se puede perdonar en aras de una supuesta «reconciliación» con uno mismo y con los demás. Sin embargo, el hecho de que el daño no sea reversible, no significa que no se pueda reparar, aunque sea parcialmente, pues los perpetradores y sus complejas redes de cómplices quedan en deuda con las víctimas. Y como sabemos, el signi-

ficado mítico-religioso de la deuda es que mayoría de las veces adquiere un sentido de eternidad que la hace improbable de ser pagada totalmente, pues tal como lo expresa Himkelammert, (2010) la deuda deviene en culpa y esta a su vez proviene del uso político del pecado, el cual es permitido siempre y cuando se dé dentro del marco legal establecido; con lo cual, los perpetradores quedan simbólicamente amparados por la ley que ellos mismos han creado.

Resulta sumamente interesante la forma como Himkelammert (2010) explica la relación perversa que se da entre la ley y el pecado desde los orígenes mismos de la humanidad, para lo cual se apoya en un riguroso estudio sobre el pensamiento crítico en Pablo de Tarso. Si se cometen crímenes sin salirse de la ley puede considerarse pecado; pero, por estar dentro de la ley, no se asume la responsabilidad de ese pecado sino que se pone en alguien más, pues se parte del principio de haber sido engañado por el pecado. De esta forma el pecado deja de ser maldad y se vuelve necesario para la preservación misma de la ley.

Pablo no explica el pecado como maldad, sino que dice que el sujeto es engañado por el pecado. El pecado actúa en el sujeto y como instancia del sujeto. Este pecado que actúa, tampoco es algún diablo que seduce al ser humano. Es, si se quiere, la muerte en vida. Se trata de aquello que hoy muchas veces llamamos ideología o, como Marx dice, el fetiche. El pecado es una obsesión que usa la ley. Es la obsesión de la muerte (Hinkelammert, 2010, p. 95 - 96).

Al no asumirse la responsabilidad por los crímenes causados amparándose en la ley, las élites mismas decretan la irreversibilidad del daño por efectos de impunidad e incluso de cinismo con que reivindicán el uso de la ley a cualquier costo. Justamente por ello tanto el perdón como el olvido son imposibles psicológicamente hablando, pues mientras no se resuelva la culpa, el crimen permanece impune.

La culpa sólo puede ser circunscrita al quebrantador del derecho desde el punto de vista jurídico, moral e intelectual; en cambio, como fenómeno psíquico, se extiende por todo el alrededor espacial y humano. Un bosque, una casa, una familia, incluso un pueblo, donde se ha cometido un asesinato, experimenta la culpabilidad psíquica, y se la hacen experimentar desde fuera (Jung, 1968, p. 93).

Lo que se quiere decir con esto, es que el daño causado por la atrocidad no es reversible pues se queda en la piel y en la memoria de los pueblos, aunque su significado sea sustancialmente distorsionado por parte de las élites gobernantes para mantenerse en el poder. Sólo así se pueden comprender arquetipos como el miedo y el terror que cumplen su doble función de parálisis y regulación social al mismo tiempo que naturalizan la culpabilización del sufrimiento hacia las propias víctimas que han sido estigmatizadas como «enemigos» del orden social establecido.

Las marcas de la atrocidad se tatúan en el cuerpo social y en la memoria colectiva; pero por efecto de la manipulación se les mantiene «congeladas» de tal forma que se anule cualquier intento de movilización desde la recuperación de esa memoria histórica. Esas marcas están ahí y permanecen a través del tiempo en estado de latencia hasta que algo o alguien las despierte. Otras se manifiestan en nuestra cotidianidad sin darnos cuenta como es el caso de los desaparecidos enterrados como NN, miles de fosas comunes, pueblos quemados, escuelas bombardeadas y millones de personas deambulando en las grandes ciudades por haber sido desterradas de sus territorios.

Existen huellas de la violencia que son visibles –las ruinas, las heridas físicas, las ausencias motivadas por la muerte-; pero hay otras que son invisibles, y que atañen al daño moral, a los traumas psicológicos, al envilecimiento de los fundamentos valorativos sobre los cuales se construye la comunidad humana (Cepeda, 2006, p. 31).

Ese «envilecimiento de los fundamentos valorativos» del que habla Iván Cepeda es uno de los argumentos de más peso a la hora de abordar el problema de la reversibilidad del daño por violencia política. Cuando una sociedad se acostumbra a la muerte o desaparición de la diferencia va construyendo unos referentes valorativos que hacen imposible que el daño y el sufrimiento sean reversibles y al contrario los aumenta sin límites, con lo cual se crea una base antropológica hacia el gusto o el placer de la muerte como forma de vida. Lo cual no quiere decir que esto no se pueda transformar, pero ello implica cambios profundos a nivel de la estructura política, económica y social del Estado.

La irreversibilidad del daño puede llevar a una sociedad al establecimiento de ciertos arquetipos como el pánico y el terror en tanto formas concretas de enraizamiento de ideologías sectarias, dogmáticas o autoritarias. Recordemos que los arquetipos son el resultado de un largo proceso de evolución de la humanidad en el cual se van esculpiendo en el inconsciente colectivo ciertas pautas de comportamiento que se mantienen dormidas, pero que despiertan en el momento menos esperado.

Los arquetipos son como cauces de ríos a los que el agua ha abandonado, pero a los que puede de nuevo encontrar después de cierto tiempo. Un arquetipo es algo así como el curso de una vieja corriente, donde, por largo tiempo, fluyeron las aguas de la vida, y se han enterrado profundamente. Y cuanto más tiempo mantuvieron esta dirección, tanta mayor probabilidad hay de que, más tarde o más temprano, retornen de nuevo a ella (Jung, 1968, p. 34).

## 6. Las posibilidades de compensación.

En un país con unas leyes proclives al terrorismo de Estado y con unos índices tan elevados de impunidad resulta muy difícil hablar de compensación a las víctimas. El concepto de compensación está íntimamente ligado a los principios de

verdad, justicia y reparación integral, de acuerdo a, como ya se ha establecido, distintos contextos de violencia política. Del desarrollo íntegro de estos tres principios se derivarían algunas posibilidades de compensación.

La compensación del daño severo sólo se puede alcanzar cuando existen mecanismos legales de reparación a partir del pleno reconocimiento de la víctima como sujeto de derecho. Y esto en Colombia no deja de ser un ideal por el que muchas organizaciones se juegan sus apuestas éticas y políticas, pues los índices de impunidad son tan altos que ya se han instalado en las representaciones sociales como algo normal y cotidiano.

En la investigación realizada por Catalina Díaz Gómez (2006) sobre «La reparación de las víctimas de violencia política en Colombia» se plantea la dificultad tan grande que existe en Colombia para garantizar la reparación a las víctimas por efecto de la «impunidad generalizada» profundamente arraigada en la institucionalidad de nuestro país.

La Comisión Colombiana de Juristas hace una buena reseña de los diagnósticos sobre la impunidad en materia penal en Colombia: “En junio de 1998 el Departamento Nacional de Planeación produjo un documento según el cual la impunidad en Colombia asciende a 97,5%. En julio de 1998, el Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico de la Universidad de los Andes (CEDE) publicó los resultados de una investigación denominada “La justicia, el gasto público y la impunidad en Colombia”; en dicha investigación se concluyó que sólo el 26% de los hechos delictivos eran denunciados, existiendo un 74% de “impunidad indirecta” causada por la falta de acceso a la justicia, la falta de credibilidad y los altos costos. El mismo informe afirma que de los casos denunciados, únicamente el 11% entran a etapa de instrucción, mientras que el 89% nunca sobrepasan la etapa de investigación previa. En 1999 la Contraloría General de la Nación expidió un informe denominado “Una aproximación a la situación del sector justicia” en el que aseguraba que la probabilidad de ser condenado por un delito es del 0,5% (Díaz, 2006, p. 527).



Lamentablemente esta situación se vuelve mucho más compleja con relación a los crímenes de lesa humanidad realizados a través de actos atroces. Cuando se revisan los datos sobre los resultados de la Ley 975 de 2005 a través de la cual se ha construido todo el andamiaje ideológico de la negociación con el sistema paramilitar colombiano, se encuentra que las posibilidades reales de compensación que ofrece el Estado para las víctimas directas, indirectas y potenciales son verdaderamente ínfimas.

El Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado –MOVICE- y otras reconocidas organizaciones de derechos humanos, desarrollaron una investigación con el objetivo de establecer los verdaderos alcances de la ley de “Justicia y Paz” (975). Fruto de esa investigación, en octubre de 2009, se publicó un detallado informe que pone al descubierto las debilidades de ésta ley. Algunos de los datos que aparecen allí y que corroboran lo que afirmo sobre las limitadas posibilidades de compensación son los siguientes:

Se observa que de los aproximadamente 35.553 paramilitares “desmovilizados” (31.671 en la modalidad colectiva, y 3.682, en la del tipo individual), 31.718, es decir el equivalente a un 89.72%, fueron beneficiados con una amnistía *de facto* mediante la aplicación del Decreto 128 de 2003, bajo el argumento de que no tenían investigaciones o condenas en su contra por delitos “graves”. Quienes no se encontraban en esa condición, fueron sometidos a la Ley 975 de 2005, y hoy ostentan la calidad de “postulados” a los procedimientos de “Justicia y Paz”. Al número de desmovilizados que no fueron sometidos a la Ley 975 de 2005, sino que obtuvieron los beneficios de la Ley 782 y del decreto 128 de 2003, no se les exigió revelar la verdad sobre las violaciones a los derechos humanos y al derechos internacional humanitario en las que participaron o de las que tuvieron conocimiento, durante su pertenencia al grupo armado ilegal, y, por lo tanto, respecto de esos hechos no ha sido posible determinar responsables, mandos, financiadores, promotores y cómplices en la sociedad y en el Estado, generándose con estas disposiciones la

mayor impunidad frente a los delitos del paramilitarismo. Como consecuencia de ello, han sido particularmente invisibilizados los delitos de desplazamiento forzado, reclutamiento de niños y niñas y delitos de violencia sexual, cuya ocurrencia se conoce pero poco se somete a la justicia (MOVICE, 2009, p. 27 - 28).

Estas formas concretas de realidades son las que permiten afirmar que el gusto por la muerte física o simbólica de la otredad se nutre de un sentimiento de garantía de impunidad para los perpetradores de atrocidades y sus redes de apoyo. Esa conducta placentera a echado raíces en muchos sectores y grupos sociales de nuestra sociedad, con lo cual crece también un sentimiento nacional de angustia y desesperación ante las pocas posibilidades de reparación y compensación. Ese es el efecto esperado por las élites gobernantes.

No se podrá negar que, en esa conducta placentera de exterminio hacia los demás, se mezclan elementos de orden político y estético a la vez, por medio de los cuales se considera como una virtud la «desaparición» de eso otro desagradable o el placer ante la certeza de la imposibilidad de reparación y/o compensación para las víctimas y sobrevivientes.

## 7. Su duración

Si entendemos el concepto de duración como «persistencia de una realidad en el tiempo», entonces tenemos que asumir que lo atroz permanece en la memoria de los pueblos como un dispositivo de control. La estética de lo atroz se refleja precisamente en su capacidad de inscribirse sutilmente en la memoria social como un mecanismo que busca construir socialmente la aceptación moral de la necesidad de la muerte de ciertos seres humanos en razón de sus convicciones políticas.

Esto en realidad hace parte de la ideología neoliberal que no tiene ningún reparo en declarar como lo hace Hayek (citado en Himkelammert, 2010) que “una sociedad libre requiere de

ciertas morales que en última instancia se reducen a la mantención de vidas: no a la mantención de todas las vidas porque podría ser necesario *sacrificar vidas* individuales para preservar un número mayor de vidas. Por lo tanto, las únicas reglas morales son las que llevan al “calculo de vidas”: la propiedad y el contrato” (p. 113).

La persistencia de la atrocidad no se deriva únicamente del acto atroz en sí mismo, sino del clima histórico-social dentro del cual se configura esta atrocidad. El acto atroz es tan sólo eso: la actuación de unos perpetradores dentro de una estructura ideológica proclive a la atrocidad, en la que el cumplimiento de la ley, a cualquier costo, deviene en una especie de terror de Estado que se materializa en algunas élites gobernantes. Estas élites han interiorizado de tal modo esa estructura procurativa de la crueldad, que podríamos afirmar que incluso se ha instaurado en ellas en la forma de lo que denominamos “un instinto de muerte”; que domina o dirige, en buena medida, el accionar de estas clases, la forma como resuelven los problemas, al enfrentarse ante el conflicto relacional de con el “otro”. Tal como lo propone Eagleton:

El instinto de muerte es artero, implacable, vengativo e infinitamente malévolo, y celebra la contemplación de unos ojos arrancados o de la hemorragia de unos muñones amputados. No se limita a aprobar este tipo de destrucción, sino que se deleita con ella. Extrae vida de la muerte y se crece con la carnicería humana... es la razón por la que quienes se entregan fehacientemente a esta fuerza cometen actos que pueden calificarse auténticamente como malos (Eagleton, 2007, p. 30 - 31).

Resultaría muy difícil negar que en Colombia y en Latinoamérica, muchos sectores políticos y económicos no se hayan «entregado fehacientemente» a la realización con deleite de una cierta política de la maldad cuyo fin no sea la eliminación de sus adversarios. El deseo de desaparición de la diferencia permanece en nuestro inconsciente colectivo desde hace mucho tiempo. Pero ese no es quizás el verdadero problema. El verdadero

problema es que ese deseo se ha venido perfeccionando hasta alcanzar los límites de un gusto con la desaparición del otro distinto. Una cosa es el deseo y otra es el placer por la muerte de la otredad.

Un ejemplo de la persistencia social de la atrocidad en tanto gusto con la muerte de la otredad se puede encontrar recientemente en el genocidio del partido político de izquierda Unión Patriótica. El nombre con que se bautizó al macabro plan de exterminio de la UP era el “baile rojo”, con lo cual, de entrada, designa un carácter especial de placer por parte de los perpetradores y sus redes de colaboración. Muchos testimonios de paramilitares señalan que cuando los convocaban para realizar masacres les decían que se prepararan para la fiesta. El acto de asesinar a seres indefensos era considerado como un verdadero carnaval en el que se ponían en escena tenebrosos rituales de atrocidad en los que sin duda se llegaba a estados de sublimación. Un nombre como este para una operación tan macabra, implicaba que – la misma – pese a su carga de horror, procuraba para sus perpetradores un grado de placer en su ejecución.

## 8. El número de víctimas

Decía Borges (1999) que «el muerto no es un muerto: es la muerte» (p. 27). Y esto seguramente nunca lo han entendido nuestras élites políticas, económicas y militares. Si no existiera ese gusto con la muerte de la otredad, bastaría una sola muerte de un ser humano para buscar salidas políticas negociadas al conflicto sociopolítico que nos persigue como un fantasma desde hace mucho tiempo. Al contrario de lo que uno esperaría, cada vez que las cifras estadísticas de muertos se elevan, automáticamente se elevan las medidas militaristas y guerreristas en vez de estrategias que nos acerquen a la paz.

Esa vieja costumbre de imponer las visiones de mundo a través de la guerra ha hecho carrera. Una actitud tal, ha con-

seguido que se produzca una impresionante deshumanización de la vida cotidiana, de modo que poco importa el número de muertes por efectos de pasiones ideológicas como las que se produjeron entre 1948 y 1953, época en la que murieron más de ciento cuarenta mil personas por efecto de las luchas fratricidas entre liberales y conservadores (Pecaut, 2001).

Esas muertes aún siguen presentes en nuestra memoria social sin que nos demos cuenta de ello y, por eso mismo, treinta años después la sociedad no se movilizó ante el genocidio de la Unión Patriótica que cobro la vida de por lo menos cinco mil de sus dirigentes y militantes. El efecto ha sido una parálisis social; no una recuperación de lo humano —como se habría esperado ante hechos tan duros—, sino una desgarradora corriente de olvido y temor.

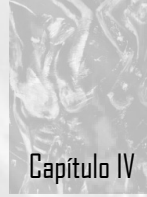
Lo mismo sucede con las víctimas de la violencia política y de la violencia estatal. De repente mucha gente empezó a hablar de las víctimas en términos de cifras, números y estadísticas y como era de esperarse las víctimas terminan siendo banalizadas. Ese efecto no se da por casualidad sino que hace parte de la estrategia de Estado para desgastar emocionalmente a las víctimas y sobrevivientes. Y ese efecto así gestionado no deja de ser una atrocidad.

No obstante, es un hecho real y tangible que en Colombia se vive una absurda crisis humanitaria que hoy llega a casi cinco millones de personas de acuerdo a como lo han venido documentando organizaciones de derechos humanos. A pesar de los grandes avances logrados en los últimos años en torno al reconocimiento de ser sujetos de derechos, millones de víctimas se tienen que ver sometidas a distintas formas de exclusión, estigmatización y humillación (como ha venido sucediendo con la ley de víctimas).

Este año, por ejemplo, se volvió a presentar el proyecto de ley de víctimas y las denuncias no se hicieron esperar. Una de las más fuertes objeciones a este proyecto de ley tiene que ver con

la pretensión de reconocer a las víctimas sólo a partir de 1991, dejando por fuera a miles de personas que fueron victimizadas desde la década del cincuenta.

Nuevamente el placer de las élites ante la humillación de las víctimas. No se puede objetar que lo atroz se nutre de buenas dosis de cinismo, burla y degradación del “otro”.



Capítulo IV

---

**UN PLACER EN LA GENERACIÓN  
DE ESTADOS DE DISCAPACIDAD  
PROVOCADA Y/O PARÁLISIS  
PSICO-SOCIO-ANTROPOLÓGICA**

---





Una de las intenciones más aberrantes de la violencia política y de la guerra psicológica es la de generar estados individuales y comunitarios de discapacidad y/o parálisis para actuar frente a situaciones que amenazan la integridad física, psicológica e incluso antropológica de las personas y sus comunidades. A esto se le puede llamar la gestión del miedo y terror paralizantes. El miedo es provocado de diversas formas e instalado en los cuerpos físico, mental, inconsciente, mágico y espiritual; con lo cual se garantiza un impresionante control masivo y una parálisis psico-socio-antropológica a gran escala.

La instalación del miedo y del terror se llevan a cabo de una manera tan sutil que termina generando una especie de fascinación y encantamiento social reflejados en los contenidos culturales de la música, la pintura, las novelas, cine, teatro, etc.

Pero, también, se puede constatar en la cotidianidad del conflicto armado. La fascinación que muchos sienten al observar escenas de miedo y terror es fácilmente ilustrable; basta recordar la imagen difundida a gran escala, en los medios visuales, en la que se pudo ver la mano mutilada de un líder guerrillero, como prueba de su asesinato —por parte de su propio compañero— a cambio de una recompensa.

Lo mismo sucedió con la muerte de dos grandes jefes guerrilleros de las FARC y la forma como fueron mostrados en los medios de comunicación. Las imágenes dejan ver un sentido de belleza interna al destruir y desfigurar al enemigo. Nótese que aquí se habla de destruir y no de derrotar que son dos cosas distintas. Los discursos así lo dejan ver.

Esa fascinación crea un estado de parálisis perpetua en el que la muerte atroz de seres humanos ni siquiera alcanza a provocar conmoción sino morbosidad indiferente, pues de alguna

manera ese gusto ha sido incorporado culturalmente a través de los medios masivos de información, hasta convertirse en un eficaz instrumento de anestesia social.

Miedo y terror se juntan hasta lograr verdaderos procesos de cristalización o congelamiento de la vida cotidiana sin que lleguemos a percatarnos de ello, toda vez, que como lo plantea Radtke (citado en Dobles, 2009) “habiendo pasado eventos traumáticos, las sociedades necesitan “seguir viviendo”. “Olvidar” es una manera de lograr esto. Aunque los individuos puedan no olvidar, el cambio político frecuentemente induce la amnesia social” (p. 183). Esto es lo que podemos llamar como la cristalización y fragmentación de la memoria.

Ese fenómeno de cristalización de la cotidianidad resulta similar a lo planteado por Naomi Klein en el año 2007 como doctrina del shock. Según esta investigadora, el shock constituye hoy en día, toda una estrategia global de dominación en la que se combinan diversos instrumentos para la producción de miedo y terror a gran escala. Dichos instrumentos van desde la no prevención de desastres naturales que se podrían evitar —e incluso la provocación de los mismos— hasta la implementación de políticas de terror de Estado con tal de imponer el modelo económico neoliberal.

Al referirse a los tiempos de las dictaduras del cono sur, Klein deja ver como se fue instaurando esta ideología de la destrucción de la otredad en donde existe como imperativo fundamental la «purificación de la cultura»:

El imperativo se reflejó en las metáforas habituales de los regímenes militares en Brasil, Chile, Uruguay y Argentina: los eufemismos fascistas que hablaban de limpiar, barrer, erradicar y curar. En Brasil las detenciones de gente de izquierda se bautizaron con el código de Operação Limpeza. El día del golpe, Pinochet se refirió a Allende y su gobierno como «escoria que iba a arruinar el país». Un mes después se comprometió a «extirpar el mal de raíz de Chile», a conseguir una «depuración moral» de la patria, «purificada de los vicios y malos hábitos»,

un objetivo muy parecido al de Alfred Rosenberg, escritor del Tercer Reich, cuando exigía «una limpieza despiadada con una escoba de hierro (Klein, 2007, p. 144).

Esto mismo ha sucedido en Colombia desde hace varios siglos y se ha venido perfeccionando a través de distintas tecnologías de terror que comparten el mismo interés: inmovilizar, dis-capacitar y paralizar. A manera de simple ejercicio didáctico podríamos señalar algunos hitos durante el siglo XX: la masacre de las bananeras en 1928, los trescientos mil muertos de la época conocida como la violencia con mayúscula -1948-1953; el genocidio del partido político legal Unión Patriótica que aún no se detiene<sup>7</sup>, pero que tuvo su máximo grado de barbarie entre 1985 y 1991.

- 
7. Al momento de escribir estas líneas se conoció del asesinato del líder sobreviviente de la Unión Patriótica, José Lenin Mayusa, en el Municipio de la Unión, Valle. El caso de la familia Mayusa, constituye un claro ejemplo de esa política de «escoba de hierro» que fue fielmente impuesta en nuestro territorio como instrumentos que busca «limpiar» cualquier intento de resistencia al modelo. La noticia del asesinato de este sobreviviente de la Unión Patriótica fue registrada por la agencia de noticias Justice for Colombia de la siguiente forma: “José Lenin Mayusa –concejal y ex activista de la oposición fue asesinado al llegar a la tienda en la que trabajó en el municipio de La Unión, Valle de Cauca en el oeste de Colombia a las 5:30 pm, el 31 de diciembre de 2010. Él recibió dos disparos en la cabeza y luego 6 veces más por hombres armados. Los 51 años antes había sido desplazado del municipio de Vistahermosa, departamento del Meta en 1988, junto con el resto de su familia. Él era un líder bien conocido del Partido Unión Patriótica –un partido político fundado en la década de 1980– de los cuales aproximadamente 4.000 miembros han sido asesinados. Toda la familia Mayusa, una familia de larga data involucrados en la actividad sindical de la oposición y el comercio –ha sido objeto de constante persecución por parte del Estado y los paramilitares. José Lenin es el cuarto hermano que cae muerto. En 1992, Salomón Mayusa fue desaparecido y en 2003 Alexander Mayusa, el cuerpo desmembrado fue descubierto en una bolsa de plástico. En agosto de 2008, el tercer hermano, sindicalista y activista local de derechos humanos Luis Mayusa también fue asesinado.

Estos tres grandes fenómenos de nuestra historia política han sido objeto de análisis e investigación desde distintas aristas. Este trabajo se propone realizar un abordaje psichistórico que permita acercarnos un poco a la comprensión de la forma como estos tipos de hechos violentos con altas dosis de atrocidad, impactan la subjetividad al extremo mismo de dejarla prácticamente in-habilitada durante largos periodos para el ejercicio del derecho humano a la participación política y social. También se busca dar cuenta del placer que sienten quienes diseñan y ejecutan este tipo de políticas de atrocidad.

En una investigación sobre el genocidio de la Unión Patriótica, el periodista Steven Dudley menciona la profunda impresión que le generó una conversación con el líder paramilitar conocido como “el negro Vladimir”, en la que éste narra -sin inmutarse- el protocolo que seguían los paramilitares de los años 80 para asesinar y desaparecer a sus víctimas:

La labor de un paramilitar a mediados de los años ochenta era como trabajar en un matadero. Los hombres congregaban a sus presas, las llevaban a áreas designadas y luego las masacraban. En seguida desmembraban a sus víctimas: primero las manos, luego los pies y por último la cabeza; les sacaban los intestinos en un proceso que llamaban *picalesco*. De esta forma, los cadáveres se hundían en lo más profundo de los ríos donde nadie podría hallarlos, sin un cuerpo como evidencia, era muy difícil para los investigadores juzgar a los victimarios (Dudley, 1998, p. 115 – 116).

También afirmaba este líder paramilitar que este tipo de acciones no se limitaba a los miembros de la Unión Patriótica y del partido comunista, sino que se extendía a “vendedores

---

Dos de sus hermanas –Carmen y Nieves Mayusa– activistas de “los sindicatos y de los Trabajadores Agrícolas de los Trabajadores de la Salud sindicales, fueron encarcelados sin haber sido condenados por delito alguno desde hace más de dos años, desde mayo 2006 hasta junio de 2008, de ser finalmente liberado después de una campaña internacional por su libertad (consultado en: <http://www.justiceforcolombia.org/news/>).

ambulantes, gerentes de bancos, comerciantes, contrincantes políticos, jueces, policías, pordioseros, prostitutas, políticos de izquierda, sindicalistas, líderes comunitarios, criminales locales y cualquiera que fuera sospechoso de perturbar su proyecto” (Dudley, 1998, p. 116).

La defensa de ese proyecto de ultraderecha se empezó a configurar en la década del cuarenta del siglo XX en Colombia. Las consecuencias han sido de todo orden. Pero quizás una de las más dramáticas tiene que ver con la forma como se fue gestionando desde las élites un sentimiento de placer con la ejecución de diversos rituales de atrocidad contra todo aquello distinto al proyecto del establecimiento. La producción artística de la época registra crudamente esa realidad que sin lugar a dudas ha dejado una profunda huella en la subjetividad del colombiano actual, en cuanto a formas de pensar, sentir y relacionarse. La novela realista “Viento Seco” de Andrés Caicedo escrita en 1953, no deja de producir un sentimiento de miedo e impotencia paralizante, al constatar lo que nos cuentan los abuelos y mayores sobre la forma como la policía «chulavita», ejecutaba con excitación las órdenes.

«El Chamon», chulavita negro amoratado como el ave que le había dado su nombre, defecaba en la boca de un agonizante. «El descuartizador» tenía maniatado a Jorge López, jefecillo liberal de la vereda, a quien pinchaba con un afilado cuchillo de matarife. Los gritos le causaban satisfacción. Le torturó largo rato, con destreza inigualable. Le cortó los dedos de las manos y de los pies, le mutiló la nariz y las orejas, le extrajo la lengua, le enucleó los ojos y a tiras, en lonchas de grasa, músculos y nervios, le quitó la piel. Lo abandonó en su agonía de sangre para alcanzar a una mujer que corría y a la cual se contentó con cercenarle los pechos y hendirle el sexo. Y entre las contracciones de la muerte, la poseyó (Caicedo, 1953, p. 54 -55).

Aunque muy crudo, este relato ofrece un panorama de la forma como se fue incorporando en algunos sectores de

nuestra sociedad esa «satisfacción» con la generación de dolor y sufrimiento. El gusto con la mutilación y desgarramiento del otro distinto ha hecho carrera hasta el límite de llegar a utilizar artefactos de desmembramiento como la motosierra tal como lo han reconocido en numerosas ocasiones algunos mandos de la estructura paramilitar colombiana. Esta metodología de lo atroz se dio a conocer mundialmente con la masacre de Trujillo, Valle, en donde más de un centenar de personas fueron asesinadas y desmembradas con motosierra empezando por el padre Tiberio quien se desempeñaba como párroco de la población.

Escuchar este tipo de relato se ha vuelto normal durante los últimos sesenta años en Colombia; pero se ha intensificado especialmente en los últimos seis años, tiempo que lleva de creada la controvertida Ley de Justicia y Paz (2005). El desfile de cientos de paramilitares reconociendo, sin ningún rubor, la forma como ejecutaban sus macabros planes, ya ni siquiera sorprende a los televidentes desprevenidos. Justo allí se puede constatar la efectividad de estos planes que poco a poco fueron instalados para la dis-capacidad y parálisis psico-socio-antropológica.

El papel que han jugado la radio y la televisión en este proceso no es tan desprevenido como muchos creen. Al contrario, eso que muchas veces es presentado como la gran noticia, comporta una intención política de transmitir dos claros mensajes a la gran masa de espectadores de la barbarie y la atrocidad: 1) todo aquel que se atreva a contrariar este tipo de proyectos neofascistas correrá con la misma suerte, y 2) quienes llevan a cabo este tipo de atrocidades son verdaderos héroes que merecen ser queridos y adorados por la sociedad, tal como sucedió en el municipio de Montería, en cuyo centro se encuentra una gigante escultura que rinde honor a los paramilitares de esa región.

Estos mensajes circulan a velocidades impresionantes no sólo a través de los noticieros sino por medio de los contenidos de todo tipo de programas radiales y televisivos. De esta manera, millones de seres humanos rinden culto a la atrocidad

sin ni siquiera percatarse de ello, pues el efecto es una especie de encantamiento social que destruye la capacidad crítica en el sujeto e instala la sentimentalización ingenua a nivel masivo. No en vano Paul Virilio (2007) habla de las «armas masivas de comunicación» en donde se utiliza el miedo como medio de «sincronización de las emociones» a través de lo cual se busca “romper el espejo de lo real para hacer perder a cada uno (aliados o adversarios) la percepción de lo verdadero y de lo falso, de lo justo y de lo injusto, de lo real y de lo virtual” (p. 27).

Justamente, la parálisis psicológica se produce cuando a través del miedo y del terror, se logra inhabilitar la capacidad intelectual de producción de sentido y significado contextualizados desde la propia experiencia vital existencial y se traslada esa función a un plano eminentemente instintivo y emocional. “Sálvese quien pueda”, por un lado y “no se ponga a pensar en esas cosas para evitar meterse en problemas”, por el otro. Esa es la esencia de la guerra psicológica: generar estados masivos de atrofiamiento intelectual para el ejercicio crítico de la existencia, y al mismo tiempo, propiciar estados masivos de exacerbación de la emocionalidad desde sofisticados dispositivos de manipulación de los sentimientos y la espiritualidad.

Cuando se logra atrofiar la producción crítica de sentido y significado se tiene al sujeto a disposición de cualquier interés ideológico. Y no se nos puede olvidar que el atrofiamiento de la capacidad crítica intelectual se logra combinando distintas estrategias que van desde los procesos normales de socialización, pasando por sutiles montajes pulsionales, hasta el diseño e implementación de acciones sistemáticas de miedo y terror.

Desde el punto de vista psicosocial, el recurso principal del que echa mano tanto la guerra sucia como la guerra psicológica para eliminar el apoyo al enemigo bélico es el sentimiento de inseguridad...para crear ese ambiente de inseguridad, la guerra sucia se sirve de la represión aterrizante, es decir, de la ejecución visible de actos crueles que desencadenan en la población un miedo

masivo e incontenible. Así mientras la represión misma produce la eliminación física de las personas que constituyen el blanco directo de sus acciones, su carácter aterrador tiende a paralizar a todos aquellos que, de una u otra manera, puedan sentirse identificados con algún aspecto de la víctima; de ahí la necesidad que tiene el terrorismo de Estado y, en concreto, la guerra sucia, de que la población se entere de los hechos, aunque la publicidad como tal le resulte contraproducente (Martín. Baró, 1990, p. 66).

Como se puede ver la parálisis psicológica no se produce por obra y gracia del destino. O que nuestro destino desde siempre ha sido el padecimiento del sufrimiento por culpa de nuestras malas obras. No. Es muy fácil que nos demos cuenta de que ese sufrimiento que hemos convertido en lamento sin respuesta de ninguna índole; es en realidad, el resultado de una vieja forma de hacer política de nuestra dirigencia: “Un modelo de sociedad clasista, racista, excluyente, donde la ley “es para los de ruana”, y donde todavía hoy la cuna sigue decidiendo si alguien será sicario o presidente” (Ospina, Periódico El Espectador, 2 de octubre de 2010).

En su investigación sobre «el mal», Paul Ricoeur llama la atención en no permitir que las víctimas y sobrevivientes se dejen llevar por la corriente fatalista que las hace ver a sí mismas como culpables del sufrimiento recibido por vía de la «autoacusación» y la «autodestrucción». Para ello coloca como primer nivel «la superación de la ignorancia» que no permite trascender la lamentación y la queja:

A la tendencia que lleva a los supervivientes a sentirse culpables de la muerte de su objeto de amor, o, peor aún, a la tendencia de las víctimas a acusarse y entrar en el juego cruel de la víctima expiatoria, es preciso poder replicar lo siguiente: no, Dios no ha querido eso; y menos aún ha querido castigarme (Ricoeur, 2006, p. 63).

Ello supone -de acuerdo con este investigador- desarrollar la «sabiduría» para articular tres grandes dimensiones o planos:



«pensar, actuar, sentir»: “El problema del mal no es solamente de índole especulativa: exige una convergencia del pensamiento y la acción (en el sentido moral y político) y una transformación espiritual de los sentimientos” (Ricoeur, 2006, p. 58). En el plano del pensamiento el llamado es claro. No basta con pensar en el mal, sino que es necesario que ese pensamiento se materialice en el «registro del actuar y del sentir». En el plano del actuar no deja lugar a la vacilación en cuanto que “el mal es, ante todo, lo que no debería ser, mas tiene que ser combatido” Y, frente al sentir, la necesidad de trabajar hacia la transformación de los sentimientos “que nutren la lamentación y la queja” por medio de la «sabiduría», entendida como «una ayuda espiritual para el trabajo de duelo y dirigida a un cambio cualitativo de la lamentación y la queja» (p. 63).

Lo anterior, llevado al plano de lo psicológico, plantea un nuevo horizonte para la psicología frente a problemas de violencia política y conflictos sociopolíticos con uso de armas, represión y tortura: (i) superar el fatalismo derivado del funcionalismo y el pragmatismo positivista que le asignan al psicólogo la tarea de pequeñas reformas en el sujeto para incluirlo en el orden social aún a sabiendas de que ese orden social es el responsable de su dolor y sufrimiento; (ii) al mismo tiempo, trascender la concepción asistencialista de la psicología que cree que el sufrimiento se puede superar con un simple cambio de actitud a partir de la intervención psicosocial para la incorporación de la perversa categoría ideológica de la tolerancia.

El problema del mal causado y del sufrimiento recibido que se materializa en victimarios y víctimas es el resultado concreto de unas formas de relación basadas en la desigualdad, la injusticia, la opresión y la exclusión física o simbólica. Es decir, unas formas de relación social en las que el bienestar de unos pocos se construye sobre el sufrimiento de otros millones tal como lo advirtiera Martín-Baró en su momento. Una de las consecuencias más dramáticas de estas formas de relación es

justamente la parálisis psicológica por vía de la naturalización y justificación del sufrimiento de unos sobre otros.

Borges (2007) desarrolla esta idea de la naturalización del sufrimiento en un cuento que tiene como personaje central a un líder nazi condenado a muerte por sus crímenes y atrocidades. Allí se da cuenta de la forma como se configuró psicosocialmente en Alemania ese sentimiento de la necesidad del exterminio por vía de la tortura y el sufrimiento prolongado. Cuando se lee detenidamente este texto, no deja de recorrer por el cuerpo un cierto frío, pues este relato literario, es superado ampliamente por las metáforas que utilizan muchos sectores de nuestra sociedad para justificar todo tipo de crueldades.

Nótese que estamos hablando de la configuración psicosocial y no escasamente de los rasgos personológicos de un asesino que simplemente sirve a una causa. Esto es muy importante tenerlo en cuenta a la hora de querer comprender la forma como se convierte en política de Estado el uso de la violencia política, para la destrucción psicológica total de aquellos considerados enemigos del establecimiento. Y no se debe olvidar que dicha destrucción contempla elementos muy desarrollados de guerra psicológica en los que lamentablemente la psicología y la psiquiatría han puesto al servicio sus saberes y conocimientos.

Cuando hablamos de destrucción psicológica estamos haciendo alusión a la desestructuración ideoafectiva del sujeto que lo coloca en un estado total de indefensión frente a lo que sucede con su propia existencia material, intelectual, emocional, espiritual y relacional.

Lo mismo ocurre con la instalación de la dis-capacidad socio-antropológica por vía de la combinación de múltiples dispositivos de guerra psicológica. Discapacitar, socio-antropológicamente hablando, quiere decir inhabilitar para el ejercicio de acciones colectivas potencialmente significativas a partir del montaje del miedo en la construcción de vínculos éticos y políti-

cos para la emancipación. La confianza en lo social comunitario es desplazada hacia un fatalismo que coloca todo en el destino y no en actores políticos de carne y hueso. Son muchos los factores de orden psicosocial que intervienen en esta operación quirúrgica de discapacidad social, como también innumerables son las consecuencias.

Cuatro factores psicosociales de orden estructural podemos señalar en el proceso de inducción de la discapacidad social: 1) el miedo y el terror a gran escala como método de resolución de las diferencias de clase, 2) la manipulación emocional y espiritual como mecanismo ideológico de compensación ideoafectiva (pensamiento-sentimiento), 3) la exacerbación de la mercantilización de vínculos y relaciones, y, 4) el mercado como elemento estructurante e instituyente de los referentes psicológicos de construcción de sentido y significado de la experiencia vital existencial. Sin lugar a dudas, estos cuatro aspectos son constitutivos del devenir histórico del conflicto armado en Colombia y desde ellos se ha configurado ese placer por la eliminación de la otredad.

La gestión y aplicación sistemática del miedo es hoy en día el dispositivo más efectivo de sometimiento y dominación. Su casa matriz se encuentra en los grandes poderes transnacionales y es aplicado de forma mecánica en territorios del todo el mundo a través de sutiles estrategias de mercado. De esta forma, se deja en manos privadas la gestión de la seguridad y la protección que otrora intentaba brindar el Estado. Como bien lo plantea Bauman (2007), en la lógica del mercado, el miedo y el terror son utilizados como excelentes fuentes de enriquecimiento, mientras que la protección social se considera como una barrera que no posibilita la competencia y el libre mercado.

Ahora que las defensas que proporcionaba el Estado contra los estremecimientos existenciales están siendo progresivamente desmantelados, y que las organizaciones de autodefensa comunitaria (como los sindicatos y otros instrumentos de negociación

colectiva) están siguiendo el mismo camino, sometidos a la presión de un mercado competitivo que erosiona la solidaridad de los más débiles, se ha dejado en manos de los individuos la búsqueda, la detección y la práctica de soluciones individuales a problemas socialmente producidos, tareas éstas que los individuos tienen que llevar a cabo a través de acciones separadas y en solitario, equipados con herramientas y recursos de su exclusiva propiedad que ellos mismos han de hacer funcionar por su cuenta y que resultan a todas luces inadecuados para las labores asignadas (Bauman, 2007, p. 175).

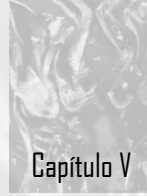
De esa lógica se alimenta ese gusto con la destrucción del otro distinto que no permite el desarrollo individual. Es justamente esa lógica de la destrucción del otro la que se utiliza como anestesia para la inoculación de la dis-capacidad social. Una vez anestesiadas o cristalizadas las relaciones, se vuelve muy fácil la manipulación por vía de la compensación. Mediante el uso continuo de la guerra psicológica se produce una especie de vaciamiento del significado que obliga al sujeto a buscar mecanismos de compensación ideoafectiva por fuera de lo social comunitario. Es aquí cuando se produce una especie de incoherencia naturalizada entre lo que a uno le satisface éticamente y lo que a uno le afecta políticamente. Este aspecto impacta de tal forma la subjetividad que se termina aceptando la fórmula del valor de uso en cualquier forma de relación. Los vínculos y las relaciones se convierten en una mercancía más.

De allí también se derivan unas formas concretas de manifestación de lo estético, lo ético y lo axiológico en términos de relaciones humanas: lo que ya no me sirve lo deshecho. Lo que no me brinda satisfacción lo elimino, lo que no se alinea con mis valores individuales lo destruyo.

De esta forma el mercado se adueña de la producción de sentido y significado a nivel planetario mediante el uso bien planeado de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, tal como lo planteara Ignacio Ramonet:

Seductores «opios de las masas» proponen una especie de «mundo feliz», distraen a los ciudadanos e intentan apartarlos de la acción cívica y reivindicativa. En esta nueva era de la alienación, en la época de internet, la *World Culture*, o «cultura global», y la comunicación planetaria, las tecnologías de la información desempeñan un papel ideológico fundamental para amordazar el pensamiento (Ramonet, 2002, p. 15).





Capítulo V

---

**UN DISFRUTE CON LA RUPTURA,  
QUIEBRE, DESCUARTIZAMIENTO  
DEL SENTIDO DE LO  
COLECTIVO-COMUNITARIO**

---





Nada produce más placer a las élites de un país que diseñar e implementar políticas de fragmentación de la conciencia de clase de sus contradictores. Una de las formas de guerra psicológica que mayor impacto logra tener en la estructura social es el aniquilamiento del sentido de lo social-comunitario mediante la normalización, legalización y justificación del desprecio y la humillación a la alteridad. Imagen satanizada primero y negada-odiada después para finalmente ser destruida. Aquí se provoca el quiebre en el sentido de lo colectivo. Jean Baudrillard desarrolla esta noción de la negación de la alteridad por vía de la conversión o aniquilamiento, en el caso concreto de la invasión a Irak:

Los americanos, por el contrario, sólo son capaces de imaginar o de combatir a un enemigo a su imagen y semejanza, debido a una especie de generosidad o de estupidez egocéntrica. Son unos conversos, son los misioneros y los conversos a la vez de su propio modo de vida, que van proyectando triunfalmente sobre el mundo. Son incapaces de imaginarse al Otro, y por lo tanto tampoco pueden hacerle personalmente la guerra; le hacen la guerra a la alteridad del otro, lo que pretenden es reducir esta alteridad, convertirla, o si no, aniquilarla, si resulta irreductible (los indios). Son incapaces de imaginar que la conversión y el arrepentimiento, llevados por su buena voluntad, no despiertan eco alguno en el otro, y están literalmente consternados cuando ven que Sadam se burla de ellos y no se somete a sus argumentos. Tal vez debido a ello acaben por decidir aniquilarlo, no por odio o por cálculo, sino por el crimen de felonía, de traición, de voluntad deliberada de maldad y de argucia (exactamente igual que con los indios). Los israelíes, por su parte, no tienen tantos miramientos. Contemplan al Otro en su desnuda adversidad, sin engaño ni escrúpulo. El Otro, el árabe, es inconvertible, su alteridad no tiene paliativos, no debe ser cambiada, tiene que ser dominada y sometida (Baudrillard, 1991, p. 31 - 32).

Ofrezco excusas por esta extensa cita, pero como veremos en ella se encuentra la herencia que el pensamiento colonizador e imperialista ha legado a nuestras élites y dirigencias. Esa incapacidad de las élites para el reconocimiento del Otro ha dejado una huella muy profunda en nuestra subjetividad en términos de posibilidades de construcción de tejido social potencialmente sano. Hace poco en un seminario de psicología de la liberación en el que se discutía sobre el reto de construir una nueva epistemología emancipadora para la psicología, el Taita indígena Santos Jamioy de la comunidad *Kamëntsá* (Valle de Sibundoy-Putumayo) llamaba la atención sobre la necesidad de preguntarnos ¿hijos de qué pensamientos somos? Para poder iniciar el camino de la descolonización en y desde la psicología.

No tenemos que hacer mucho esfuerzo para darnos cuenta que somos hijos de un pensamiento aniquilador de la diferencia con una tradición arraigada de incapacidad para la imaginación del Otro «Distinto» a la imagen y semejanza de las propias élites; “representantes de una cultura de dominación e imposición” (Villegas 1981, p. 13). Todo lo que no se ha podido convertir, conforme a los cánones de esa élite, lo que no se ha construido a su “imagen y semejanza”, ha sido destruido o se encuentra en riesgo de desaparecer. En un proceso que lleva varios siglos, pero que se ha acentuado en los últimos cincuenta años, se ha vuelto una tradición la implementación de políticas para la desarticulación de aquellas formas de organización social que amenazan con construir una nueva imagen de dirigencia.

Esa tradición se va naturalizando hasta penetrar las fibras psicosociales más sensibles de nuestra sociedad, de tal forma que se termina aceptando lo inaceptable: que la organización social no tiene sentido. Cuando ello se manifiesta, las élites tradicionales se llenan de satisfacción. Nada produce más placer a las élites que provocar y observar plácidamente la ruptura de la conciencia de clase de las grandes mayorías a las que gobiernan, pues ello garantiza su permanencia en el poder. Una de las formas

de ese goce es la desarticulación de los opositores mediante la identificación de sus líderes con símbolos de maldad y barbarie.

La desarticulación adquiere un significado especial en un país en donde el proyecto paramilitar desarrolló y perfeccionó la cruel metodología de los desmembramientos de seres humanos antes de ser asesinados completamente. Pareciera como si no bastara con mutilar a seres humanos en estado de completa indefensión, sino que se hacía necesario el fraccionamiento de las redes de las que hacía parte el sujeto “merecedor” de tal suerte.

Despedazar lo social-comunitario se convirtió en un ejercicio cotidiano de guerra psicológica en el que intervienen aspectos de guerra sucia y de guerra limpia, siendo la identificación por asociación una de las formas más perversas de exterminar los procesos de movilización social. Mediante la acusación individual de vínculos con el mal se genera un efecto social de alejamiento y aislamiento por el simple principio de conservación de la vida. Este método fue muy bien utilizado en experiencias crueles de totalitarismo, tal como lo demuestra Arendt:

Para destruir todos los lazos sociales y familiares, las purgas son realizadas de tal manera que amenazan con el mismo destino al acusado y a todas sus relaciones corrientes, desde los simples conocidos hasta sus más íntimos amigos y parientes. Las consecuencias del simple e ingenioso sistema de “culpabilidad por asociación” es que, tan pronto como un hombre es acusado, sus antiguos amigos se transforman inmediatamente en sus más feroces enemigos; para salvar sus propias pieles proporcionan información voluntariamente y se apresuran a formular denuncias que corroboran las pruebas inexistentes contra él. Este, obviamente, es el único camino de probar que son merecedores de confianza (Arendt, 2004, p. 404 - 405).

Para el caso colombiano, en la última década se perfeccionó e impuso sutilmente la lógica de aniquilación del enemigo mediante ejercicios sistemáticos y repetitivos de dislocación o quiebre de la imagen de los opositores del gobierno a través

de la identificación de sus dirigentes con el terrorismo. En un juego discursivo, sistemático y monotemático encabezado por el propio presidente de la república se escuchaban incansables acusaciones en los siguientes términos:

Al referirse al movimiento estudiantil:

Yo le dije a mi general Naranjo esta mañana: General, no me deje salir de la Presidencia sin capturar todos esos bandiditos que son los enlaces del terrorismo en algunas universidades... En un país con esta democracia, un país pleno de libertades, que ha sufrido tanto el terrorismo, esos bandiditos deberían estar en la cárcel... Están pasados de meter a la cárcel. Mientras yo sea Presidente, donde ocurra algo, tiene que entrar la Policía<sup>8</sup>

Muchas investigaciones se han realizado con respecto a la utilización de este tipo de lenguajes para crear imágenes negativas que luego justifiquen las atrocidades. Una vez escogido el enemigo, se cercenan sus mejores atributos para luego identificarlo como símbolo del terror que se hace necesario eliminar bajo el amparo de las instituciones, las cuales van siendo capturadas desde sutiles estrategias microfascistas hasta convertirlas en verdaderas máquinas del horror; toda vez que “el autoritarismo significa la ausencia de límites, la no concesión de tregua alguna, la conquista con dominación absoluta, hasta el exterminio completo del enemigo escogido” (Adorno, 2003, p.12).

Un ejemplo cercano se puede ver en la brutalidad y sevicia con que opera el Escuadrón Antidisturbios de la Policía Nacional -ESMAD- ante las protestas de los estudiantes que previamente han sido señalados como terroristas. Cuando a un agente de la Policía Nacional se le ha adiestrado para no ver en el joven estudiante a un ser humano sino a un potencial terrorista enemigo de la patria, los resultados son que su acción de no se limita a la

---

8. Discurso del presidente de Colombia Álvaro Uribe, pronunciado en el Encuentro de Estudiantes del Colegio de Estudios de Administración -CESA-. Consulta electrónica en: <http://web.presidencia.gov.co/sp/2008/septiembre/10/23102008.html>

detención del muchacho, sino que necesariamente se le somete a cruentas golpizas que incluso llegan a quitarle la vida, tal como sucedió con el niño de quince años Nicolás Neira en el año 2005. La danza cruel de la muerte se llevó a cabo bajo los libretos establecidos: golpear en masa a un niño indefenso sin misericordia. Nadie podrá negar que allí hubo placer y gusto con el sentido del deber cumplido.

Lo mismo sucede al referirse a la prensa independiente:

El señor Botero y el señor Morris se escudan en su condición de periodistas para ser permisivos cómplices del terrorismo. ¿Qué pasó hoy? Yo me hice esta reflexión: una cosa son aquellos amigos del terrorismo que fungen como periodistas, y otra cosa son los periodistas... Pónganme cuidado a esto. Óigase bien compatriotas: cada vez que el Gobierno ha dado la palabra lo ha cumplido. Pero mire el señor (Hollman) Morris lo que nos hizo. Aprovechó de dos cosas: de sus situación de periodista y de que el Gobierno, por cumplir la palabra, suspendió operaciones en un área y fue e hizo una fiesta terrorista en un sitio alternativo al de la liberación del soldado y de los policías, el pasado domingo. Eso no está bien<sup>9</sup>

Al referirse a los defensores de derechos humanos:

Hay personas en Colombia, como el Doctor Iván Cepeda. Ellos se arropan en la protección de las víctimas. La protección de las víctimas les sirve para instigar la violación de los derechos humanos en contra de las personas que no comparten sus ideas. Y nada les pasa. La protección de las víctimas les sirve para ir al extranjero a desacreditar el Gobierno de Colombia y a desacreditar las instituciones colombianas. La protección de las víctimas les sirve para decir que Montería es una ciudad criminal, sin que la gente tenga derecho a revirarles. La protección de las víctimas les sirve para tratar de recuperar, en la Universidad de Córdoba, un antro de delincuencia que hubo en el pasado, y que no vamos

---

9. Uribe, A., (2009) Rueda de prensa con ocasión de la liberación por parte de las FARC del ex-gobernador del Meta, Alan Jara. Consulta electrónica en: <http://web.presidencia.gov.co/sp/2009/febrero/03/17032009.html>.

a dejar que se restablezca. La protección de las víctimas les sirve para desacreditar a Colombia<sup>10</sup>

El resultado de este tipo de prácticas discursivas desde lugares de poder Estatal no es otro que la inoculación del miedo y la desconfianza en el otro. El otro deja de ser un referente de solidaridad, lealtad y trabajo comunitario para pasar a ser una fuente de paranoia y delación por cualquier tipo de recompensa.

Los miedos se aposentán tanto en el censurado como en el que censura. Al masificarse fragmentan la sociedad e individualizan cada vez más a los sujetos que, por su seguridad, se vigilan unos a otros, creando una población de informantes. Hiperprivatizada la vida, la incomunicación prospera en este reino del silencio y la sospecha. Gana el intimismo antisocial, la repugnancia al ágora, el rechazo a compartir ideas. En los regímenes paranoicos esto garantiza que los jefes de Estado se proyecten como padres salvadores, curanderos de enfermedades crónicas, llámense éstas libre pensamiento, terrorismo, democracia participativa, islamismo, inmigración, socialismo democrático. Son exorcistas que sanan las mentes invadidas por los “ejes del mal” (Fajardo, 2010, p. 31 -32).

En uno de sus acostumbrados discursos a través de los medios de información radial, el ex presidente Álvaro Uribe

- 
10. Uribe, Álvaro. Discurso pronunciado en la ciudad de Montería, capital del Departamento de Córdoba. Consulta electrónica en: <http://web.presidencia.gov.co/sp/2008/mayo/06/04062008.html>. Córdoba es una de las regiones en donde el paramilitarismo logró capturar la mayoría de las instituciones del Estado colombiano. En esta región el hoy ex-presidente de la república posee grandes extensiones de tierra, siendo una de la más polémica, la hacienda conocida como el “Uberrimo”. Justamente Iván Cepeda elabora una investigación muy bien documentada que lleva por título “a las puertas del uberrimo” en la que sugiere delicados vínculos entre el ex-presidente y altos mandos paramilitares como Salvatore Mancuso. Ello explica la forma como el ex-presidente busca que los habitantes de la región desprecien al defensor de derechos humanos por supuestamente plantear que “Montería es una ciudad criminal”.

mencionaba con un sentimiento de autoglorificación la forma como en su mandato se vincularon tres millones de informantes que contribuyeron a estrechar los vínculos entre las fuerzas armadas y la ciudadanía<sup>11</sup>. La lógica del informante genera un efecto sumamente desestructurante en cualquier forma de relación social, pues se parte del principio del otro como potencialmente sospechoso; ello lleva, sin darnos cuenta, a la militarización y paramilitarización de la vida cotidiana.

De repente nos hemos convertido en agentes de la inteligencia militar sin percatarnos de ello. Como bien sabemos, la inteligencia militar desarrolla sus acciones sobre la base de conseguir información que ponga en situación de desventaja al adversario. Así es como nos vemos movilizados a espiar a los demás que no piensan igual que nosotros. Y al convertirnos en agentes de la inteligencia militar que somete a seguimientos a los otros, vamos naturalizando en nuestra psicología, la lógica de la destrucción de los sospechosos que amenazan la convivencia ciudadana.

Ésta lógica perversa del informante que sigue, espía y denuncia a sus vecinos se cuela en todos los planos de la cotidianidad hasta lograr capturar el deseo para convertirlo en un agente del orden social establecido. Para ello se recurre al uso sistemático de lenguajes simbólicos mediante los cuales se crea una falsa percepción de fealdad y desagrado hacía los opositores. La destrucción del capital simbólico del otro distinto se convierte de esta forma en un hábito cotidiano. La incorporación de discursos de guerra se mezcla sutilmente con elaboraciones simbólicas altamente manipulables que entran en el lugar de lo sagrado.

Un discurso de guerra que apela a lenguajes simbólicos de naturaleza poética o espiritual, logra desencadenar toda suerte de pasiones, fanatismos e intransigencias en las masas populares.

---

11. Entrevista del periodista Juan Gossain (RCN Radio) al presidente de la República de Colombia, Álvaro Uribe Vélez. Se puede consultar en: [http://www.presidencia.gov.co/prensa\\_new/sne/2006/noviembre/29/06292006.htm](http://www.presidencia.gov.co/prensa_new/sne/2006/noviembre/29/06292006.htm).

Sólo así se puede dar sentido a tanta muerte y destrucción en nombre de la nación, la patria y los valores ciudadanos. Es por medio de este tipo de discursos que las elites logran la incorporación de las masas a sus proyectos políticos guerreristas. Al respecto la investigadora Maria Teresa Uribe, nos recuerda que:

Existe una retórica asociada con los eventos bélicos pero las palabras de la guerra no escapan a la poética; las guerras en su estructura, son tragedias, poemas épicos o a veces comedias y sátiras sangrientas y también van dirigidas al público y orientadas a producir efectos pertinentes en el lector y el oyente pero de otra naturaleza; esencialmente apelan a sus sentimientos y sus vivencias y buscan producir en el auditorio terror y compasión como dice Aristóteles; a través de la interpretación de la desdicha inmerecida o del error trágico, se develan noblezas y bajezas de héroes y villanos, caracteres y emociones que inducen al público a experimentar el placer de conocer y el placer de sentir aquello que constituye el eje central de la tragedia; esto es terror y compasión (Uribe de Hincapié, 2006, p. iv).

Ese placer de conocer y sentir tanto el terror como la compasión es una de las dimensiones de la estética de lo atroz. Existen muchos grupos políticos en este país que sienten placer en la producción de estados de terror generalizados. Pero también existen grupos sociales y políticos que sienten placer ante la compasión por las víctimas. Si revisamos el vocablo compasión, nos daremos cuenta que constituye una cierta burla del dolor ajeno. Las víctimas del conflicto armado no necesitan tanta conmiseración y lástima, mientras lo que esperan son reales procesos de verdad, justicia y reparación.

Esa estética de lo atroz se puede observar fácilmente en los contenidos de los programas de televisión, en las portadas de revistas y periódicos y en manifestaciones artísticas como las novelas, la pintura y la música en general. Ese gusto perverso por la muerte, por la violencia, por la militarización de la vida, se hace palpable ante fenómenos como las masacres que son presentadas por los medios masivos como un espectáculo que



termina banalizando los hechos como si hicieran parte de algo normal que debe suceder para el bienestar de la sociedad.

La normalidad de la atrocidad circula a velocidades increíbles a través de los grandes noticieros de televisión creando un mundo fantástico en el que los espectadores participan segundo a segundo de verdaderas orgías de sangre. Un ejemplo de esta normalización de la atrocidad fue puesto en evidencia por Susan Sontag (2011), al comentar la forma como son utilizadas las imágenes de crueldad por las grandes potencias para transmitir mensajes de superioridad.

Lo que promovieron los oficiales estadounidenses durante la guerra del golfo en 1991 fueron las imágenes de la tecnoguerra: encima de los moribundos el cielo cubierto de rastros luminosos de los misiles y las bombas, imágenes que ilustraban la absoluta superioridad militar estadounidense sobre su enemigo. No se permitió a los espectadores de la televisión de estados unidos ver las secuencias adquiridas por la NBC (las cuales la cadena se negó a transmitir después) de lo que podía infligir aquella superioridad: el destino de miles de reclutas iraquíes que, habiendo huido de la ciudad de Kuwait al final de la guerra. El 27 de febrero, fueron arrasados con explosivos, napalm, proyectiles radiactivos (con uranio empobrecido) y bombas de fragmentación mientras se dirigían al norte, en convoyes y a pie, camino de Basora, en Irak: una matanza que un oficial estadounidense calificó notoriamente de “tiro al pavo” (Sontag, 2011, p.60).

Son precisamente esas formas de producción estética las encargadas de otorgar un sentido sutil a la atrocidad. Ese arte de la sutilidad, es el que garantiza que no seamos capaces de percibir el daño que se está cometiendo contra nosotros. La violencia de manera sutil se instala en nuestro cuerpo y en nuestra forma de pensar y sentir, pasa sin darnos cuenta, al punto de llegar a ver necesarios ciertos procesos de limpieza social.

Quizás el problema mayor que tenemos que resolver es esa relación que se produce entre unas elites que encuentran placer frente al dolor de poblaciones enteras y el estado de postración

psicosocial y humillación enajenante de esa masa de seres humanos frente a las élites que los gobiernan.

Lo mismo sucede con la influencia de la religión en la configuración del gusto por la muerte de la otredad. El papel de la fe en los procesos de sacralización de la violencia política en nuestro país ha sido muy fuerte. Los rituales de guerra que se practican sobre el cuerpo y la mente de las personas dan cuenta de un desplazamiento de nociones tan importantes como lo sagrado y lo profano. Para muchos jefes de la iglesia resulta sagrada la defensa a sangre y fuego de sus valores religiosos.

Esa influencia religiosa en la configuración de una estética de lo atroz se puede advertir en versos como el del presbítero Manuel García Tejada (citado en Herrera, 2000), quien hacia el año de 1815 incitaba a la muerte física del libertador Simón Bolívar por considerarlo enemigo de la religión:

Bolívar, el cruel Nerón,  
Este Herodes sin segundo,  
Quiere arruinar este mundo  
Y también la religión;  
Salga todo chapetón,  
Salga todo ciudadano,  
Salga, en fin, el buen cristiano  
A cumplir con su deber  
Hasta que logremos ver  
La muerte de este tirano (Herrera, 2000, p. 589).

Nótese como en este verso escrito por un líder religioso a comienzos del siglo XIX, a pocos años de iniciada la fase de consolidación de la revolución Bolivariana, ya se puede observar lo que se sería una mentalidad político-religiosa de tipo intransigente en la que se prefiere la muerte del otro distinto antes que su aceptación. Si se tiene en cuenta que el escrito tiene una connotación religiosa que se adorna como una décima poética de la época. Allí podemos observar una de las raíces de la actual estética de lo atroz.

El horizonte se plantea francamente desolador. Las imágenes por las que hemos recorrido sugieren un horizonte sombrío y devastador en el que aparece una pregunta obligada desde la óptica de la psicología de la liberación: ¿Dónde ha estado la psicología en Colombia, mientras todo esto sucedía?



## REFERENCIAS

---

- Adorno, T. (2003). *Ensayos sobre propaganda fascista: psicoanálisis del antisemitismo*. Barcelona: Ediciones Voces y Culturas.
- Arendt, H. (2001). *Hombres en tiempo de oscuridad*. Barcelona: Editorial Gedisa, S.A.
- Arendt, H. (2004). *Los orígenes del totalitarismo*. México DF: Grupo Santillana de Ediciones.
- Barrero, E. (2008). *De Macondo a mancusu. Conflicto, violencia política y guerra psicológica en Colombia*. 2ª. Ed. ampliada y revisada. Bogotá: Ediciones Cátedra Libre.
- Barrero, E. (2008). Psicología social del autoritarismo. Apuntes para una psichistoria del conflicto armado colombiano. Bogotá: Revista Tesis Psicológica No 3. 86-97
- Barrero, E. (2010). De la memoria ingenua a la memoria crítica: nueve campos reflexivos desde la psicología de la liberación. En Julio Jaime (Ed), *Memoria, silencio y acción psicosocial* (pp. 61 – 92). Bogotá: Ediciones Cátedra Libre.
- Baudrillard, J. (1991). *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Bauman, Z. *Miedo líquido*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.
- Beck A.T. (2003). *Prisioneros del odio. Las bases de la ira, la hostilidad y la violencia*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Berezin, A.N. (1998). *La oscuridad en los ojos. Ensayo psicoanalítico sobre la crueldad*. Rosario (Argentina): Ediciones Homo Sapiens.
- Blair, E. (1999). *Conflicto armado y militares en Colombia. Cultos, símbolos e imaginarios*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Borges, J.L. (2007). *Deutsches Requiem*. Obras escogidas (Tomo 1 pp. 07 – 758). Bogotá: Editorial Planeta.
- Buci-Glucksmann, C. (2006). *Estética de lo efímero*. Madrid: Ediciones Arena libros.

- Caicedo, D. (1953). Scorching Wind. En E. Álvarez (Trads.) *Viento Seco*. Bogotá, (Trabajo original publicado en 1953).
- Card, C. (2006). El paradigma de la atrocidad: una teoría del mal. En C. De Gamboa (Ed.), *Justicia transicional: teoría y praxis* (pp. 16 - 54). Bogotá: Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.
- Cepeda, I. (2006). *Elementos de análisis para abordar la reparación integral. Voces de memoria y dignidad*. Bogotá: Arfo editores.
- Cepeda, I. (2008). *A las puertas del ubérrimo*. Bogotá: Random House Mondadori.
- Cerón, B. (1997). *Pasto: espacio, economía y cultura*. Pasto: Fondo Mixto de Cultura Nariño.
- Cobo, J. (2002). *Mis pintores*. Bogotá: Villegas Editores.
- Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación CNRR (2008). *Primer gran informe de Memoria histórica*. Bogotá: editorial Planeta
- Corte Interamericana de Derechos Humanos. (2010, Mayo). *Caso Manuel Cepeda Vargas Vs Colombia*. (Sentencia No. 12531). San José de Costa Rica.
- Cortés, J. (1996). *El cuerpo mutilado: la angustia de la muerte en el arte*. Valencia: Direcció General de Museus i Belles Arts.
- Debravo, J. (2009). *Antología Mayor*. San José de Costa Rica: Editorial Costa Rica.
- Díaz, F., Guerrero, M. y Padilla, A. (2009). Daño psicológico en víctimas del conflicto armado en Colombia: propuestas desde la psicología jurídica. *Cuadernos de Psicología, Vol. 5, N° 2, 13 – 17*.
- Díaz, C. (2006). La reparación de las víctimas de la violencia política en Colombia: problemas y oportunidades. En C. De Gamboa (Ed.), *Justicia transicional: teoría y praxis* (pp. 518 - 551). Bogotá: Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.
- Dobles, I. (2009). *Memorias del dolor: consideraciones acerca de las Comisiones de la Verdad en América Latina*. San José de Costa Rica: Editorial Arlekin.
- Dudley, S. (1998). *Armas y urnas. Historia de un genocidio político*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Dumoulié, C. (1996). *Nietzsche y Artaud. Por una ética de la crueldad*. Madrid: Siglo Veintiuno editores.

- Duncan, G. Acerca de la parapolítica. *Fundación seguridad y democracia, área conflicto armado*. Recuperado el 20 de Agosto de 2010, de <http://www.verdadabierta.com/archivos-para-descargar/category/44-parapolitica>.
- Duvignaud, F. *El cuerpo del horror*. México, D.F. Fondo De Cultura Económica.
- Eagleton, T. (2006). *La estética como ideología*. Madrid: Editorial Trotta.
- Eagleton, T. (2007). *Terror Sagrado. La cultura del terror en la historia*. Madrid: Editorial Complutense.
- Eagleton, T. (2008). *Terror Santo*. Barcelona: Random House Mondadori, S.A.
- Entrevista del periodista Juan Gossain (RCN Radio) al presidente de la República de Colombia, Álvaro Uribe Vélez. De: [http://www.presidencia.gov.co/prensa\\_new/sne/2006/noviembre/29/06292006.htm](http://www.presidencia.gov.co/prensa_new/sne/2006/noviembre/29/06292006.htm).
- Fajardo, C. (2010). *rostros del autoritarismo. Mecanismos de control de la sociedad global*. Bogotá: Ediciones Le Monde Diplomatique, edición Colombia.
- Fals, O. (2008). *La subversión en Colombia. El cambio social en la historia*. Bogotá: Fica Editores.
- Gaitán, A. (2004). *Los límites del cuerpo –o lo bello en el horror-* Bogotá: Instituto Distrital de Cultura y Turismo. Premio Ensayo histórico, teórico o crítica sobre arte colombiano.
- García, G. (2007). *Cien años de soledad*. Bogotá: Editorial Norma.
- Gómez, J.G. (2006). *Colombia es una cosa impenetrable*. Bogotá: Ediciones Diente de León.
- Goldstein, M. (2006). *Xenofobias, terror y violencia. Erótica de la crueldad*. Buenos Aires: Lugar Editorial, S.A.
- Gonzales F, Bolívar I, Vásquez T. (2003). *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá: Centro de investigación y educación popular -CINEP-.
- Herrera T.J. (2000). *Bolívar el hombre de América, presencia y camino*. (Tomo 2 pp. 347 - 701). Medellín (Colombia): Ediciones Convivencias.
- Himkelammert, F. (2010). *La maldición que pesa sobre la ley. Las raíces del pensamiento crítico en Pablo de Tarso*. San José de Costa Rica: Editorial Arlekin.
- Jung, C. (1940). *Realidad del alma*. Bueno Aires: Editorial Losada, S.A.
- Jung, C. (1968). *Consideraciones sobre la historia actual*. Barcelona: Editorial Guadarrama.

- Jung, C. (1992). *Simbología del espíritu*. México, D.F: Fondo de Cultura Económica.
- Kaldor, M. (2001). *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*. Barcelona: Tusquets Editores, S.A.
- Klein, N. (2007). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Klemperer, V. (1946) *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*. Barcelona: Editorial Minúscula.
- Lievano, I. (1966). *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*. Segunda edición. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.
- López, C. (2010). *Y refundaron la patria... De como mafiosos y políticos reconfiguraron el Estado colombiano*. Bogotá: Random House Mondadori ediciones.
- Martín-Baró, I. (1990). De la guerra sucia a la guerra psicológica. El caso de El Salvador. En I. Martín-Baró (Coord.), *Psicología social de la guerra: Trauma y terapia* (pp. 159 – 173). San Salvador: UCA Editores.
- Martín-Baró, I. (1997). *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores.
- Martín-Baró, I. (2003). *Poder, ideología y violencia*. Madrid: Editorial Trotta.
- Mires, F. (1998). *El malestar en la barbarie*. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado MOVICE, (2009). *Sin Justicia y Sin Paz. Verdad Fragmentada, Reparación Ausente. Balance de la aplicación de la "Ley de Justicia y Paz"*. Bogotá.
- Ortí, A. (1995). La confrontación de modelos y niveles epistemológicos en la génesis e historia de la investigación social. En J. M. Delgado, y J. Gutiérrez (Coords.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (pp. 85 – 95). Madrid: editorial Síntesis.
- Ospina, W. (2005). *Ursúa*. Bogotá: Editorial Alfaguara, S.A.
- Ospina, W. (2010, 5 de Junio). El viejo remedio. *El Espectador*. Recuperado el 10 de Septiembre de 2010, de <http://www.elespectador.com/opinion/columnistasdelimpreso/William-ospina/columna-227426-el-viejo-remedio>
- Pecaut, D. (2001). *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*. Bogotá: Editorial Norma.
- Perea, C. ( ) *porque la sangre es espíritu*. Bogotá: Editorial Santillana.



- Pérez, E. A. (2005). (Presentación). En R. Montoya, *La Impunidad Imperial. Cómo EE:UU legalizó la tortura y «blindó» ante la justicia a sus militares, agentes y mercenarios*. Madrid: Editorial La esfera de los libros.
- Ramonet, I. (2002). *Guerras del siglo XXI. Nuevos miedos, nuevas amenazas*. Barcelona: Mondadori Ediciones
- Reyes, C. (1989). El gobierno de Mariano Ospina Pérez: 1946-1950. *Nueva Historia de Colombia* (Tomo 2, pp. 09 – 32). Bogotá: Editorial Planeta.
- Ricoeur, P. (2006). *El mal, un desafío a la filosofía y la teología*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Ruiz, M. (2008, 30 de Agosto). Fiesta de sangre. *Fundación Semana*. Recuperado el 22 de Octubre de 2010, de <http://www.fundacionsemana.com/project/show/id/1?sub=hist>.
- Sánchez, G. (2006). *Guerras, memoria e historia. Medellín: La Carreta editores*.
- Sánchez, G., Suárez, A., y Rincón, T. (2009). *La Masacre de él Salado: Esa Guerra no era nuestra*. Bogotá: Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación.
- Sontag, S. (2011). *Ante el dolor de los demás*. Bogotá: Random House Mondadori, S.A.
- Stekel, W. (1954). *Sadismo y masoquismo. Psicología del miedo y la crueldad*. Buenos Aires: Ediciones Imán.
- Tafalla, M. (2003) *Theodor W Adorno: una filosofía de la memoria*. Barcelona: Editorial Herder.
- Uribe, A. (2008, 10 de Septiembre). *Palabras pronunciadas en el Encuentro de Estudiantes del Colegio de Estudios de Administración CESA*. Recuperado el 11 de Octubre de 2009 de <http://web.presidencia.gov.co/sp/2008/septiembre/10/23102008.html>.
- Uribe, A. (2009, 03 de Febrero). *Rueda de prensa con ocasión de la liberación por parte de las FARC del ex-gobernador del Meta, Alan Jara*. Recuperado el 02 de Junio de 2009 de <http://web.presidencia.gov.co/sp/2009/febrero/03/17032009.html>.
- Uribe De Hincapié, M.T., y López, L.M. (2006). *Las palabras de la guerra. Un estudio sobre las memorias de las guerras civiles en Colombia*. Medellín (Colombia): La Carreta Editores.
- Velásquez, E. (1995). *Imaginario de la intolerancia en Colombia*. Colombia (Ibagué): Editorial Apolo.

- Villegas, J. (1979). *La guerra de los mil días*. Bogotá: Carlos Valencia editores.
- Villegas, J. (1981). *Colombia enfrentamiento iglesia-estado 1819-1887*. Medellín (Colombia): Ediciones La Carreta.
- Virilio, P. (1988). *La estética de la desaparición*. Barcelona: Editorial Anagrama, S.A.
- Virilio, P. (2007). *Ciudad pánico. El afuera comienza aquí*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Watson, P. (1982). *Guerra, persona y destrucción. Usos militares de la psiquiatría y la psicología*. México D.F: Editorial Nueva Imagen.
- Wiener, C. (1884). *América pintoresca: descripción de viajes al Nuevo continente*. Barcelona: Montaner y Simón editores.
- Zea, G. (1999). *Arte y violencia en Colombia desde 1948*. Bogotá, Museo de Arte Moderno: Editorial Norma.
- Zizek, S. (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Zizek, S. (2009). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.
- Zygmunt, B. (2007). *Miedo líquido*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Zuleta, E. (2005). *Elogio de la dificultad y otros ensayos*. Medellín (Colombia): Hombre Nuevo Editores.

Este texto se terminó de imprimir en el  
mes de octubre de 2011 en los talleres de  
Alternativa Gráfica.  
Carrera 64 A No 4B-73, Tel: 2629438  
Bogotá-Colombia

